

Autora de Best Seller
USA

A smiling man with a beard and a large tattoo on his left arm is holding a baby. A golden retriever dog is in the foreground, looking happy with its tongue out. The background is a soft, blue, bokeh-style light.

Vamos

JUNTOS

M I A F O R D

Vamos JUNTOS

Autora de Best Seller en USA

MIA FORD



1º Edición Noviembre 2021

©Mia Ford

VAMOS JUNTOS

Título original: Coming Together

©2021 EDITORIAL GRUPO ROMANCE

©Editora: Teresa Cabañas

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, así como su alquiler o préstamo público.

Gracias por comprar este ebook.

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Epílogo](#)

Capítulo 1

Blaine

Era jueves, gracias a Dios, y la semana estaba a punto de terminar. Desde que empecé con este negocio tecnológico después de la universidad, no había hecho más que avanzar, avanzar y avanzar. Sabía lo que había que hacer para que un negocio tuviera éxito, y siempre me decía a mí mismo que cuando llegara al club de los multimillonarios bajaría el ritmo, pero allí estaba, trabajando como un esclavo en mi escritorio después de que todo el mundo se hubiera ido a casa, intentando sacar adelante un poco más de trabajo. Era casi una obsesión, en realidad. Mi padre me enseñó desde muy joven que para tener éxito había que hacer sacrificios, así que eso fue exactamente lo que hice. El teléfono sonó, interrumpiendo mi concentración, y suspiré, asumiendo que era un cliente tardío con más trabajo.

—Blaine Butler, Butler Technologies —dije, contestando al teléfono.

—Eh, gilipollas, ¿qué haces todavía ahí?

Me reí.

—Hola, Caleb.

Caleb y yo nos habíamos conocido en la universidad, y ambos nos mudamos a Filadelfia después para perseguir nuestros sueños. Él era un gran abogado fiscal y acababa de convertirse en socio de su empresa a principios de año. Era mi hombre de referencia, el tipo con el que podía hablar de cualquier cosa, sin importar qué.

—Todavía vas a venir a la boda de mi hermana el sábado, ¿verdad? —preguntó.

—Tío, tengo mucho trabajo que hacer —contesté—. Creo que voy a tener que faltar.

—No —dijo con severidad—. Lo prometiste. No puedes dejarme solo con todos los viejos.

—Esperaba terminar un gran proyecto este fin de semana —dije—. Para estar a la vanguardia.

—Vamos, hombre —dijo Caleb—. El trabajo seguirá ahí el lunes. Pasa el rato este fin de semana. Pon un poco de diversión en tu vida. Hazlo por mí.

Me reí.

—Uf, bien. Pero solo porque me has hecho sentir culpable. Espero que te sientas bien con eso.

—Espectacular —dijo riendo—. No llegues tarde o te mato.

—Sí, sí —dije, colgando el teléfono.

Miré el reloj y decidí que había terminado por hoy. Lo dejé todo de lado y salí de la oficina, decidiendo que me convenía tomar una copa después de haber trabajado tanto. Bajé a un bar no muy lejos de mi oficina y entré, me quité la chaqueta del traje y me senté en la barra. Pedí un whisky con hielo y miré la televisión que había sobre la barra, leyendo los subtítulos de la reseña deportiva. Los comentaristas hablaban de un montón de partidos que yo no veía por culpa del trabajo. A veces me parecía que me perdía muchas cosas de la vida por tener la cabeza metida en

la pantalla del ordenador.

Suspiré y miré mi bebida. Una mujer se sentó a unos cuantos asientos de mí, llamando mi atención. Observé las curvas de sus caderas y sus sensuales labios y supe inmediatamente que estaba allí por una sola razón: encontrar un hombre.

Se echó hacia atrás y cruzó sus largas piernas desnudas. Su corta falda se deslizaba por sus suaves muslos. Llevaba la blusa desabrochada y pude ver el encaje negro de su sujetador envolviendo sus grandes tetas. Me miró y sonrió, con un brillo en sus ojos mientras miraba mi traje y se metía la cereza de su bebida entre los labios. Esto iba a ser pan comido.

—Oye —dije, poniéndome de pie y acercándome a ella—. ¿Te importa si me siento?

—En absoluto —dijo ella, todavía jugando con la cereza—. Soy Missy.

—Encantado de conocerte, Missy, soy Blaine Butler —respondí, mostrando una sonrisa.

—Blaine Butler —dijo ella con una mirada tensa de pensamiento pasando por sus ojos—. ¿Como Butler Technologies?

—Sí. —Me reí, mirando su teléfono—. Veo que te gusta el móvil Slicer. Era uno de mis favoritos cuando se fabricó. Tuve cuatro de ellos.

—Vaya. —Ella soltó una risita, acercándose y tocando mi pierna—. Es bastante impresionante.

—¿A qué te dedicas?

—Soy cosmetóloga, —dijo—. Trabajo para MAC en el centro de la ciudad. También soy masajista certificada, pero aún no he encontrado un spa donde conseguir trabajo.

—Qué bien, me encanta el sitio de la Octava —dije, sonriendo—. Voy al menos dos veces al mes.

—Son fantásticos —dijo emocionada—. Sabes, si no quieres salir de tu casa, siempre puedes llamarme y puedo ser tu masajista personal.

—¿Ah, sí? —Me reí y la miré a los ojos—. No estoy seguro de poder soportar que me toques de esa manera sin cruzar el límite entre paciente y masajista.

—No creo que me importe ni un poco —dijo, inclinándose y sonriendo.

—Oye —dije, inclinándome también—. Sé que esto puede ser presuntuoso, pero ¿quieres que nos vayamos de aquí? Mi casa está a unas pocas manzanas.

—Claro que sí —dijo ella, dando un trago a su bebida y poniéndose de pie para ponerse el abrigo sobre los hombros.

Salimos inmediatamente, cogimos uno de los primeros taxis y nos dirigimos a mi ático. Cuando entramos, ella se quedó boquiabierta ante la loca tecnología con la que había equipado el lugar. Todo se activaba con la voz, y cuando entré por la puerta principal ya estaba sonando música. Se acercó a los grandes ventanales de la sala de estar y miró el horizonte de Filadelfia, moviendo la cabeza.

—Una vista increíble —dijo.

—Estoy de acuerdo —respondí, poniéndome detrás de ella y mirando su firme y redondo trasero—. ¿Te apetece una copa?

—Me encantaría —dijo, mirando la decoración—. Este es un lugar increíble, aunque no sé qué esperaba del genio dueño de Butler Technologies.

—Me gusta trastear —dije, dirigiéndome a la cocina abierta contigua. Serví dos copas de champán—. Este sistema fue mi creación. No lo vendemos.

—Deberíais hacerlo —dijo ella—. A la gente le encantaría.

Volví a acercarme a ella y le di una copa. Ella tomó un trago y siguió mirando todo el arte, pero yo mantuve mis ojos pegados a ella. Hacía bastante tiempo que no tenía sexo con nadie, y me sentía extremadamente reprimido.

No tenía tiempo para complicaciones, así que me mantuve alejado de las relaciones. Había tenido varias relaciones de una noche en el último año, pero había estado tan ocupado que la mayoría de las veces estaba demasiado agotado al final del día para salir. Missy era exactamente lo que buscaba y me abalancé sobre ella como un cazador que atrapa a su presa.

Avancé hacia delante y le quité el vaso de la mano, dejando los dos sobre la mesa de centro. Con un suave movimiento, me levanté y la agarré por la nuca, presionando mi boca profundamente contra la suya. Ella soltó una risita cuando mi lengua se movió por sus labios y yo hundí mi lengua en su boca, haciéndola callar muy rápido. Al instante, el fuego me recorrió y bajé la mano, deslizándola por su muslo y subiendo su falda hasta la cintura.

Se apartó de mí y me miró fijamente, haciéndome pensar que no estaba contenta con lo que estaba haciendo. Aparté mis manos de ella, pero entonces vi cómo una tímida sonrisa se dibujaba en sus labios. Se arrodilló lentamente, juntando sus labios rojos y brillantes, y me desabrochó los pantalones, bajando la cremallera y dejándolos caer a mis pies. Frotó su mano por mi dura polla que tiraba de mis calzoncillos negros. Los músculos de mi vientre se tensaron cuando me tocó los huevos, haciéndolos girar en su mano. Se levantó, agarró la cintura y tiró de mis calzoncillos hasta los tobillos, agarrando mi polla dura y rebotante con su mano y mirándome con una sonrisa.

Sus labios rojo rubí se adelantaron y pude sentir el calor de su aliento en la punta de mi polla. Incliné la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. El húmedo movimiento de su lengua me provocó, y sonreí ligeramente antes de gemir cuando sus labios se movieron sobre la punta y su boca se abrió, acogiéndome profundamente. Cuando su boca se abrió y se cerró en torno a mi pene y comenzó la succión, me di cuenta de que era una buena idea.

Levantó la mano y me agarró por las caderas, atrayéndome hacia ella mientras empezaba a mover la cabeza hacia delante y hacia atrás con un movimiento más rápido y más fuerte. Bajé la mano y la enredé en su pelo rubio y empujé y me moví con su ritmo. Si no creyera que es una grosería recibir una mamada y mandarla a paseo, habría dejado que me hiciera acabar así. Sin embargo, siendo el caballero que soy, vigilé de cerca el calor que se cocía a fuego lento en mi estómago.

Ella gimió con fuerza cuando mi polla se acercó al borde de sus labios y luego volvió a bajar. El ruido vibraba arriba y abajo de mi erección. Gruñí con fuerza, haciéndole saber lo mucho que me gustaba y vi cómo me miraba, con los ojos llorosos y una pequeña sonrisa en los bordes de su boca. La agarré por la cara y le saqué la polla de la boca, no quería esperar ni un segundo más y arriesgarme a explotar en ese momento.

La levanté y la llevé al sofá, orientándola hacia el respaldo y empujándola sobre sus rodillas. Separé sus piernas y apoyé mis rodillas en el borde, agarrando mi polla por la base y llevándola

hacia ella. Le empujé la falda hasta la cintura y le aparté el tanga rojo, frotando la cabeza de mi polla entre sus jugos. Empujé hacia delante y ella soltó un profundo gemido, agarrándose al respaldo del sofá e inclinándose hacia delante con el culo asomando.

Le pasé la mano por la mejilla del culo y la abofeteé ligeramente, escuchando sus risitas y gemidos de dolor y placer. Estaba muy mojada y tardé un segundo en darme cuenta de que tenía que coger un condón. Me agaché y saqué uno de la cartera de mis pantalones y le arranqué la parte superior, sacando la polla solo lo suficiente para deslizar la goma por encima y hacia abajo. Volví a empujar dentro de ella, dejando que su humedad me guiara. Rodeé sus caderas con las manos y empujé y tiré, introduciéndome con fuerza en su interior. El sonido de su voz resonando en el apartamento era erótico, y esperaba que se corriera pronto porque yo estaba muy cerca.

—Frótate el coño —gemí.

Ella se metió la mano entre las piernas y gimió con fuerza mientras sus dedos bailaban sobre su clítoris. Se ponía cada vez más tensa a medida que mi polla se hundía y sus dedos seguían el ritmo de mis caderas. A medida que su voz aumentaba, yo me movía más rápido, sintiendo cómo su cuerpo se retorcía entre mis manos.

—Dios —gritó—. Me voy a correr.

—Sí, nena, córrete en mi polla —gruñí.

Con dos empujones más, ella estalló en un orgasmo, y su coño se apretó contra mi eje. Con solo tres empujones más, finalmente me dejé llevar, empujando tan profundo como pude y gimiendo fuertemente mientras mi semilla llenaba el condón y sus cálidos jugos goteaban sobre mis pelotas. Mi cuerpo se tensó y flexionó mientras el placer fluía a través de mí, hasta que finalmente mis hombros se relajaron y dejé salir el aire de mis pulmones. Lentamente, me retraje, tirando de mi polla hacia atrás y dirigiéndome al baño para limpiarme. Era justo lo que necesitaba para quitarme el estrés de la semana.

En el baño, tiré del condón y me lavé las manos y la polla, nunca me ha gustado la sensación después de tener sexo con una total desconocida. Me miré el pelo en el espejo y tensé el pecho, impresionado por la constitución que había mantenido los últimos meses. Podía oír a Missy vistiéndose en el salón, y esperaba que no insistiera en quedarse. Cogí los pantalones del pijama que colgaban de la parte trasera de la puerta del baño y me los puse antes de volver a salir de la habitación.

—Espero que no te importe —dijo ella, recogiendo sus cosas y poniéndose la ropa—. Realmente tengo que irme. Tengo que trabajar temprano por la mañana.

—Qué pena —dije, tratando de sonar convincente.

—Tal vez podamos vernos pronto —dijo, acercándose y besando mis labios antes de dirigirse a la puerta.

—Sí —dije, siguiéndola y entregándole mi tarjeta—. Aquí está mi tarjeta. Lllámame.

—Genial —dijo, abriendo la puerta y volviéndose—. Tal vez pueda traer a mi perro, y podemos ir al parque o algo así.

Hice una mueca al oír la palabra «perro», y todo mi cuerpo se puso inmediatamente en tensión. Los perros y yo no nos llevamos bien después de haber sido atacado por uno cuando era niño. El simple hecho de escuchar esas palabras eran un sincero freno al trato.

—Bueno, probablemente no —dije, negando con la cabeza—. Ni por ti ni por tu perro. Pero fue divertido.

Cerré la puerta antes de que pudiera procesar lo que había dicho. No iba a permitir el asunto del perro en absoluto, sin importar quién fuera la mujer. Era la típica mujer de siempre.

Capítulo 2

Reese

Abrí la puerta trasera de mi oficina y entré sonriendo, cuando un pequeño cachorro corrió hacia adelante para saludarme. Me agaché, riendo cuando tropezó con una de sus grandes orejas y chocó con mi pie. Me acerqué y le acaricié la cabeza, lo rodeé con la mano y lo cogí en brazos.

—¿De dónde has salido, pequeño?

Yo tenía un centro de cuidado de animales que se centraba principalmente en el alojamiento, la limpieza, el aseo y los cuidados menores que no requerían la atención de un veterinario. Organizábamos clínicas de esterilización y castración una vez al mes, acogíamos a los perros callejeros para los que la perrera no tenía sitio y, lo más importante, podíamos pasar el rato con todos los amigos peludos y emplumados que venían a visitarnos. Me acerqué al corral que albergaba a los nuevos cachorros que habíamos acogido y dejé al cachorro con los demás, cerrando la puerta. Dejé mis bolsas en la mesa de aseo y entré en la zona de alojamiento, donde me recibió un coro de ladridos. Cada uno de esos perros estaba a mi cargo de una forma u otra, ya fuera porque su familia estaba de viaje, porque necesitaban un nuevo hogar o porque habían envejecido y necesitaban que alguien los cuidara. Los perros más viejos eran los más difíciles para mí. No por su cuidado, sino porque me enamoraba de todos los perros que pasaban por allí, y estos solían estar allí por poco tiempo, ya que sus vidas habían llegado a los últimos años. En cualquier caso, siempre traté a cada uno de ellos como si fuera de la familia.

—Bueno, buenos días, amigos míos —dije, pasando la mano por las jaulas—. Por fin es viernes. Espero que ya hayáis hecho planes.

Pasé y saludé a cada perro. Luego, pasé a la habitación de al lado e hice lo mismo con los gatos. No teníamos ningún otro animal en ese momento, así que me salté por completo la sala de los conejos, cobayas y reptiles. Cuando volví al puesto de acicalamiento, Lenna entraba por la puerta con un aspecto más cansado que de costumbre. Era mi mejor amiga, y habíamos empezado este negocio juntas justo después del instituto, sabiendo ambas que no teníamos ambiciones universitarias en ese momento. Tuve que admitir que era bastante impresionante trabajar con mi mejor amiga. Ella y yo nunca nos habíamos peleado por nada, y no podía imaginar una socia más perfecta. Ambas amábamos a los animales, trabajábamos muy duro para mantener el local en marcha y nos complementábamos. Donde yo era débil, ella era fuerte, y viceversa. Además, ella era la técnica veterinaria y podía poner inyecciones y cosas así cuando era necesario.

—El Señor Floppy volvió a salir —dije riendo—. Me ha saludado en la puerta, así que ten cuidado donde pisas. Todavía no he buscado bombas de caca.

—Oh, alegría —dijo Leena con un bostezo—. Es demasiado pronto para esto.

—¿Empezaste el fin de semana temprano?

—Claro que sí —dijo con una sonrisa somnolienta—. Y he conocido a un tío que está muy bueno, con el que tengo una cita de nuevo el sábado por la noche.

—Mírate, siempre en movimiento. —Me reí.

—¿Qué hiciste anoche?

—Me bañé, vi una película y me quedé dormida. —Sonreí.

—Vaya —dijo con voz monótona—. Emocionante. ¿Qué tal este fin de semana? ¿Tienes algún plan increíble?

—¿Lo tengo alguna vez?

—No, pero seguiré preguntando cada semana con la esperanza de que un día me sorprendas con algo escandaloso, como, oh, no sé, una cita o algo así —dijo, mirándome a la cadera mientras pasaba.

Yo me conformaba con seguir trabajando en el negocio, centrarme en crecer y aprender y, al mismo tiempo, mantener los ojos abiertos para cuando apareciera ese chico. Ese chico que hace que todo encaje, el que toda chica sueña con conocer algún día. Sin embargo, Leena piensa que estoy loca por pensar en ese cuento de hadas y está más que dispuesta a sacarme, a llevarme a que eche un polvo y a llevarme por otro camino. No era virgen porque estuviera esperando al Señor Perfecto. Simplemente no había encontrado ningún Señor Perfecto en este momento que realmente pudiera encajar. De hecho, no había habido ningún Señor Nada durante bastante tiempo, y yo estaba bien con eso, incluso aunque pareciera molestar a todos los demás a mi alrededor.

—Sí, tengo esa boda este próximo fin de semana —dije, sacando mis materiales y alineándolos sobre la mesa.

—Oh, sí —dijo ella—. ¿Quién se casa esta vez?

—Caroline Haynes —dije—. Era una chica con la que salía cuando éramos niñas.

—Oh, sí, en el club al que pertenecía tu padre —respondió—. Sigo pensando que es muy raro que vengas de una familia con dinero.

—¿Por qué?

—Es que pareces tan normal. —Ella se rio.

—Supongo que sí, si consideras normal a una virgen de veintitrés años que ha abandonado la universidad —dije, poniendo los ojos en blanco.

—Recuerdas que tienes un negocio realmente exitoso que construiste desde cero, ¿verdad?

—Sí, y estoy orgullosa de ello, pero mi padre es otra historia —dije con un suspiro—. No se hizo a la idea de este negocio hasta que compramos el edificio.

—Bueno, es bueno que tú dirijas tu vida, no tu padre —dijo, dándome una palmadita en el hombro—. Además, a tu madre le encanta este lugar. Estoy bastante segura de que ya ha pasado la hora a la que suele venir a visitar a todos los perritos.

—Es el final de los eventos de verano en el club —le recordé—. Le quedan como tres días para marujear con las otras mujeres antes de que el clima se enfríe y todos los ricos se escondan en las zonas residenciales.

—¿Van a ir a la boda?

—No, gracias a Dios —dije con una risa nerviosa—. Van a estar fuera el fin de semana visitando a mi hermano en Nueva York.

—Bueno, ahí tienes —dijo, volviéndose hacia mí—. Entonces puedes contar totalmente con la boda como planes de fin de semana. Pensaba que tus padres te iban a llevar a rastras y te iban a exhibir como una muñequita, como tanto les gusta hacer.

—No. —Me reí—. ¿Y sabes qué? Eso significa que tengo planes para este fin de semana. Voy a beber champán, bailar y mirar fijamente a la hermosa y feliz pareja, preguntándome a cuántas bodas iré antes de tener la mía.

—Así que, podrías llevar una cita a esa fiesta, ¿verdad?

—Si conociera a alguien que pudiera ser una cita, sí —dije—. Pero sabes tan bien como yo que no he conocido a ningún hombre últimamente. Diablos, no he conocido a nadie sin pelo y cuatro patas en mucho tiempo.

—Vaya, ¿a qué clase de bares vas?

—Muy gracioso —respondí, riendo.

—Deberías empezar a salir conmigo y conocer a algunos hombres —dijo, comenzando con su habitual regañina—. Nunca se sabe a quién puedes conocer por ahí.

—Uf, sí, claro —me burlé—. He visto a los chicos de los bares de nuestra edad. Solo buscan un pedazo de culo para llevar a casa, no a alguien que les interese de verdad.

—Cariño, todos los hombres buscan un trozo de culo —respondió ella—. El interés viene con tu chispeante personalidad, que estoy viendo que puede necesitar algo de trabajo.

—Realmente soy feliz por mi cuenta —dije, caminando hacia la zona de los cachorros y levantando uno en mis brazos—. No tengo que responder ante nadie, no tengo que preocuparme de que alguien me engañe, del drama de las relaciones y de todo lo que conlleva salir con alguien. Créeme, tengo una cuenta de Facebook. Veo el drama por el que pasan todas las chicas con las que crecí. Simplemente no me parece que valga la pena.

—Lo entiendo —dijo ella—. Pero lo que no entiendo es por qué tienes que seguir siendo virgen para mantener el rumbo. Si vas a elegir estar sola, entonces también podrías conseguir algo mientras tanto.

—No estoy eligiendo estar sola —dije—. Simplemente no encuentro al tipo adecuado.

—¿Y sentarte en tu apartamento te va a ayudar con eso? —Se rio.

—Bueno, seguro que salir a un estúpido bar no va a ayudar —refunfuñé—. Además, sé exactamente el tipo de hombre que estoy buscando, y estoy segura de que está ahí fuera.

—Cuerpo atractivo, ojos preciosos, rico y dispuesto a mimarte, ¿verdad?

—No. —Me reí—. Quiero a alguien que tenga sueños para el futuro. Un hombre que sea un poco torpe y tímido, como yo. Un hombre que ame a los animales como yo, para que podamos tener como una granja o algo así, pero en lugar de vender los animales, jugar con ellos y darles amor.

—¿Sabes que sueñas como una niña de ocho años? —dijo ella, riendo—. Estoy segura de que hay un montón de hombres por ahí como ese, pero están escondidos en el sótano de su madre, o van a la escuela primaria.

—Oh, vamos. —Me reí—. Tiene que haber un tipo ahí fuera para mí, alguien que encaje

perfectamente y que disfrute de todas las cosas que yo hago, solo que a nivel masculino.

—¿Cómo se puede querer a un cachorro al estilo masculino?

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza, besando al cachorro en la nariz y volviéndolo a meter en la jaula. ¿Era realmente tan imposible pensar que hubiera un hombre así? ¿Era una locura soñar con alguien afectuoso y cariñoso que no fuera un fanfarrón o extremadamente narcisista? Si lo era, entonces estaba condenada a vivir sola, la loca de los gatos, por el resto de mi eternidad. Excepto que no tenía ningún gato en casa.

—Voy a dejar que los perros salgan al patio a jugar —dije, llamando a Leena mientras me alejaba.

—Ten cuidado con el Sr. Torpeza mientras estás ahí fuera —me gritó ella.

Dejé salir a todos los perros de la jaula y abrí la puerta del patio vallado, riendo mientras salían disparados a la hierba, revolcándose bajo el sol. Me eché las manos a los hombros, dándome cuenta de que ya empezaba a refrescar fuera. Amaba a mis cachorros y gatitos, y me mantenían completamente satisfecha. Aunque sabía que la conexión entre un hombre y yo era algo que deseaba en el fondo, no podía evitar estar bien mientras tuviera a mis animales para que me amaran. Tal vez estaba empezando a perderlo, rodeándome del amor de cuatro patas en lugar de salir y conocer a alguien.

Suspiré y caminé por el césped, acariciando a los diferentes cachorros que corrían hacia mí, moviendo sus colas. Me incliné y recibí un gran y húmedo beso perruno en la mejilla, y solté una risita, sintiéndome ya mejor. ¿Quién necesitaba la complicación de una relación cuando tenía tanta adoración peluda a su alrededor a la vez?

Capítulo 3

Blaine

Tenía que decir que había algo completamente miserable en ponerse un traje un sábado, y además uno tan elegante. La boda empezaba en apenas una hora, y necesitaba llegar al lugar para que Caleb me dejara en paz. Me miré el pelo negro recién lavado en el espejo y lo empujé hacia abajo, dándome cuenta de que probablemente me vendría bien un corte de pelo muy pronto, ya que mi remolino estaba empezando a rebelarse contra mí. Me puse un poco de gomina y lo alisé, comprobando mi rústica barba de tres días en el espejo y decidiendo que me quedaba bien. Sabía que era yo el que era demasiado perezoso para afeitarme, pero tenía que admitir que cada vez que salía con este afeitado áspero, ligaba con muchas más mujeres. No sabía qué era, pero parecían sentirse atraídas por el hombre bien arreglado que parecía haber olvidado afeitarse.

Me puse la camisa por los hombros y la abotoné de mala gana, metiéndola dentro del pantalón antes de coger mi corbata plateada. Me la coloqué alrededor del cuello y la metí debajo del cuello de la camisa, sintiendo la fría tela de seda entre mis dedos. La mayoría de los días me gustaba ponerme un buen traje, pero hoy solo quería sentarme a ver la televisión. Sabía que tenía que dejar que pasara. No había forma de evitarlo, así que respiré hondo y me miré sonriendo en el espejo. Mi sonrisa falsa desapareció rápidamente, cogí mi chaqueta y me dirigí al dormitorio. Me puse el abrigo y me puse delante del espejo, admirando lo bien que me veía. Llámalo arrogancia si quieres, pero yo era un tipo bastante guapo.

Odiaba las bodas. La ostentación, las flores, las damas de honor risueñas y los niños pequeños corriendo con vestidos vaporosos eran demasiado para mi mentalidad de soltero. Dicho esto, había comida y bebida gratis, y muchas mujeres que se morían de ganas de encontrar a un soltero con el que pasar la noche. Había algo en las bodas que abría las piernas de las mujeres, y me costaba creer que fuera porque esperaban encontrar al Señor Perfecto en el armario del catering con las bragas por los tobillos. En cualquier caso, ¿quién era yo para negar a estas hermosas chicas la oportunidad de sentirse guapas y especiales por una noche, en el final feliz de otra persona?

Recogí las llaves y el móvil y me los metí en el bolsillo, con la esperanza de que no volviera a casa, sino que me acostara más tarde esa noche con una de las amigas sexis de la hermana de Caleb en el hotel. Silbé mientras me dirigía a la cocina, cogiendo una botella de agua y bebiéndola antes de dirigirme a la puerta. Si iba a beber mucho, tenía que asegurarme de estar hidratado. Nadie querría que un Blaine con resaca se despertara a su lado por la mañana. Tendía a ser un poco gruñón.

—Luces apagadas —dije en voz alta, observando cómo todas las luces se atenuaban, excepto las que se alineaban en las ventanas.

—Que tenga buenas noches, señor Butler —respondió la IA del ordenador con la sensual voz que había creado para el sistema.

Incliné la cabeza ante la mujer invisible y salí por la puerta principal, escuchando cómo las cerraduras se cerraban tras de mí. Era bastante impresionante poder navegar por el mundo tecnológico como lo hacía yo, pero por muy presumido que fuera, nunca me gustaba demostrar lo inteligente que era en realidad. Eso solía alejar un poco a la gente. Bajé a la planta baja y me subí al coche para ir a la boda.

Cuando llegué, me hicieron pasar al gran complejo adornado donde se celebraría la boda y el banquete. Todo estaba envuelto en ricas telas y cubierto desde el suelo hasta el techo con arreglos florales. Una niña pasó rozando mi pierna, riéndose mientras corría junto a mí yendo hacia su madre, que la miraba con el ceño fruncido desde el otro lado de la sala. Hice lo posible por no mostrarme irritado y miré junto a las puertas de la sala de ceremonias, donde estaba Caleb, con su esmoquin Armani y sus zapatos brillantes.

—Hola, has venido —dijo, extendiendo la mano y estrechándola.

—No era consciente de que tenía otra opción —susurré, girándome y mirando a todos los invitados que llegaban.

—No la tenías —respondió—. Pero sé que te gusta hacer lo que te da la gana.

—Eso es muy cierto amigo mío —dije, sonriendo a una rubia alta que pasaba por allí—. ¿Cómo está tu hermana?

—Completamente tranquila, lo cual es chocante porque es como la persona más nerviosa que conozco —dijo riéndose.

—Sí, lo recuerdo —gemí—. Te olvidas de que la ayudé a planear tu fiesta sorpresa de los veinticinco años. Creí que se iba a derretir por completo cuando las magdalenas tenían glaseado azul en lugar de «aguamarina».

—Oh, sí, me olvidé de eso —dijo, riendo—. Fuiste un verdadero soldado por no matarla.

—Pensé que sería de mala educación, ya que era tu cumpleaños —respondí con indiferencia.

—Sí, una sorpresa de cumpleaños de color rojo sangre probablemente habría estropeado nuestra amistad —dijo—. Pero aun así te visitaría en el calabozo y te llevaría unas buenas sábanas para tu catre.

—Eres un verdadero amigo. —Me reí, dándole una palmadita en la espalda—. Bueno, ¿cuánto tiempo falta para que todo esto se acabe?

—Mmm —dijo, mirando su reloj—. Estaremos sentados en unos diez minutos.

—Quiero que sepas lo mucho que odio las bodas —dije, apoyándome en la pared—. Es un poco exagerado, teniendo en cuenta que es solo para celebrar el hecho de que ahora el gobierno controla tu relación, junto con todo lo demás en tu vida.

—Por lo menos te rebajan los impuestos —dijo encogiéndose de hombros—. Pero sí, no entiendo por qué nos hemos acostumbrado a hacer estas fiestas masivas, gastando miles y miles de dólares, todo por un día.

—Por no hablar de que la mitad de ellas acaban en divorcio, que es donde realmente creo que debería hacerse la fiesta —dije, riendo.

—Vamos, hombre. ¿No te ves nunca dando el sí quiero?

—Seguro que sí —suspiré—. Y conociendo mi historial de citas, me veré obligado a hacer una de esas fiestas gigantes, pero lucharé a muerte por fugarme antes de ceder. Tengo que caer con algo de mi dignidad intacta, pero no es que vaya a ocurrir en mucho tiempo.

—Te entiendo —suspiró Caleb—. Las mujeres son todas iguales, y te digo que, por las que he visto frecuentando nuestros lugares favoritos últimamente, no tengo muy buen presentimiento de que vaya a dar el paso en un futuro próximo.

—Estoy de acuerdo —dije, mirando el culo de una pelirroja al pasar—. Las chicas del bar sirven para una cosa. Las que se casan ya están casadas, divorciadas y amargadas, o se esconden porque no quieren conocer a tipos como tú.

—Oye, yo me parezco a ese comentario —dijo riendo—. Pero no es que tú seas el hombre más encantador que he conocido.

—No es culpa mía que sea demasiado inteligente para mantener una conversación con la barbie del bar. —Me reí—. Tal vez si las chicas inteligentes empezaran a salir, verías un lado completamente diferente de mí. No quiero acabar con otra experiencia como la de Katerina.

—Oh, sí, me olvidé de ella —dijo, sacudiendo la cabeza—. Estaba jodidamente buena. Tonta como una caja de rocas, pero caliente. ¿Qué pasó con ella?

—Consiguió un contrato de modelo en Los Ángeles y quería casarse, así que podríamos seguir juntos —contesté—. Imaginé mi vida volando de un lado a otro de Los Ángeles, a Katerina olvidándose de cómo atarse los zapatos y a mí tratando de mantenerme al día con las últimas tendencias de la moda. Era aterrador, así que rompí con ella.

—Lo siento, tío —dijo.

—Yo no lo siento —respondí—. Sus tetas me mantuvieron en la relación, pero estaba cansado de explicarle cada pequeña cosa. Mi IA la asustaba cada vez que entraba en el apartamento.

—Eso es porque la programabas para que la asustara. —Se rio.

—Solo cerca del final— dije—. Pensé que tal vez el humor alegraría nuestra relación, pero ni siquiera estuvo cerca.

—Bien amigo, será mejor que tomemos asiento —dijo, tomando el camino hacia la sala—. Ya te avisaré en el banquete.

Asentí con la cabeza y tomé asiento a mitad de la fila, sonriendo a la mujer mayor que se sentaba a mi lado. El olor de su perfume era abrumador, y giré la cabeza hacia el pasillo para tomar aire. Había una pasarela de satén rosa que llegaba hasta el altar, donde se encontraban el novio y seis de sus imbéciles más cercanos, con el peor aspecto después de, supongo, una tremenda despedida de soltero. El novio parecía estar bien, sin embargo, y solo podía suponer que Caroline había amenazado su hombría si se presentaba en la boda con resaca. Cuando empezó a sonar la música, todo el mundo se giró en sus asientos para ver a las damas de honor dirigirse hacia el altar con vestidos de seda rosa, sin tirantes y hasta el suelo. Sonreían y se sonrojaban mientras el público se asombraba de su presencia.

Cuando empezó la marcha nupcial, todo el mundo se puso en pie y yo me giré para esperar a que la novia hiciera su gran entrada. Cuando mis ojos pasaron por delante de la gente del otro lado del pasillo, se detuvieron, aterrizando en una hermosa chica vestida con un vestido verde azulado oscuro que agarraba su bolso delante de ella. Tenía el pelo largo y rubio como la arena y

unos ojos verdes oscuros que miraban con cariño hacia el fondo de la sala. Sus curvas eran muy atractivas y la forma en que la falda de tubo se ceñía a su cuerpo me hacía sentir debilidad en las rodillas. Estaba tan obsesionado con mirar a esta chica que ni siquiera me di cuenta de que Caroline se acercaba hasta que me bloqueó la vista con su gigantesca falda de tul y sus brillantes joyas.

Para cuando pasó, la chica estaba de frente, y yo seguí mirándola, incluso después de que todos estuviéramos sentados. Sonreía mientras el oficiante hablaba del amor verdadero, de la eternidad y de todo lo que conlleva casarse. Me di cuenta de que era una soñadora por la mirada de colegiala con ojos llorosos que tenía. No iba a dejar pasar este evento sin hablar con ella, y tal vez, si jugaba bien mis cartas, podría ser la chica zombie de la boda que acabara llevándome a la cama esa noche. Sin embargo, no pude evitar la sensación, mientras la miraba, de que de alguna manera era diferente. Tal vez fuera la forma nerviosa en que frotaba sus dedos sobre el satén de su bolso, o el hecho de que era probablemente la mujer más impresionante que había visto nunca, pero en cualquier caso, había algo en ella que gritaba secreto.

Me volví hacia el frente de la sala después de varias miradas desagradables de la gente que la rodeaba. Capté los ojos de Caleb cuando me devolvió la mirada, asintiendo con la cabeza y poniendo los ojos en blanco. Ahogué una carcajada y observé cómo Caroline se casaba con Troy, el hombre por el que había estado obsesionada durante años. Tal vez serían felices, tal vez no, pero en cualquier caso, solo me dieron una muy buena excusa para estar en mi mejor momento cuando entré en esa sala de banquetes.

Capítulo 4

Reese

La boda fue absolutamente preciosa, y no pude evitar derramar una pequeña lágrima por Caroline. Hacía años que no éramos muy amigas, pero era una chica muy dulce, y me alegraba por ella de que hubiera encontrado su final feliz. Yo, por otro lado, estaba sentada en una mesa con la gente mayor, y tuve que inventar una excusa por no tener una cita. Después de unos veinte minutos de conversación cortés, me excusé y me acerqué al borde de la pista de baile, donde fingí sacar fotos de Caroline y Troy bailando toda la noche.

Apenas había gente que conociera, y los que me eran familiares eran todos amigos de mi padre. Lo último que quería hacer era quedarme hablando con los amigos de mis padres para que le informaran de lo poco que me estaba divirtiendo y de que había venido sin pareja. Mi padre se había casado con mi madre cuando ella tenía apenas veinte años, así que a sus ojos, con veintitrés, yo estaba muy atrasada. Personalmente, creía que mi edad estaba bien, y no veía ninguna prisa en coger a algún chico para hacer felices a mis padres. Ellos habían intentado emparejarme un par de veces, pero todos acabaron siendo niños ricos mimados con fondos fiduciarios y enormes egos, algo que sabía que no me interesaría lo más mínimo.

Solo con pensar en estar atrapada con uno de esos imbéciles en una boda, hacía que el hecho de estar allí sola me hiciera perfectamente feliz. Sin embargo, siendo una persona ya de por sí torpe, no mejoraba el hecho de que estuviera deambulando por el salón de banquetes sola, tratando de no parecer rara, pero sin dejar de pasarlo bien de alguna forma. Pensé que había encontrado a alguien con quien hablar durante un segundo cuando uno de los padrinos de boda de Troy se acercó a mí, pero eso se fue al traste muy rápido cuando se me insinuó con su horrible aliento a whisky y luego arrastró la palabra perra antes de alejarse a trompicones. Tenían que haber estado dándole duro antes de la boda porque aún no llevábamos allí el tiempo suficiente para estar ya borrachos. Hablando de alcohol, tal vez un par de copas de vino me relajarían lo suficiente como para mantener una conversación con alguien.

—Reese —dijo Caroline por encima de mi hombro.

—Caroline —respondí con una sonrisa mientras me daba la vuelta—. ¿Cómo estás? Tienes un aspecto increíble.

—Estoy agotada —suspiró—. Y hambrienta. No nos dejaron el tiempo suficiente para terminar la comida que había pedido.

—He oído que siempre es así con este tipo de cosas. —Sonreí—. Pero realmente hiciste un trabajo increíble con todo esto. Mi madre me dijo que insististe en trabajar codo con codo con la planificadora para que fuera absolutamente perfecto. He visto que tienes los lirios que querías desde que éramos pequeñas, cuando cotilleábamos entre nosotras sobre nuestros futuros maridos.

—¡Los conseguí! —dijo ella, efusiva—. He planeado este día toda mi vida.

—¿De dónde has sacado ese precioso vestido?

—Lo mandé hacer —dijo orgullosa—. Sabía exactamente lo que quería, me aseguré de que tenía la talla exacta, que es probablemente la razón por la que tengo tanta hambre, y mandé a una costurera hacerlo todo a partir de los bocetos que hice. Los bocetos están enmarcados en la mesa de atrás con nuestras fotos. Deberías verlos cuando tengas la oportunidad.

—Oh, Dios mío, seguro que lo haré —dije, impresionada—. Siempre has sido muy artística, cuando yo no podría ni dibujar un muñeco de palitos si necesitara hacerlo.

—Tú también estás increíble —dijo, mirando el vestido que llevaba.

—Gracias. Es un poco más atrevido de lo que estoy acostumbrada, pero pensé que por qué no, ¿no?

—Ya sabes lo que pienso al respecto —dijo, sonriéndome—. Ponte lo que quieras, cuando quieras. ¿Estás aquí sola?

—Sí —dije alegremente, sin importarme en absoluto que me lo preguntara.

—Bueno, déjame ponerte al corriente de los hombres que hay aquí —dijo, acercándose y susurrando—. Aléjate de Charlie, el tipo alto que es padrino de boda.

—Creo que ya tuve un encontronazo con Charlie. —Me reí—. Está borracho.

—Dios mío, lo siento mucho —dijo, completamente avergonzada.

—Está bien —susurré—. Estoy bastante segura de que se fue después de eso, y no lo he visto desde entonces, así que creo que el resto de las mujeres están a salvo.

—No me extraña que estés soltera —dijo, sacudiendo la cabeza—. Los hombres son muy raros hoy en día. No voy a sentarme aquí y decir que mi nuevo marido fue una bendición al principio. Era difícil, como el resto, pero luego se enamoró y eso lo cambió todo para él y para mí.

—Lo sé —suspiré—. Me alegro mucho de que lo hayáis conseguido. Muchas de nosotras estamos viviendo la vida de soltera.

—Aguanta —dijo ella, sonriendo—. Encontrarás el tuyo cuando menos lo esperes.

—Lo sé. —Le devolví la sonrisa—. No me preocupa lo más mínimo. Tengo mucho tiempo.

—Sí, lo tienes, y te mereces a alguien increíble —dijo, besándome en la mejilla—. Bueno, voy a buscar algo de comida antes de que me desmaye.

—Por supuesto. —Me reí—. No necesitamos que te desmayes. Deberíamos quedar a comer cuando vuelvas de tu luna de miel.

—Sí, lo haremos —dijo, abrazándome con fuerza—. Gracias por venir.

Observé cómo sonreía alegremente a los demás invitados y se recogía los laterales del vestido, paseando como una princesa. Todo esto era hermoso, pero sabía que no era mi estilo. Definitivamente no era el tipo de chica que se veía como una princesa en carruaje. Tenía gustos mucho más sencillos.

Me adentré en la multitud y me dirigí a la mesa de delante que tenía todas las fotos. Sonreí mientras miraba sus bocetos, rodeados de adorables fotos de ella y Troy. Realmente se querían. Mientras estaba allí, vi que alguien se acercaba a mí, pero no levanté la vista, pensando que estaba más interesado en las fotos que en mí.

—Hola —dijo una voz grave.

—Hola —respondí, levantando la vista y quedándome helada.

Delante de mí estaba el hombre más guapo que había visto nunca. Tenía el pelo corto y oscuro y unos llamativos ojos azul claro. Medía más de un metro ochenta y podía ver sus músculos presionando su caro traje de diseño. Tenía una barba de tres días que normalmente me parecería descuidada, pero en él era encantadora, como la del tipo de la portada de una novela de un amor de vacaciones. El corazón me latía rápidamente en el pecho y no sabía qué decir.

—Soy Blaine —dijo, extendiendo la mano.

—Reese —respondí, estrechando su mano y sonriendo—. Encantada de conocerte.

—Fue una boda preciosa —respondió, mirando las fotos.

—Caroline realmente se superó a sí misma —dije, riendo, dándome cuenta de que podría haber sonado grosero—. No quise decir eso en el mal sentido. Me refería a que ha soñado con esto toda su vida, y es exactamente como lo imaginó.

—Bueno, yo no sabía esa parte —dijo con una gran sonrisa—. Siempre me excluyeron de las fiestas de chicas.

—Oh. —Me reí nerviosamente—. En realidad, no eran tan divertidas, así que no te perdiste nada bueno.

—¿La conoces de toda la vida?

—Sí —respondí, volviéndome hacia él y cogiendo una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba por allí—. Nuestros padres trabajaban juntos, y solíamos hacernos compañía en el club cuando ellos iban a jugar al golf. ¿Y tú?

—Su hermano Caleb es mi mejor amigo, así que estaba obligado a venir —dijo, mostrando otra enorme y encantadora sonrisa que hizo que me flaquearan las rodillas.

—Caleb es un buen tipo —respondí, sin saber qué decir.

Se rio.

—Sí, lo es.

Continuamos la conversación. Apreté mi copa de champán y le respondí, pensando en lo torpe que sabía que estaba siendo. Los hombres como él no hablaban con chicas como yo, al menos no durante mucho tiempo. Claro que me cuidaba y me habían dicho muchas veces a lo largo de mi vida que era hermosa, pero no era capaz de mantener una conversación para salvar mi vida. Me callaba en un santiamén, y por el aspecto de este tipo, no era el típico tipo de todos los días. Si era amigo de Caleb, eso significaba que era abogado o que hacía algo muy importante, lo que lo hacía encantador, rico y capaz de conseguir a cualquier chica que quisiera. Si seguía soltero, significaba que estaba en una boda intentando ligar con una chica, y esa chica definitivamente no era yo. Aun así, mantuve la compostura y continué mi conversación, sin querer parecer grosera en lo más mínimo.

—Me alegro mucho por la pareja, pero no me gustan las bodas. En mi opinión son muy exageradas. —Se rio—. Lo que probablemente hace que mi opinión no sea muy popular.

—Bueno, entre estas mujeres, probablemente no, pero estoy completamente de acuerdo contigo —respondí—. Cuando me case, solo quiero algo sencillo con mi prometido y mi ceremonia.

—Aquí estás, amigo—dijo Caleb, acercándose y dándole una palmada en la espalda a Blaine—. Vamos, estamos haciendo ronda de chupitos.

—Muy bien. —Se rio—. Ahora mismo voy.

Bajé la mirada a las fotos y continué examinándolas, fingiendo que no escuchaba su conversación. Definitivamente era otro tipo como Caleb, lo cual estaba bien para chicas como Leena y Caroline, pero para mí, no eran lo que buscaba para algo serio. Se aclaró la garganta y me volví, sonriendo.

—Será mejor que te vayas antes de que traiga la fiesta a la mesa de las fotos —dije, riendo.

—Sí, ahora mismo está un poco hecho un manojo de nervios con el trabajo y esta boda —explicó Blaine—. Estoy aquí como su punto de apoyo.

—Es muy amable de tu parte —respondí.

—Sí, bueno, alguien tiene que estar pendiente de él. —Se rio—. Pero de todos modos, fue muy agradable hablar contigo.

—Para mí también —dije, animándome ante la idea de haber terminado con la incomodidad.

—Te buscaré más tarde, tal vez te robe un baile —dijo mientras retrocedía hacia la pista de baile—. ¡Prepárate!

Sonreí y me reí, levantando mi copa de champán en el aire. Cuando me di la vuelta y él no pudo verme, mi cara se hundió y negué con la cabeza, sabiendo que tenía que ser la mujer más torpe que jamás había honrado su presencia. En cualquier caso, él buscaba algo que yo no buscaba, y sería mejor que lo dejara en paz, por mucho que me atrajeran sus ojos azul hielo.

Pasé el resto del banquete dando vueltas por ahí, hablando con Caroline y luego recurriendo a conversar solo con las personas mayores que conocía a través de mi padre. Definitivamente era mejor que quedarse en casa toda la noche, y me mantenía fuera del radar de Blaine, a quien veía buscarme cada vez que sonaba una canción lenta por los altavoces. Sabía que si me encontraba en sus brazos, me derretiría en un charco, y eso era exactamente lo que no quería que ocurriera.

Cuando la boda empezó a apagarse y muchas de las personas mayores decidieron dar por terminada la noche, lo tomé como una señal para salir de allí también. Me envolví el chal alrededor de los hombros mientras salía del edificio y me dirigía al aparcamiento, intentando recordar dónde había dejado el coche. Había tanta gente allí que era como aparcar en un concierto.

—Hola —oí una voz familiar que me llamaba al llegar a mi coche. Levanté la vista.

Al otro lado del aparcamiento, pude ver a Blaine saludándome y corriendo hacia mi coche. Me arreglé el vestido y abrí las puertas, esperando a que llegara hasta mí. Estaba tan guapo con su traje caro y sus zapatos brillantes, que me costaba mantener mi determinación.

—Me preguntaba si podía tener tu número, ya sabes, para salir alguna vez —dijo sin aliento.

Por un momento, me lo pensé. Me lo imaginé a él y a mí flotando juntos en un lugar feliz, pero me detuve en seco, recordando el tipo de hombre que probablemente era. Lentamente, mi sonrisa se desvaneció y miré hacia la puerta, tirando del pomo y abriéndola. Se quedó mirándome, con una mirada confusa.

—Mira —dije, sentándome y agarrando la puerta—. No soy la chica que buscas. Pero gracias por tomarte el tiempo en hablar conmigo. Cuídate.

Con eso, cerré la puerta, manteniendo los ojos pegados al volante mientras arrancaba el coche y salía de ese sitio. En el espejo retrovisor, pude ver a Blaine todavía de pie, observando cómo me alejaba, con las manos metidas en los bolsillos. Tal vez estaba cometiendo un error, pero no quería arriesgarme.

Capítulo 5

Blaine

Levantarme el domingo por la mañana no fue tan difícil como pensaba, ya que conseguí controlar lo que bebía. Quedé con Caleb para almorzar en un restaurante del centro de Filadelfia, y me di cuenta de que no había tenido la misma moderación que yo. Sus ojos estaban oscuros y su pelo estaba más desordenado de lo normal.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Estoy bien —refunfuñó, bebiendo su agua—. Anoche bebí demasiado, pero maldita sea, la tía buena que me llevé a casa era perfecta.

—¿La del vestido negro? —pregunté.

—Sí, esa —dijo con orgullo.

—Qué bien. —Me reí.

—¿Y tú? ¿Recogiste a esa pelirroja que estaba coqueteando contigo?

—No —suspiré—. Lamentablemente, esta mañana me he despertado solo en mi cama.

—¿Qué? ¿El hombre más guapo de la fiesta se fue solo a casa? ¿Cómo puede ser eso?

—No lo sé —dije, bajando la mirada a mi almuerzo—. Simplemente no lo sentía, y había una chica en mi mente desde antes.

—¿Quién? —preguntó, frunciendo las cejas—. No te vi con nadie.

—Solo hablé con ella unos minutos —respondí—. Pero era jodidamente perfecta y absolutamente adorable. Se llamaba Reese. Dijo que era amiga de tu hermana. Supongo que se hacían compañía cuando eran más jóvenes. Tu padre y el de ella trabajan juntos.

—Mmm —dijo él, llevando su tenedor a los labios—. Sé de quién hablas, y sí recuerdo haberte visto hablando con ella durante unos minutos.

—Entonces, háblame de ella —dije con la emoción gestándose en mi vientre—. ¿A qué se dedica? ¿Tiene novio? Sé que no está casada porque nuestra conversación la llevó a decir que no quería una gran boda como la de Caroline, aunque le pareció hermosa.

—Honestamente, amigo, realmente no sé mucho sobre ella —dijo—. Su padre tiene una empresa financiera y viaja de un lado a otro por Nueva York, donde está una de sus sucursales. Mi padre trabaja para ellos, pero aparte de eso, realmente nunca he pasado tiempo con la chica. ¿Por qué no conseguiste su número?

—Esa fue la parte rara —dije, repitiéndolo en mi cabeza—. La encontré antes de que se fuera y se lo pedí, pero me ignoró, diciendo algo sobre que no era la chica que yo buscaba.

—Eso es raro —dijo con la boca llena de beicon—. No eres de los que van asustando a las mujeres.

—Lo sé tío —dije, negando con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué la buscas?

—No lo sé —dije, frotando mis manos sobre mi cara aún sin afeitarse—. Había algo en ella de lo que no podía alejarme. Ella estuvo en mi mente toda la noche.

—Vaya, eso es muy fuerte, hermano —dijo Caleb con sorpresa—. No es propio de ti seguir pensando en una chica así.

—Lo sé, es que...

—Hola, chicos —dijo Caroline mientras sacaba una silla y se dejaba caer—. Uf, me muero de hambre.

—Hola, hermanita —dijo Caleb con cariño—. ¿Dónde está Troy?

—Todavía está durmiendo —dijo ella—. No quería despertarlo.

—Despiertos toda la noche, ¿eh? —Caleb le dio un codazo juguetón a su hermana.

—Para —dijo ella con las mejillas sonrojadas—. Eso es asqueroso. No voy a bromear con mi hermano sobre mi vida sexual.

—Ayer estabas increíble —dijo Caleb—. Y todo salió sin problemas. Tiene que ser la primera vez en la historia de las bodas.

Ella sonrió.

—Lo sé, ¿verdad?

—¿Cuándo os vais a las Bahamas? —pregunté.

—No hasta mañana por la mañana —dijo ella—. Queríamos tener un día para relajarnos aquí en la ciudad antes de subir al avión. Además, creo que Troy sabía que iba a necesitar un día de descanso después de una semana seguida de celebraciones y borracheras.

—Sí, siento que me vendrían bien unas vacaciones. —Caleb se rio, entregándole a Caroline una tostada.

Caleb y Caroline habían estado muy unidos toda su vida, sin muchas de las discusiones normales que solían darse entre hermanos. Supuse que, dado que su familia estaba tan orientada a los negocios, se apoyaban el uno en el otro mientras crecían porque su madre y su padre estaban demasiado ocupados con otras cosas. Desde luego, no era la típica familia con una madre reconfortante y un padre fuerte y líder, pero los dos parecían haber salido muy bien. Caleb trataba a todos sus amigos como si fueran de la familia, y a su hermana también como una amiga. Era bonito, y yo deseaba tener ese tipo de relación con mi familia, pero, por desgracia, estaba abandonado a mi suerte.

—¿Y tú cómo estás esta mañana, Blaine? —Caroline me miró y sonrió.

—Estoy muy bien porque cuidé lo que bebí anoche, a diferencia de otros —dije, mirando a Caleb.

—Sí, mi hermano tiene un problema con los excesos. —Se rio y tomó un trago de café.

—No, no lo tengo —dijo con amargura.

—¿Ah, no? ¿Qué hay de la vez que fuimos al funeral de la tía Eliza? Bebiste tanto que te desmayaste y casi pensaron que eras otro cadáver.

—No me gustan los funerales —dijo—. Y no fue mi culpa. El tío Bernard estaba bebiendo conmigo.

—Ah, vale —dijo ella con sarcasmo—. ¿Qué hay de los siete trajes de cada tipo que te gusta

tener colgados en el armario?

—Trabajo duro para poder tener cosas bonitas —dijo él con orgullo.

—Eh, sí. —Ella soltó una risita.

—Gracias por invitarme a la boda —dije—. Fue realmente hermosa.

—De nada, y gracias por venir. —Sonrió—. ¿Conociste a alguna soltera encantadora?

—Claro que lo hizo, y ella le hizo sombra totalmente —dijo Caleb, ignorando el giro de mis ojos.

—¿Ah, sí? ¿Quién era?

—En realidad quería hablar contigo de eso —dije, ignorando a Caleb—. Realmente me gustaría volver a hablar con ella. Se llamaba Reese.

—¿Reese Tenor? —preguntó—. Vaya, no lo vi venir en absoluto. Reese es una chica interesante, muy extravagante, pero en general, una de las personas más dulces que he conocido. Crecimos corriendo juntas por el club mientras Caleb buscaba chicas y nuestros padres tenían «reuniones de negocios» en el campo de golf o en la pista de tenis. Nos mantuvimos alejadas de nuestros padres. Sus padres se parecen mucho a los míos y a los de Caleb. Nos querían mucho, pero estaban demasiado centrados en los negocios como para demostrarlo.

—¿A qué se dedica ahora? —pregunté

—Sinceramente, no lo sé —dijo, sonriendo mientras la camarera le ponía la comida delante—. Creo que ha montado algún tipo de negocio. Compró uno de los edificios de la empresa de mi padre hace más o menos un año.

—¿Sabes si está saliendo con alguien?

—Hablé con ella anoche sobre eso —dijo—. Definitivamente está soltera, pero te puedo asegurar que no está interesada en alguien como tú.

—¿Qué significa eso? —Me reí y di un trago a mi zumo de naranja.

—Puede que venga de una familia rica y todo eso, pero es una chica con los pies en la tierra —explicó—. No tiene relaciones de una noche ni encuentros casuales, y no le interesa el dinero de la gente. Es una persona auténtica hasta la médula.

—Creo que no me equivoco al decir que Blaine está interesado en un poco más que una aventura de una noche —dijo Caleb, burlándose de mí—. Esta noche no ha podido dormir, pensando en esta chica, y anoche rechazó a una tía buena en la fiesta.

—Vaya —dijo Caroline, sonando impresionada—. Bueno, no tengo ningún problema en darte su número siempre que juegues bien y no te hagas ilusiones. Te digo que no es el tipo de chica que sale a fiestas, bares y cenas caras todas las noches. Se abrió camino en la vida tratando de demostrarle a su padre que podía, y es muy protectora de sí misma. Siempre lo ha sido.

—No es que esté planeando acosarla. —Caleb se rio—. Solo quiere conocerla.

—Gracias. —Me reí—. Prometo que no me haré ilusiones y que no la asustaré.

—Gracias —dijo Caroline, pellizcando el brazo de su hermano.

Me dio el número de Reese, y lo grabé en mi teléfono, sintiéndome nervioso de repente por tener que llamarla realmente para hablar con ella. Yo no era el tipo de persona que se ponía nervioso por estas cosas. Yo era el tipo de hombre que tenía confianza en sí mismo, era testarudo y no tenía miedo de arriesgarse para conseguir lo que quería. Sin embargo, esto me

desconcertaba y no entendía por qué. Era solo una chica, ¿no? Había llamado a chicas al azar un millón de veces, y nunca le dediqué dos segundos a pensarlo. Eso también podría ser porque todas las chicas que decidí perseguir estaban más que dispuestas a ser atrapadas.

Había una naturaleza seriamente competitiva en mí, y cuando me decían que no podía hacer algo o tener algo que quería, solo me hacía esforzarme aún más. Estaba bastante seguro de que al decirme Caroline que Reese no iba a estar interesada en un chico como yo, mi mente se puso instantáneamente en marcha, decidiendo que no conseguir a la chica no era una opción. Sin embargo, también tenía que recordar que ella era una persona y no un juguete, especialmente si quería que me tomara en serio. Obviamente, había una razón por la que me sentía así por esta chica, y aunque no buscaba nada serio, ella me hacía querer no descartarlo. Su hermosa sonrisa y su cuerpo sexy eran una cosa, pero el hecho de que fuera tan complicada vista desde fuera como yo me sentía por dentro, me hacía saber que teníamos más en común de lo que ella realmente imaginaba.

Ahora, todo lo que tenía que hacer era reunir el valor suficiente para llamarla y averiguar lo que tenía que hacer para volver a tener a esta chica delante de mí. Sabía que con mi encanto y mi personalidad, podría mantener su atención el tiempo suficiente para demostrarle que había algo más en mí que una buena apariencia y dinero. Podía demostrarle que no éramos tan diferentes como ella pensaba en un principio. Ahora tenía una misión, y esta chica no se me iba a escapar de nuevo.

Capítulo 6

Reese

Cuando llegué al trabajo ese lunes, apenas podía alejar mi mente de lo que había pasado en la boda. Blaine era muy guapo y muy fuerte, pero había entrado completamente en pánico y me había marchado sin dar siquiera una palabra de explicación. Fue bastante grosero por mi parte asumir que era como cualquier otro chico, pero ¿cómo no iba a serlo? Era rico, guapo y tenía el mundo entero en la palma de su mano. Nunca se interesaría por una chica como yo a largo plazo. Me juré que si no fuera porque algún día quería tener hijos, dejaría de lado a los hombres y viviría sola. No me gustaba que alguien se metiera en mi cabeza de esa manera, y Blaine estaba ahí, metido en mi cráneo.

—Hola —dijo Leena, entrando por las puertas laterales—. ¿Cómo están todos mis animales? Eso te incluye a ti también, Reese.

—Vaya, gracias. —Solté una risita—. Y todos están felices y sanos. Estoy muy contenta de haber contratado a ese personal para el cuidado durante el fin de semana. Me quita un peso de encima.

—Lo sé, te lo dije —dijo indignada—. Necesitas una vida. Yo necesito una vida. Necesitamos no estar siempre en el trabajo y, por suerte, hemos llegado a un punto económico en el que podemos tomar esa decisión. Hablando de fines de semana, ¿cómo fue la boda?

—Chica, fue increíble —dije, sacudiendo la cabeza—. Caroline realmente se esforzó con todo. No sé cómo lo hizo. Debe haber sido un trabajo a tiempo completo para conseguir organizarlo así.

—Debe ser agradable tener el dinero de papá —comentó Leena—. Pero eso son solo mis celos furiosos hablando. Si yo estuviera en su lugar, habría hecho lo mismo.

—Había flores por todas partes, por lo menos trescientos invitados, y su vestido, oh, Dios mío, debe haber necesitado cientos y cientos de metros de tul para hacerlo —dije mientras llenaba los frascos en el puesto de limpieza—. Ni siquiera sé cómo cabía por la puerta.

—¿Y los hombres? ¿Conociste a alguno increíble?

—¿Solo piensas en eso? —pregunté.

Se rio.

—No, pero es importante que mi mejor amiga empiece a salir y a divertirse.

—Pues resulta que sí conocí a alguien —dije, sacándole la lengua.

—¿Qué? Cuéntamelo. Todo. No te dejes nada. —Leena acercó una silla.

—No fue tan emocionante —dije, bajando la mirada—. Era encantador y dulce, pero sabía lo que quería, y no fue lo que yo hice.

—¿Cómo lo sabías?

—Bueno, no lo dijo exactamente, pero es rico, poderoso y muy buen amigo del hermano de Caroline, Caleb, que es un notorio playboy —respondí—. Se llamaba Blaine, y me pidió mi número, pero en lugar de jugar, le dije la verdad.

—¿Cuál era?

—Que yo no era la chica que él buscaba —respondí, encogiéndome de hombros y acercándome a guardar las provisiones—. ¿Por qué darle largas y hacerle creer que iba a salir algo de ahí? No iba a acostarme con él, y él no estaría interesado en una chica normal como yo.

—Eres increíble —dijo Leena, sacudiendo la cabeza y dejando la silla en su sitio.

—¿Por qué?

—Tenías a un hombre guapo y rico coqueteando contigo, y lo rechazaste incluso antes de saber lo que quería —respondió ella—. Por lo que sabes, podría haber sido el príncipe azul, pero tienes ese miedo, y no sé de dónde viene.

—Viene del hecho de que todos los hombres quieren lo mismo —respondí con dureza—. Todos son idénticos. Quieren coger todo lo que puedan e irse, y para ser honesta, no es para nada como quiero llevar las cosas. Estaría mucho mejor sola que siendo una chica triste llorando con un bote de helado y viendo películas de chicas, cuando me dejen por algo que ya sabía que iba a pasar.

—O puedes ser miserable y estar sola porque nunca quieres arriesgarte —dijo ella—. Honestamente, Reese, solo quiero que seas feliz. Quiero que estés bien y asentada, y quiero que encuentres el amor. Además de todo eso, no deberías tener que ser virgen para siempre.

—Bueno, aunque quisiera encontrarlo, aunque pudiera encontrarlo, probablemente ya se haya olvidado de mí —dije, volviendo a lo que estaba haciendo.

—Si nunca te arriesgas, nunca lo sabrás —dijo Leena, saliendo de la habitación.

Esperé a que saliera de la habitación y dejé los papeles sobre la mesa, bajando la cabeza. Me aterraba la idea de que me hicieran daño, de estar en el extremo de un amor no correspondido y de enamorarme de alguien que acababa de quitarme la virginidad y no quería volver a verme. No quería estar triste y sola en los cumpleaños, las vacaciones y las fiestas. No quería ser la chica que todo el mundo sabe que tiene el corazón roto, y la mejor manera de evitarlo era no arriesgarse con hombres que ya sabía que buscaban algo que yo no buscaba. Sin embargo, los ojos azules como el hielo de Blaine no se apartaban de mi mente, y me pregunté si, de alguna manera, Leena podría tener razón.

Respiré profundamente y aparté ese pensamiento de mi mente. Tenía mucho trabajo que hacer. Había seis perros que iban a ser recogidos, y quería asegurarme de que estuvieran arreglados, con buen aspecto y con un olor maravilloso antes de que llegaran sus dueños. Después de eso, había cuatro perros nuevos que iban a quedarse con nosotras durante al menos una semana cada uno, así que había que limpiar y preparar los corrales. Me puse a trabajar bañando a los perros y hablando con ellos como si fueran humanos. Al menos dos veces, Leena asomó la cabeza por la puerta y la sacudió hacia mí, dándose cuenta de que estaba utilizando a los perros como terapia de nuevo.

Cuando terminé de bañar al último perro, sonó mi teléfono móvil. Solté al perro, me sequé las manos, me acerqué y miré la pantalla. No reconocí el número, pero todavía había algunas

páginas web con mi número privado, así que supuse que podría ser un cliente el que llamara. Me aclaré la garganta y me llevé el teléfono a la oreja, respirando profundamente antes de contestar.

—Hola, soy Reese —dije profesionalmente.

—Bueno, hola, justo la chica con la que quería hablar —dijo la profunda voz al otro lado de la línea—. Soy Blaine, de la boda.

—Blaine —repetí, demasiado sorprendida para decir algo más.

—Sí, Blaine —dijo, riéndose—. Ya sabes, ¿el tipo al que rechazaste en el aparcamiento?

—Oh, sí —dije, sonrojándome—. Yo, eh, lo siento por eso. Después me di cuenta de que había sido muy grosero por mi parte.

Se rio.

—No pasa nada. Tengo que decir, sin embargo, que nunca había asustado a una chica de esa manera, y se me quedó grabado. A decir verdad, te quedaste conmigo todo el fin de semana, y espero que no te enfades pero Caroline me dio tu número. Me dijo más o menos lo mismo que tú, pero no podía dejarlo pasar hasta que tuviera la oportunidad de volver a hablar contigo.

—De acuerdo —dije, preguntándome hacia dónde iba esta conversación—. Mira, no soy snob ni odio a los hombres. Solo soy cuidadosa cuando se trata de citas, supongo.

—No te culpo —respondió—. Me comporto como un hombre en este mundo de las citas, y honestamente me siento fatal por las buenas mujeres que se toman en serio la idea de conocer a alguien.

—Supongo que es duro ahí fuera —contesté, aún sin encontrar las palabras.

—De todos modos, quería llamarte para invitarte a cenar mañana por la noche —dijo.

—Oh, quiero decir, no sé. Tengo mucho trabajo que hacer. —Automáticamente se me ocurrió una excusa.

—Todos tenemos trabajo, pero también tenemos que comer. —Se rio—. Mira, no espero nada. Solo me gustaría conocerte un poco más y tener una buena compañía para cenar.

Todo en mí gritaba «sí», especialmente cuando su encantadora sonrisa y sus preciosos ojos empezaron a recorrer mi mente, pero por alguna razón, me sentía inquieta. Tal vez fuera porque me sentía muy atraída por él. Tal vez mi necesidad y deseo de estar cerca de él me aterraba porque no estaba segura de poder controlarme con él. Tenía curiosidad por saber quién era este hombre, de qué iba y qué buscaba realmente.

—Bueno, supongo que no sería mala idea ir a cenar —respondí—. ¿Dónde quieres que nos encontremos?

—¿Qué tal en el *Tin Room* a las siete? —preguntó—. Puedo hacer que un coche te recoja si quieres.

—No, estaré bien —respondí—. De todas formas, gracias. Te veré mañana a las siete. Y gracias por esforzarte para localizarme. Ha sido un detalle.

—Gracias por ser receptiva —respondió.

Nos despedimos antes de colgar. Fue una conversación incómoda porque yo estaba incómoda, pero sabía que había tomado la decisión correcta al aceptar salir con él. Había hecho un esfuerzo extra para pasar tiempo conmigo. No estaba segura de qué más podía hacer para demostrar que no todo era sexo. Una parte de mí estaba nerviosa y aprensiva, mientras que la otra parte estaba

emocionada y lista para ir ya a esta cita. Estaba intrigada por Blaine, y estaba realmente interesada en saber más sobre él. Era definitivamente atrevido, y perseguía lo que quería, lo que nunca pensé que encontraría atractivo en un hombre. Sin embargo, mientras estaba sentada pensando en cómo me perseguía, podía sentir las mariposas revolviéndose en mi estómago.

—Oye —dijo Leena, sobresaltándose—. ¿Qué te pasa?

—Nada —dije, sacudiendo la cabeza y cogiendo el champú de la encimera para ponerlo en el armario—. Solo que acepté ir a cenar con Blaine.

—Espera, ¿qué? —preguntó ella, sacudiendo la cabeza—. Pensé que no le habías dado tu número.

—No lo hice —respondí con las mejillas sonrojadas—. Se lo dio Caroline y me llamó.

—Bueno, felicidades —dijo ella, sonriendo.

—¿Por qué?

—Por arriesgarte y salir de tu zona de confort —respondió—. No sé si este chico se convertirá en algo, pero quizá te ayude a abrirte a futuras oportunidades. Ya sabes, a soltarte y a darte cuenta de que el mundo de las citas no es tan aterrador.

—Tal vez —dije con una sonrisa—. Lo descubriremos mañana por la noche.

—Y es una excusa para comprar un vestido nuevo —dijo, moviendo las cejas y sonriendo mientras salía de la habitación.

Me reí para mis adentros mientras recogía mis cosas y miraba a los frescos y limpios cachorros. Una parte de mí estaba aterrada, pero la otra sabía que había tomado la decisión correcta y que Leena tenía razón. Tenía que empezar a salir a la luz. ¿Quién sabe? Tal vez, solo tal vez, Blaine no era lo que yo pensaba que era. Tal vez era exactamente el tipo que estaba buscando, y esta cena podría ser el comienzo de algo increíble. Al mismo tiempo, sabía que también podría ser el comienzo de algo que podría terminar en un desamor. El hecho de ser virgen me ponía mucha más presión en el mundo de las citas, y la mayoría de los chicos no iban a esperar a que me decidiera a acostarme con ellos.

Solo podía esperar que Blaine fuera diferente, y que no comenzara mi nueva aventura en el mundo de las citas con un completo imbécil.

Capítulo 7

Blaine

Desde que me desperté esa mañana hasta que miré el reloj por la noche, tuve a Reese en la cabeza. No era el tipo de hombre que persiguía a una mujer, especialmente si ella no estaba interesada en verme desde el principio, pero esta chica era diferente. Había algo en ella que realmente me intrigaba y me hacía querer saber más. No solo era endemoniadamente sexy, sino que era complicada de una manera que me hizo sentir que había alguien realmente increíble debajo de esa persona tímida. Eso, o que era una completa idiota que no sabía cómo hablar con la gente, aunque no podía imaginar a Caroline siendo amiga de alguien así.

Podía sentir los nervios subiendo en mi estómago, y me sentía completamente fuera de lugar. Siempre tenía el control de mis emociones y acciones, pero a medida que se acercaba el momento, podía sentir que perdía ese control y lo sustituía por nervios. Me sentía como si estuviera en un juicio, como si fuera yo quien tuviera que entrar y demostrar mi valía, pero en lugar de estar enfadado por ese hecho, estaba nervioso, deseando desesperadamente que se relajara a mi alrededor. Era intimidante, pero no de la forma normal en que puede serlo una mujer, sino de una forma frágil que me hizo poner en pausa mi rutina normal con las mujeres.

Miré el reloj y me di cuenta de que se hacía tarde. Tenía que terminar las cosas en la oficina. Guardé los archivos en los que estaba trabajando y los cerré. Era la primera vez que anteponía una mujer a mi trabajo, y aunque eso me ponía nervioso, no había manera de que esta noche faltara a esta cita por unos cuantos archivos inacabados. Cerré el ordenador y me levanté, enderezando los puños de la camisa antes de echarme la chaqueta por encima de los hombros. Me acerqué a los ventanales de mi despacho y miré las luces de Filadelfia, preguntándome qué estaría pensando Reese en ese momento, preguntándome si estaría tan nerviosa como yo. Pensé en las diferentes citas que había tenido en el pasado, y todavía no podía pensar en ninguna que me diera tantos quebraderos de cabeza como lo estaba haciendo esta.

Respiré hondo y me dirigí a la puerta, asegurándome de tener la cartera y las llaves antes de apagar la luz y dirigirme al ascensor. La oficina estaba vacía ya que todos los demás se habían marchado hacía más de una hora. Siempre trabajaba hasta tarde y estaba acostumbrado al silencio del edificio, pero esta vez el corazón me latía en los oídos. Subí al ascensor y bajé al vestíbulo, donde saludé a los guardias de seguridad al pasar. Fuera, un coche me esperaba como de costumbre, y subí dentro, dándole las instrucciones sobre dónde quería ir. Mientras circulábamos por las abarrotadas calles, miré por la ventanilla a la gente que se dirigía a sus casas. No podía negar que me sentía bien al salir del trabajo para encontrarme con esta chica. Estar solo era agotador después de un tiempo.

Al doblar la esquina de la manzana donde estaba el restaurante, mi estómago dio un vuelco,

preguntándose si ella estaría ya allí o si tendría la oportunidad de pedir un poco de vino antes. Aparcamos en la puerta y el aparcacoches me abrió la puerta del coche, asintiendo con la cabeza mientras yo salía. Me acerqué a las puertas del restaurante mientras la camarera las abría y me sonreía amablemente. Cuando entré, eché un vistazo al viejo almacén que había sido renovado para convertirlo en un restaurante de lujo de la nueva era. Mis ojos se posaron en mi hermosa cita rubia, sentada en la barra. Le dije a la camarera que estábamos listos para la mesa antes de acercarme y poner mi mano en su espalda.

—Hola —dije, sonriendo—. Siento llegar tarde. El trabajo me tenía ocupado.

Ella sonrió.

—No es eso. Es que siempre llego temprano a todo.

—Estás preciosa. —Sonreí, mirando su vestido negro corto y sus tacones altos—. ¿Vamos?

Ella asintió con la cabeza y me siguió hasta la mesa. Saqué su silla y la empujé mientras se sentaba. Me acerqué a mi asiento y me senté, pidiendo una botella de vino al camarero y soltando un profundo suspiro. Miré hacia el otro lado de la mesa donde estaba Reese, que estaba sentada tranquilamente, con las manos en el regazo y mirando a todo el restaurante.

—Este es un lugar genial —dijo—. Me gusta cómo han reutilizado los viejos almacenes en lugar de construir edificios nuevos.

—Sí —respondí—. Me gusta mucho lo que han hecho con las zonas más antiguas. Las han arreglado y les han dado un toque artístico. Esperaba que te gustara este lugar cuando te lo propuse.

—Es muy chulo —dijo ella, sonriendo—. Entonces, Blaine, háblame de ti.

—Bueno, soy dueño de una empresa de tecnología, Butler Technologies, y yo...

—Espera, ¿eres el dueño de Butler Technologies?

Me reí.

—Sí. Normalmente no se lo cuento a la gente por esa misma respuesta.

Se sonrojó.

—Lo siento. Es que me pilló por sorpresa. Por favor, continúa.

—Eso es todo —dije, riendo—. Trabajo constantemente. El trabajo es mi vida.

—¿Cómo conociste a Caleb? —preguntó Reese.

—Crecimos juntos en la escuela secundaria privada para chicos a la que asistíamos en Lancaster —respondí—. Estuvimos entrando y saliendo de problemas el uno con el otro durante mucho tiempo.

—Eso suena a mí y a Leena, mi mejor amiga —dijo, riendo—. Somos las mejores amigas desde que la conocí en un campamento de verano de arte hace años, y ella es una pasada.

—¿Qué hacéis para divertirlos? —pregunté.

—Bueno, soy bastante tranquila y reservada —dijo dulcemente—. Cuando no estoy trabajando, me gusta relajarme. A veces, hago una excursión al campo para ver el paisaje, y otras veces, simplemente me quedo tumbada en casa viendo películas e intimando con mi manta de lana.

—Eso suena increíble —respondí, sonriendo—. Estar ahí tumbado sin que nadie te moleste. Daría cualquier cosa por eso.

—Entonces, hazlo —dijo ella—. Apaga el teléfono y hazlo. Te sorprendería saber cuántas cosas pueden esperar hasta que tengas un descanso mental.

—Eso suena bien en teoría —dije, riendo—. Pero puedo imaginar a la gente llamando a la puerta de mi casa si no respondo a las llamadas.

Continuamos nuestra conversación, riéndonos de las pequeñas cosas que eran tan diferentes pero tan familiares entre los dos. A medida que el vino fluía y nuestras lenguas se soltaban, Reese empezó a relajarse, y pude ver que se lo estaba pasando bien. Me habló de su vida, de su mejor amiga y de su familia, todo lo cual sonaba increíblemente parecido a lo mío, solo que a un nivel más pequeño. Era preciosa, y cada vez que se reía, su sonrisa me ponía de rodillas. No sabía qué me estaba pasando, pero no podía imaginarme estar cerca de nadie más en ese momento.

Cenamos pero nos saltamos el postre, el tiempo pasó rápidamente. Terminamos la botella de vino y pedí la cuenta, sabiendo lo que quería pedir a continuación. Nunca había estado en una situación como esta, en la que la chica con la que estaba en una cita me había cautivado por completo. Reese era interesante. Hablaba con suavidad y tranquilidad, pero había en ella una torpeza que me resultaba entrañable y misteriosa. Sabía que había mucho más en esta chica de lo que había visto allí en la cena, y quería averiguar qué era. Quería saber todo lo que pudiera sobre esta chica, incluso cómo se sentía su cuerpo en mis brazos.

Pagué la cuenta y nos pusimos de pie, mi cuerpo me decía cuánto tiempo había estado sentado en esa silla. La cena se había transformado definitivamente en la cita más larga en la que había estado que no incluía que nos revolcáramos desnudos en mi cama. Lo más loco era que no quería que terminara. Podría haberme quedado allí sentado toda la noche escuchando cómo hablaba de su vida, de sus sueños de viajar y de lo que le gustaba de Filadelfia. Definitivamente, esto se había convertido en algo más de lo que creía que iba a ser, y eso me alegraba. Acompañé a Reese al exterior y me volví hacia ella, sonriendo.

—¿Te gustaría ir a mi casa y tomar otra copa? —pregunté, esperando que la respuesta fuera afirmativa—. No vivo muy lejos de aquí.

—Oh, mmm, no puedo esta noche —dijo, llamando a un taxi—. Tengo que ir a trabajar por la mañana y necesito llegar a casa. Pero muchas gracias por esta cita. Ha sido realmente encantadora y sorprendente.

Se inclinó hacia delante y me besó suavemente en la mejilla, prolongándolo unos instantes. Sentí el calor que nos invadía a los dos y quise alcanzarla y besarla profundamente, pero me contuve. Era tierna y frágil en cierto modo, y no quería asustarla después de conseguir que se soltara tanto como lo había hecho esta noche. No sabía qué decir ante el hecho de que no se lanzara a venir a mi casa, así que me quedé parado, observando cómo se sonrojaba.

—Gracias por aceptar cenar conmigo —respondí, ligeramente decepcionado.

Subió a un taxi justo después de presionar sus cálidos labios en mi mejilla una vez más, y desapareció entre el tráfico de la ciudad. El aparcacoches ya se había puesto en contacto con mi chófer, que estaba sentado frente a mí con el coche, esperando a que subiera dentro. Decir que estaba ligeramente desorientado por la forma en que había terminado la cita sería quedarse corto. Nunca nadie había dicho «no» a ir a mi casa. Por otra parte, Reese no era la típica chica, y el

hecho de que me rechazara ya no me hacía sentir que no tenía ninguna posibilidad. Era muy intrigante y misteriosa, y yo quería saber más y más sobre ella.

Me subí al asiento trasero del coche y vi cómo mi conductor cerraba la puerta. Me la imaginé sentada a mi lado. Para mi sorpresa, la imagen de ella en mi cabeza no la mostraba a mi lado por una sola vez. La imaginé a mi lado como si fuera parte de una rutina normal. En ese momento ni siquiera estábamos saliendo, pero empezaba a sentirme cómodo con la idea de estar cerca de ella de forma habitual. No sabía lo que esta chica me había hecho, pero no había manera de que pudiera dejarla sola después de esta noche juntos. Me había encantado con lo real que era, y sabía que tenía que seguir intentando tenerla en mi vida... y en mi cama.

Me recosté en el asiento mientras las luces de la ciudad pasaban junto a mí y nos acercábamos cada vez más a mi ático. Mi imaginación se desbordaba pensando en su cuerpo, en su forma de moverse y en que no tenía ideas preconcebidas ni agendas personales. Simplemente se presentaba tal y como era. Era sexy, sencilla y dulce, y me di cuenta de que tenía un corazón de oro. Me sorprendía lo mucho que me gustaba esta chica, pero en lugar de huir, estaba decidido a mantenerla firmemente en mi vida. Sin embargo, sabía que ninguna de mis tácticas normales funcionaría. Sabía que tendría que aprender a doblegarme y a moverme si quería conseguir que se quedara.

Cuando llegué a mi ático, subí las escaleras y me senté en el sofá, mirando el mando a distancia. Encendí la televisión y encontré una película, sonriéndome a mí mismo por haberme tomado un tiempo para relajarme. Reese ya me estaba afectando de manera positiva, y no había manera de que dejara escapar a esta chica.

Capítulo 8

Reese

Habían pasado varios días desde que había ido a la cita con Blaine, y no podía quitármelo de la cabeza, realmente no es que me dejara con sus dulces mensajes de texto y hermosas flores. El viernes en la oficina era mi día favorito, el día en el que realmente dábamos atención a los cachorros, los aseábamos a todos y jugábamos con los gatitos durante varias horas. Nos preparamos para que viniera el equipo del fin de semana y se ocupara de todos, y yo pude pasar un buen rato con los peludos. En un día normal, estaba tan abrumada por el papeleo y los deberes normales de cuidado, que estaba perdiendo la capacidad de pasar realmente tiempo con los animales, algo que era importante, ya que fue la única razón por la que Leena y yo empezamos este negocio.

Lenna y yo habíamos llegado al trabajo al mismo tiempo, intercambiando sonrisas y siguiendo nuestra rutina normal, preparando los puestos de baño y aseo. Era nuestro momento de prepararnos para el día, tanto mental como físicamente, y rara vez empezábamos a conversar hasta que el primer animal estaba sobre la mesa. Hoy íbamos a empezar con Bruno, el mastín que teníamos que lavar entre las dos. Era enorme, pero era el perro más dulce y cariñoso que había conocido. Me había enamorado de él cuando empezamos el negocio, y llevaba un par de años viniendo con nosotras, cada vez que su madre y su padre tenían que salir de la ciudad.

Miré mi teléfono mientras Leena le echaba el champú en la cabeza a Bruno, riéndose de su gran cara. Odiaba los baños, pero se quedaba quieto para nosotras porque sabía que iba a recibir una golosina después. Volví a guardar el teléfono en el bolsillo de mi bata y me acerqué a él para masajear el jabón en su pelaje.

—¿Vas a decirme a quién has estado enviando mensajes de texto toda la mañana? —preguntó Leena.

—Creo que ya lo sabes. —Sonreí, echando un vistazo a las dos docenas de rosas esparcidas por la oficina.

—Me parece fantástico —respondió Leena—. Te ha sacado de tu caparazón. ¿Cuándo vais a salir la próxima vez?

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Todavía no me lo ha pedido y, para ser sincera, estoy muy nerviosa por ello. Me gusta mucho este chico. Es dulce, generoso y muy paciente conmigo. Además, ha estado haciendo cosas como relajarse, ver películas y cuidarse, todo porque le dije que era importante. Es como si realmente me escuchara cuando hablo.

—Vaya —dijo ella—. Parece que realmente te gusta este tipo.

—Lo sé —suspiré—. Y eso es parte del problema.

—¿Por qué demonios sería eso un problema?

—Ya me invitó a su casa una vez —dije—. Si continúo viendo a este tipo, no voy a ser capaz de seguir rechazándolo cuando diga de ir a su casa, especialmente porque sigo tratando de decirle que a veces, el simple hecho de estar fuera de la vista del público puede hacerte estar mucho más tranquilo. No sé qué hacer.

—Creo que eso es una tontería —respondió ella—. Creo que sabes exactamente qué hacer, pero tienes miedo.

—Quiero decir, ¿qué se supone que debo decir? —pregunté—. ¿Salgo y le digo que soy virgen?

—Tu virginidad ha sido ese fantasma maligno que te ha perseguido toda tu vida —dijo Leena, cogiendo el spray y lavando el jabón del pelaje de Bruno—. Has dejado que controle todas las relaciones que has intentado tener. En lugar de centrarte en este increíble vínculo que estás desarrollando, te estás perdiendo todas las partes buenas del periodo de luna de miel de una relación porque estás demasiado preocupada por el sexo. Para alguien que no lo tiene, piensas en ello más que cualquier chica que conozco.

—Es importante para mí —dije—. Quiero decir, no me estoy reservando para el matrimonio ni nada por el estilo, pero he esperado todo este tiempo, así que no veo por qué tengo que entregarlo al primer tío bueno que muestre interés por mí. Es una situación delicada, y quiero asegurarme de que estoy tomando la decisión correcta.

—Personalmente —dijo ella, terminando de bajar la manguera—. Yo me acostaría con él y acabaría de una vez. Creo que te darás cuenta de que no es un problema tan grande como lo estás haciendo ver. Eso no solo te dará una conexión física con este chico, sino que también abrirá vuestra relación emocional. Él ya ha demostrado que no está en esto solo por el sexo, así que ¿por qué no llevarlo a ese nivel?

—No lo sé —dije—. ¿Y si lo consigue y luego se va?

—Entonces habrás aprendido una lección —dijo ella, vertiendo el acondicionador sobre el pelaje de Bruno—. Y habrás empezado a tomar el control de tu propio cuerpo. Ahora mismo, quieras admitirlo o no, estás dejando que tus emociones te controlen, o el miedo a las emociones en realidad. Si te acuestas con él y se va, tienes que saber que eres capaz de dar un paso adelante y abrazar realmente tu lado sexual. Hazlo por ti, no por él. Te hará una mujer más fuerte.

—Eso suena increíble en teoría —respondí, riendo—. Pero en realidad, dar esos pasos es lo difícil de todo el asunto. Abrirme así a alguien que apenas conozco me parece aterrador.

—Vivir el resto de tu vida dejando que tu virginidad dicte tus decisiones suena aún más aterrador —dijo, levantando las cejas y sonriendo.

Terminamos con Bruno y lo acompañamos a la zona de secado, donde se sentaría a dormir bajo el calor de los calefactores, algo que Leena y yo habíamos ideado para que el proceso de secado fuera menos agotador para los animales. A lo largo del día, fuimos de cachorro en cachorro, limpiando sus corrales después de lavarlos y dejándolos salir a jugar una vez secos. Me quedé con las palabras que dijo Leena y pensé en ellas mientras jugaba con los gatitos al final del día. Era increíble lo bien que me hacían sentir estos animales, y cómo nunca me sentía presionada o estresada cuando estaba cerca de ellos. Eran mi refugio contra la tormenta.

Cuando terminamos el juego con los gatos y todos los animales estaban bañados y felices,

empezamos a limpiar, hablando de la agenda de citas de Leena durante el fin de semana. Solo pensar en lo mucho que se exponía me resultaba agotador, y eso que no era yo quien acudía a todas las citas. Personalmente, estaba deseando llegar a casa, ponerme un pijama cómodo y cálido, envolverme en una manta de lana y ver películas toda la noche. No podía ni pensar en planear salir todas las noches del fin de semana, más la comida del domingo. No, no es mi estilo de hacer las cosas. Mientras terminaba de limpiar la bañera, sonó mi teléfono, y sonreí al ver el número de Blaine parpadear en la pantalla.

—¿Hola? —respondí.

—Hola, preciosa —dijo de forma encantadora—. ¿Qué estás haciendo?

—Terminando de trabajar —dije, sonriendo—. ¿Y tú?

—Lo mismo —suspiró—. El trabajo nunca disminuye. Pero no te llamaba por eso.

—Vale, ¿qué pasa?

—Quiero que salgamos otra vez —dijo sin rodeos—. Quiero verte.

—¿Qué tienes en mente?

—¿Qué tal si cenamos mañana por la noche? Será sábado, relajante, tranquilo, y podemos continuar nuestra conversación donde la dejamos. No quiero pasar otra semana sin verte en persona.

—Mañana por la noche suena bien —dije, con el corazón acelerado—. ¿Qué tipo de restaurante?

—He reservado en el Tres Leche, un restaurante de lujo del centro —dijo—. Espero que esté bien. Quería llevarte a un sitio bonito esta vez.

—Te sorprendería lo que me parece bonito —dije, riendo—. Estoy bastante segura de que a estas alturas, pensaría que *Applebee's* es agradable.

—Entonces te sorprenderás. —Se rio a carcajadas—. ¿Te viene bien a las cinco?

—Es perfecto —dije—. Justo cuando normalmente empiezo a tener hambre. Ah, y gracias por las rosas. Son impresionantes. Mi oficina huele tan bien ahora.

—De nada —dijo—. Solo quería alegrarte el día y darte un buen comienzo de fin de semana.

—Bueno, definitivamente lo has conseguido. —Me reí—. Entonces, nos vemos mañana a las cinco en el restaurante.

—Suena perfecto —dijo—. Te enviaré un mensaje de texto esta tarde cuando salga del trabajo.

—Aquí estaré —respondí, extasiada mientras colgaba el teléfono.

Me acerqué y volví a dejar el teléfono sobre la mesa, quedándome mirando las rosas durante varios minutos. Mi corazón se aceleró, y comenzó mucho antes de que me invitara a cenar. El mero sonido de la voz de Blaine me producía electricidad en el pecho, y nunca antes había sentido eso por nadie. Ir a cenar iba a ser divertido, pero lo único que me importaba era pasar tiempo con Blaine y conocerlo mejor. Conocía esa parte de los chicos que persiguen a una chica para tratar de impresionarla, pero yo no era la mayoría de las chicas, y me impresionaría igualmente un sándwich de queso a la parrilla en el parque. Aun así, iba a relajarme y a disfrutar del tiempo que tenía, emocionándome por probar restaurantes a los que nunca iría por mi cuenta. Había oído hablar del Tres Leche. Era uno de los restaurantes más caros y mejor reconocidos de

la ciudad. El chef tenía dos estrellas Michelin y llegó a Filadelfia desde Nueva York tras cansarse del ajetreo de la ciudad. No es que Filadelfia no fuera una ciudad, pero era mucho más tranquila que Nueva York.

—¿Por qué pareces aturdida? —preguntó Leena, rompiendo mi trance.

—Blaine me acaba de invitar a cenar al Tres Leche mañana por la noche —dije con aire soñador.

—¿Qué? —preguntó emocionada—. Chica, eso es increíble. Ya sabes lo que significa. Vamos a salir a comprarte algo increíble para ponerte.

—Siempre piensas en ir de compras. —Me reí.

—Si no lo hiciera, andarías en pantalones de yoga todo el día —señaló—. No puedes llevar pantalones de yoga al Tres Leche, y tampoco puedes llevar tu vestido de graduación de hace cinco años. Sí, no actúes como si no hubieras guardado esa cosa en el fondo de tu armario.

—Nunca se sabe cuándo vas a necesitar un vestido largo y abullonado —señalé.

—Sí, lo sabes, y la respuesta es nunca —dijo ella, riendo—. Así que termina, y salgamos a comprar.

—Sí, señora. —Me reí.

—Este tipo es como un multimillonario, chica, tenemos que hacer que estés súper arreglada —dijo—. Podrías no querer o necesitar nada nunca en tu vida si enganchas a este tipo.

—No me importa su dinero —me burlé—. Podría ser pobre, y si fuera un hombre increíble, entonces estaría igual de encaprichada.

—No tienes remedio. —Se rio y negó con la cabeza.

—No, soy una buena persona —respondí.

—¿Y yo no lo soy?

—Lo eres. —Me reí—. Solo quise decir que hay cosas que no son importantes para mí y sí lo son para ti, y eso hace que veamos las relaciones de manera diferente.

—También es verdad que yo crecí pobre, mientras que tú creciste con la familia que tienes —dijo—. Tenemos dos puntos de vista diferentes sobre las cosas, pero eso es bueno, ya que eres un desastre en lo que respecta a las relaciones.

—Muy cierto. —Me reí, cerrando el despacho.

Iba a ir a elegir un vestido, pero no quería que fuera un vestido cualquiera. Quería que fuera «el» vestido. Quería ver cómo Blaine se quedaba boquiabierto cuando entrara por la puerta. No sabía por qué quería que me viera como una mujer hermosa, pero iba a estar muy sexy.

Capítulo 9

Blaine

Durante todo el día, solo pude pensar en la cita que tenía esa noche. Me levanté temprano, más temprano que de costumbre, y me paseé por la cocina, jugando con todos los escenarios posibles en mi mente. Finalmente, después de una hora, empecé a agobiarme y respiré hondo, decidiendo que mi mejor opción era hacer ejercicio y luego desayunar. Había instalado un gimnasio en casa un par de años antes, así que hacer ejercicio era tan sencillo como ir a la otra habitación y subir a la cinta de correr. Empecé con una carrera de seis kilómetros y luego me pasé al banco de pesas, sintiendo que necesitaba esforzarme de verdad para sentirme mejor. Cuando terminé, me ardían los brazos, pero mi mente se había calmado. Me metí en la ducha y me lavé el sudor del cuerpo, asegurándome de lavarme meticulosamente, por si acaso podía llevar a Reese a mi casa esa noche.

Cuando terminé, me puse unos pantalones de chándal y una camiseta y encendí la calefacción, ya que había hecho bastante frío fuera y en el ático hacía más que frío. Me preparé un desayuno saludable y luego seguí con mi día, obligándome a hacer las cosas normales de trabajo que solía hacer los fines de semana desde la oficina que tenía montada en casa. Cuando llegó el momento de empezar a prepararme, mis nervios volvieron a aparecer, pero supuse que no podía hacer nada al respecto en ese momento. Antes de darme cuenta, estaba de pie frente al espejo, dando los últimos toques a mi traje y mirándome fijamente.

Si me quedaba allí más tiempo, iba a dudar de mi elección de ropa, lo cual era una sensación extraña, teniendo en cuenta que había estado seguro de mí mismo toda mi vida. Cogí el abrigo y las llaves y salí de casa, dispuesto a empezar la cita. Cuando el coche se detuvo frente al Tres Leche, Reese estaba de pie en el arco del restaurante, con un aspecto absolutamente increíble.

Su vestido era ajustado, abrazando todas sus curvas hasta justo debajo de las rodillas. Tenía un escote pronunciado y un juguetón, pero sexy, cinturón de raso que se anudaba en un lazo a su lado. Llevaba el pelo suelto y rizado, que le caía en cascada sobre los hombros, y se erguía sobre unos tacones negros de diez centímetros, sujetando un pequeño bolso negro y una estola de piel sintética caía sobre sus hombros para abrigarse. Su aspecto era absolutamente impresionante, y casi me dejó sin aliento, solo con verla allí de pie.

Me quedé sentado un momento más tratando de ordenar mis pensamientos, impresionado por la belleza de esa mujer que me esperaba. Una vez que me recompuse, salí del coche y subí a la acera, enderezando mi chaqueta y sonriendo a Reese. Sus mejillas se sonrojaron y agarró con más fuerza su bolso, poniendo los nudillos blancos. Me acerqué y me incliné hacia ella, besándola suavemente en la mejilla y oliendo el dulce aroma de su perfume. Olía a vainilla y lavanda, y eso hizo que mi corazón latiera más rápido. De hecho, su aspecto era tan increíble que

no podía ni pensar en llevarla dentro y no mostrarla al mundo.

—Estás absolutamente impresionante— susurré.

—Gracias —dijo ella, sonriendo y sonrojándose—. Espero no haberme arreglado demasiado.

—No, y aunque lo hubieras hecho, no querría que te cambiaras —dije—. Me dejaste sin aliento cuando se detuvo el coche y te vi allí de pie.

—Eres un encanto —dijo ella, ya relajándose un poco.

—De hecho, y recházalo si no te apetece, pero quiero decir que a la mierda la cena en este restaurante de mala muerte y salgamos por la ciudad —dije, extendiendo los brazos—. La noche es joven, y tú estás demasiado guapa como para quedarte sentada en un sitio.

—De acuerdo —dijo emocionada—. Hagámoslo. Tendremos una aventura.

—Me encantan las aventuras —respondí, enganchando su brazo al mío—. Y sé exactamente por dónde empezar.

La conduje de vuelta al coche y abrí la puerta, sonriendo mientras ella se metía dentro. Una vez dentro, le di al conductor la dirección del primer lugar al que íbamos, emocionado por tener una cita como esta. Nunca he sido el tipo de persona que se tira a la piscina e improvisa sobre la marcha, pero había algo en el hecho de estar con Reese que me hacía sentir seguro. Conocía esta ciudad como la palma de mi mano, y quería llevarla a los lugares más emocionantes, y todo en una sola noche.

Todavía teníamos que comer, ya que el alcohol estaría involucrado, pero había un lugar mucho más emocionante que el Tres Leche. Miré a Reese y sonreí, viéndola mirar emocionada por la ventana mientras pasábamos junto a toda la gente que se abría paso por las calles. Todavía era temprano, y ya había elaborado un plan en mi cabeza. Quería hacerla reír, verla sonreír y sacarla de su zona de confort, para que no tuviera más remedio que buscar mi apoyo. Quería que se apoyara en mí, que se abriera a mí y que empezara a sentirse más como una pareja que como dos extraños que se están conociendo. No había mejor manera que lanzarse directamente, y esta aventura podría ser una de las más importantes en las que me había embarcado. Esta aventura podría traerme a la chica que nunca supe que estaba buscando.

Nos detuvimos en una esquina y nos bajamos, mirando al otro lado de la calle a una pequeña cafetería que tenía mesas puestas en el exterior y calefactores para paliar el frío aire otoñal. Todavía no era otoño, pero el tiempo ya había cambiado, y eso solo significaba que podía acercarme más a ella ya que las temperaturas bajaban. La cogí de la mano y crucé la calle con cuidado, indicando a la camarera que seríamos dos.

—Así que vamos a empezar nuestra aventura en mi restaurante favorito —dije—. No es lujoso ni caro, pero he pasado muchas horas aquí contemplando mi vida, tomando las decisiones para los negocios y escapando del estrés de la alta cocina. Realmente se ha convertido en una parte de mi historia.

Parecía emocionada de que la trajera a mi lugar especial para cenar, y en realidad, a mí también me llamó la atención, ya que nunca había llevado a una cita allí. Pedimos vino y comimos y reímos mientras el sol empezaba a ponerse detrás de los edificios. Reese era encantadora de un modo que nunca había visto en una mujer, y me moría de ganas de continuar la velada. Cuando terminamos de comer, pagué la cuenta y la acompañé de vuelta al coche,

dándole a mi conductor la dirección del siguiente lugar. Tardamos unos veinte minutos en llegar, y me sorprendió que se acercara y me cogiera de la mano. Cuando nos detuvimos en la puerta, ella inclinó la cabeza hacia mí, sorprendida de que estuviéramos frente al edificio de la vida salvaje.

—Quiero que conozcas a alguien —le dije—. Solo tenemos unos minutos porque pronto cerrarán.

—De acuerdo. —Se rio.

Caminamos por el edificio, mirando rápidamente los objetos expuestos a medida que pasábamos. Finalmente, llegamos a una sala especial y la conduje al interior. Se tapó la boca y sacudió la cabeza mientras la guiaba hasta el borde de un gran santuario en el que había una gorila hembra acicalando a un pequeño bebé.

—Esta es Eliza —le dije—. Llevo mucho tiempo viniendo aquí para observarla. La rescataron de una situación peligrosa y no estaba en condiciones de volver a la naturaleza, así que la trajeron aquí. Esa es una cría rescatada cuya madre fue asesinada, y Eliza la acogió inmediatamente, tratándola como si fuera suya. Ella es lo que más me gusta de la zona. Una pequeña y poco conocida delicia dorada de Filadelfia.

—Es increíble —jadeó Reese—. La adoro. Es muy especial. Muchas gracias por traerme aquí.

Cuando salimos del santuario, Reese estaba relajada y se aferró a mi brazo mientras salíamos hacia el coche. Después de eso, fuimos a un club donde bailamos toda la noche, riendo y tonteando el uno con el otro como nunca lo había hecho con una mujer. Me hizo sentir joven y libre, y no podía dejar de mirarla. Por primera vez, disfrutaba de la compañía de una mujer sin pensar constantemente en cómo llevarla a mi cama.

Al final de la noche, ambos estábamos borrachos, pero no de alcohol, sino de la emoción y la diversión de la noche. De hecho, mientras regresábamos al coche de Reese, me di cuenta de que ninguno de los dos había bebido nada después del vino en el restaurante. Los dos nos habíamos abierto de forma natural el uno al otro sin ninguna intoxicación como ayuda. Cuando llegamos a su coche, abrí la puerta y me acerqué a él con ella. Sacó las llaves y se volvió hacia mí, con los ojos brillando bajo las luces de la ciudad. Se inclinó y me besó suavemente en la mejilla, volviendo a su posición y negando con la cabeza.

—Ha sido probablemente lo más divertido que he hecho en esta ciudad —dijo—. Muchas gracias por una velada tan encantadora.

La miré por un momento, tratando de decidir si la invitaba a mi casa o no. No quería arruinar una noche tan increíble haciéndole creer que todo se trataba de sexo, pero aún no estaba listo para dejarla ir. Como si pudiera leer mi mente, sus mejillas se sonrojaron y sonrió.

—Todavía no estoy preparada para ir a tu casa —dijo amablemente—. Pero quiero que sepas que definitivamente vas por el buen camino, y no me refiero a que gastes dinero o me hagas un cumplido. Me siento de maravilla cuando estoy contigo, como si no fueras solo una cita, sino también un amigo. Gracias por eso. No se encuentran hombres que estén dispuestos a dejarse llevar y estar con una chica sin pensar en cómo llevársela a la cama tan a menudo.

—Definitivamente eres la mujer más interesante que he conocido —dije, acercándome y tomando sus mejillas entre mis manos—. No puedo esperar hasta la próxima vez que nos

veamos.

Me incliné y presioné suavemente mis labios contra los suyos, sintiendo cómo sus hombros se relajaban y su cuerpo se inclinaba hacia mí. Cuando me aparté, mantuvo los ojos cerrados durante un minuto más antes de sonreír y ponerse roja. Me reí de su reacción, pero sabía exactamente cómo se sentía, ya que el corazón se me salía del pecho.

—Buenas noches —dije mientras abría la puerta de su coche y la cerraba una vez que ella estaba cuidadosamente metida dentro.

Volví a subir a mi coche y la vi alejarse, sintiéndome como en una nube. Me di cuenta de que estaba siendo muy cuidadosa con la intimidad, y eso me parecía bien. Esta chica había puesto mi mundo al revés, y yo estaba más que de acuerdo con esperar hasta que ella estuviera lista. Ya podía decir que, independientemente de lo que hiciéramos juntos, cada cita iba a ser una aventura de aquí en adelante. El mero hecho de estar al lado de Reese se sentía como una aventura.

Capítulo 10

Dos semanas después

Reese

Nuestro viernes no estaba tan ocupado como de costumbre porque era ese pequeño momento de la temporada baja antes de que todo el mundo empezara a irse de vacaciones por las fiestas. No me importaba mucho porque tenía muchas cosas en la cabeza. Leena y yo habíamos decidido que, en lugar de almorzar en la tienda, nos daríamos el gusto de ir a la cafetería de la calle que tanto nos gustaba. Nos apresuramos a hacer los preparativos de la mañana, lavando a los pocos perros que teníamos y dando un poco más de cariño a los gatos que se quedaban con nosotras. Cuando llegó el mediodía, encerramos a todos y nos dirigimos a la calle para comer, abrazando nuestros abrigos mientras el viento azotaba las calles. Definitivamente hacía más frío de lo normal, y se podía decir que el invierno iba a ser una locura este año. Cuando los inviernos eran malos, para nosotras suponía un trabajo extra, ya que no se podía dejar a los perros fuera demasiado tiempo, pero no había nada más sorprendente que unas vacaciones blancas.

Mientras caminábamos, miré a las tiendas que habían empezado a preparar sus colecciones de otoño para las rebajas que siempre estallan en esta época del año. Puede que sea un poco pronto para los demás, pero yo estaba más que emocionada al ver los colores del otoño y los acentos del invierno en todos los escaparates. Leena y yo decoramos la tienda todos los años durante las fiestas, y yo no podía esperar a que llegara el momento de empezar a hacerlo. Teníamos un especial de vacaciones que solía dejarnos completamente llenos, y nuestra agenda para los dos meses siguientes ya estaba repleta. Menos mal que ahora nos dábamos el gusto de almorzar, porque dentro de dos semanas estaríamos empantanadas con la casa llena y sin tiempo para pensar siquiera en comer fuera del edificio.

Entramos en la cafetería y tomamos asiento en la esquina del fondo, pidiendo ambas un café mientras examinábamos la carta. Tenían los mejores sándwiches, y decidí que hacía demasiado tiempo que no comía un *Philly Cheesesteak* en mi ciudad. Leena pidió lo mismo, y le dimos las cartas a la camarera, respirando ambas profundamente y relajándonos en nuestras sillas. En las dos últimas semanas no había tenido tiempo de sentarme a hablar con Leena de nada, y era agradable no tener perros ladrando de fondo.

—Bueno —dijo Leena con una sonrisa—. ¿Cómo van las cosas entre tú y el Príncipe Azul?

—Totalmente increíble —dije, sacudiendo la cabeza—. Nos hemos visto al menos ocho veces en las últimas dos semanas, y todavía no parece suficiente. Cuando no quedamos, nos pasamos la tarde hablando por teléfono y riéndonos todo el tiempo. No es el hombre de negocios estirado que creí que era al principio.

—¿Qué hacéis en vuestras citas? —preguntó ella.

—Dios, de todo. —Me reí—. Vamos al zoo, vamos a diferentes sitios para comer, probamos cosas nuevas, paseamos por los parques. Es decir, hacemos más o menos lo que nos apetece en el momento. A veces, planeamos hacer algo y acabamos sentados en un banco del parque en algún lugar, simplemente hablando todo el rato. Es un ejemplo de clase y hombría por fuera, pero por dentro es un técnico empollón que es tan torpe como yo por fuera. Es realmente increíble.

—¿Y qué pasa con el tema del sexo?

—Bueno, nos hemos besado y tonteado un poco, pero él sabía que yo quería esperar desde la segunda cita —dije—. Y ha sido tan increíblemente paciente conmigo, que me deja boquiabierta. Es como si le pareciera bien.

—Entonces, ¿vas a seguir absteniéndote?

—En realidad, he estado pensando mucho en eso —dije, respirando profundamente—. De hecho tenemos planes para mañana por la noche, y he decidido que quiero que él sea el primero. Pero estoy muy nerviosa, sobre todo porque no le he dicho que soy virgen.

—¿Estás bromeando? —preguntó ella—. Los chicos sueñan con tener una virgen. No estoy tratando de hacer que Blaine parezca un chico más, pero es como algo entre los hombres.

—Es que no sé qué esperar, ¿sabes? —dije, sintiéndome avergonzada—. Mis padres nunca tuvieron la charla conmigo, y nunca fueron lo suficientemente abiertos como para que yo les hiciera preguntas. Anoche me conecté a Internet y busqué algunas cosas, pero todo lo que hay es como una historia de terror sobre las primeras veces de estas chicas.

—Dios, no te hagas eso —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. No investigues esa mierda. Realmente no es tan loco, aterrador o doloroso en absoluto. Además, ya no tienes dieciséis años. Recuerdo claramente que tú y yo compramos esos consoladores en aquella fiesta sexy a la que fuimos hace unos años. ¿Lo has usado alguna vez?

—Lo he hecho —dije, sonrojándome—. Un par de veces.

—Bien —dijo ella—. Entonces, a menos que sea como el Sr. Polla de Caballo, no debería ser doloroso en absoluto. Puede que te sientas un poco incómoda al empezar con todo. Eso es de esperar, pero si se lo dices con antelación, entonces él debería ser capaz de tomar la iniciativa. No tengas miedo de seguir tu instinto cuando estés con él. Si quieres tocarlo, tócalo. Si quieres dejarte llevar y sentirlo todo, hazlo. Claro que el sexo tiene que ver con los dos y con la conexión y la pasión, pero esta es tu primera vez, así que todo tiene que ver contigo.

—Pero quiero que lo disfrute —dije nerviosa—. No quiero manosearlo todo y hacer que se arrepienta.

—Confía en mí, lo disfrutaré. Es un hombre. —Se rio.

Leena continuó hablando de su primera vez y dándome indicaciones sobre cómo relajarse y no estar tan nerviosa, pero mi ansiedad no hizo más que aumentar. Quería que esto fuera natural, no forzado, y quería que él disfrutara de estar conmigo tanto como yo de estar con él. No solo era mi primera vez, sino nuestra primera vez juntos, y después de leer Vogue y ver lo importante que es la química sexual en una relación, no quería estropearla por no saber lo que estaba haciendo. La torpeza estaba bien en la conversación, pero no cuando se trataba de sexo.

Blaine era un buen tipo. Ya me había dado cuenta de eso después de horas de estar hablando y

riendo con él. Me ponía la mano en la espalda cuando bajábamos de los bordillos, me guiaba por los portales, me abría las puertas y me rodeaba con sus brazos y bloqueaba el viento cuando estábamos en el parque. Hacía todas esas pequeñas cosas para que me sintiera reconfortada y cuidada, y sabía que no sería diferente cuando se tratara de tener sexo. Aunque sabía que sería amable y me cuidaría, seguía estando muy nerviosa. Un millón de pensamientos pasaban por mi mente. No quería pasar vergüenza, y aunque nunca pensé que él me haría sentir así, conocía muy bien mi propia mente y sabía que si alguien podía avergonzarme, sería mi propio cerebro.

Tener sexo por primera vez era algo importante, aunque ya tuviera casi veinticuatro años. Lo había mantenido intacto todo este tiempo porque quería que fuera con el chico adecuado, y aunque no sabía si Blaine y yo teníamos algo para siempre, sabía que era él con quien quería compartirlo. No importaba cuántas veces me recordara a mí misma que era un buen tipo, seguía aterrada de decirle que era virgen. ¿Y si no sentía lo mismo por mí que yo por él? ¿Y si pensaba que aceptar mi virginidad era una responsabilidad demasiado grande para él?

Ya había tenido relaciones pasajeras antes, y siempre acababan de forma similar. El chico no quería esperar por mí, aunque empezara la relación diciendo que lo haría. A los que sí aguantaron les pareció demasiado ser el que me quitara la virginidad y acabaron separándose antes de que yo tuviera la oportunidad de decidirme. Me aterrorizaba la idea de revelar mi secreto a Blaine y que él se largara, pues no quería que pasara nada parecido a eso. Una parte de mí también tenía miedo de que, una vez que se acostara conmigo, dejara de estar interesado, y aunque sabía que eso significaba que no había merecido la pena desde el principio, no estaba dispuesta a dejar que esta relación se fuera tan rápido.

¿Por qué el sexo tiene que ser tan complicado? Todo parece ser tan condenadamente estresante. Sin embargo, sabía de primera mano que no tener sexo hacía las cosas igual de complicadas, solo que a un nivel diferente. Las citas eran un lío, y ahora podía ver por qué me mantuve alejada de ellas durante tanto tiempo. Sin embargo, no había vuelta atrás en este momento. Ya estaba enamorada de Blaine y había decidido que quería entregarle mi virginidad. Quería estar con él en algo más que en largas charlas y risas locas. Mi corazón sabía que quería llevar las cosas al siguiente nivel. Solo que no estaba segura de cómo hacer que mi cerebro estuviera de acuerdo con todo eso.

—Pareces nerviosa —dijo Leena, dando un mordisco a su sándwich.

—Lo estoy —dije, negando con la cabeza—. Hay muchas incógnitas sobre todo esto, pero eso no cambia mi decisión. Es el chico con el que quiero perder mi virginidad, y supongo que, al final, tendré que ver qué pasa después. Si me rompe el corazón, sobreviviré. Todo el mundo lo hace.

—Eso es muy cierto —dijo ella—. Y yo estaré allí para suministrar el vodka, el helado y las películas de chicas. Pero hablando en serio, si realmente le gustas tanto como parece, no creo que tengas que preocuparte por eso.

—Espero que no —dije, encogiéndome de hombros—. En realidad, no tengo ni idea de qué esperar de todo esto, pero después de superar la primera vez, espero que luego sea mucho más fácil.

—Oh, lo será —respondió Leena—. Te sentirás cómoda con tu cuerpo y te darás cuenta de

que tienes el control de tu sexualidad. Tu confianza sobre tu cuerpo se extenderá a tus parejas, y en poco tiempo, serás una profesional.

—No sé si quiero ser una profesional. —Me reí.

—Sí, eso sonó mal. —Ella soltó una risita—. No me refería a una «profesional» como una prostituta. Me refiero a que te sientas lo suficientemente cómoda como para disfrutar realmente del sexo con tu pareja. Lo tienes, te lo prometo. Deja de preocuparte tanto.

Le puse cara de valiente a Leena, pero en realidad no me sentía tan valiente por dentro. No quería seguir hablando del tema, así que fingí que sus palabras me reconfortaban y cambié de tema al trabajo, sabiendo que ella me seguiría la corriente. Teníamos bastante que hacer cuando volviéramos, pero deberíamos estar listas para salir de allí como mucho a las cinco. Entonces podría ir a casa y volverme loca un poco más, sabiendo que el sábado me prepararía para hacer un gran cambio tanto en mi vida personal como en mi relación con Blaine. Mañana por la noche, perdería mi virginidad.

Capítulo 11

Blaine

Presioné mi tenedor sobre el mantel que tenía delante, esperando a que llegara Reese. No era frecuente que llegara temprano, y empezaba a ver que era algo bueno. Semanas después seguía estando tan nervioso por verla como en la segunda cita, cuando tuvimos nuestra primera aventura. Las cosas habían progresado definitivamente desde entonces, y me lo estaba pasando como nunca riendo y compartiendo cosas con Reese. Tenía que admitir que me resultaba un poco difícil mantener las manos quietas, pero me empeñaba en respetar sus deseos de esperar para saltar a la cama, e incluso me resultaba relativamente refrescante, basar mis sentimientos en su personalidad y no en lo que ocurría en el dormitorio.

Estaba absolutamente ansioso por ella, pero era algo más que su cuerpo. Era todo sobre ella. Justo cuando el pensamiento pasó por mi mente, levanté la vista para verla entrar en el restaurante. Tenía un aspecto increíble, como siempre, y esta noche llevaba un vestido ajustado de manga larga mucho más corto de lo normal, medias negras, tacones de aguja negros y el pelo en cascada sobre los hombros. Había algo en ella que no podía identificar, pero me quedé con la boca abierta.

—Vaya —dije, poniéndome de pie y besándola en la mejilla—. Estás absolutamente increíble.

—¿Qué? ¿Esta cosa vieja? —Se rio con las mejillas sonrosadas y no pude evitar derretirme.

—¿Qué tal el día? —le pregunté.

—Estuvo bien —dijo—. Relajante y tranquilo.

—Bien —dije—. Yo hice algo de trabajo, un poco de ejercicio y luego vi una película antes de prepararme. Me has inspirado para hacer algo relajante al menos una vez al día, todos los días.

—Te hace sentir mejor, ¿verdad?.

—Claro que sí —respondí, extendiendo la mano y tomando la suya—. Y verte a ti lo hace aún mejor.

Pedimos vino y comida y nos sentamos a hablar de nuestras semanas, de nuestros amigos y de lo que habíamos planeado para la semana siguiente. No pude evitar notar que Reese parecía un poco diferente, casi nerviosa, pero supuse que era solo la emoción de la noche y lo aparté de mi mente. Cuando terminamos de comer y pagamos la cuenta, salimos a la acera, y ella se inclinó hacia mí, besando suavemente mis labios y acercándose a mi oreja. El olor de su perfume de lavanda y vainilla aumentó mi ritmo cardíaco y contuve la respiración cuando me susurró al oído.

—Estoy lista para ir a tu casa —dijo—. Pero antes tengo que decirte algo.

—Puedes decirme cualquier cosa —dije, acercándola.

—Nunca he estado con nadie antes —dijo, mientras el calor de sus mejillas irradiaba en mi

piel—. Soy virgen.

Pude notar cómo su cuerpo se tensaba cuando las palabras escapaban de sus labios, y me aseguré de agarrarla con fuerza. Estaba nerviosa, y todo empezó a tener sentido de nuevo. Había esperado todo este tiempo para asegurarse de que yo era el hombre al que quería entregar su virginidad. Había elegido cuidadosamente cada aspecto de su ropa, se había peinado y maquillado meticulosamente, y se había aferrado a este secreto durante toda nuestra cena. Podía sentirla temblar contra mí mientras esperaba mi respuesta.

La rodeé con mis brazos y retiré mi rostro, mirándola profundamente a los ojos. No había nada que deseara más en ese momento que ser el hombre que le hiciera el amor por primera vez con suavidad y cuidado. Era excitante y no porque fuera virgen, sino porque ella y yo estábamos a punto de ir a mi casa y por fin iba a poder pasar mis manos por su hermoso cuerpo.

—Te prometo que seré dulce contigo —le dije, inclinándome y besándola suavemente mientras rodeaba su cara con mis manos.

Podía sentir la exhalación de su respiración, y su cuerpo ya no estaba rígido contra el mío. No estaba seguro de si eso era lo correcto o no, pero hice todo lo posible para asegurarle que esto era todo lo que quería con ella. Retiré mis labios de los suyos y la tomé de la mano, llevándola al coche. Viajamos en silencio, con mis brazos rodeando sus hombros y acercándola, no quería que sintiera ni un poco de ansiedad si podía evitarlo. Era muy hermosa y muy fuerte, pero en ese momento, su fragilidad y sus miedos irradiaban de su suave piel.

Cuando llegamos al complejo, la ayudé a salir del coche y entramos de la mano. Tomamos el ascensor hasta el último piso y entramos en el ático. Mi IA nos saludó al entrar. Reese miró a su alrededor como si la voz resonara en el apartamento vacío, y una sonrisa cruzó su rostro cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando. Entramos en el salón y bajé las luces, observando cómo se quedaba mirando la ciudad, todavía aferrada al chal que llevaba sobre los hombros.

Me acerqué a ella, sintiendo un aire de excitación en el pecho, sin saber por dónde empezar ni qué hacer. La abracé por los hombros y me quedé mirando la ciudad, observando el brillo de las luces en el horizonte. Apoyó su cabeza en mi hombro y suspiró, todo empezaba a sentirse bien y perfectamente cómodo. Miró hacia arriba y hacia cada lado de la habitación, para ver la enormidad de mi casa. Sacudió la cabeza y sonrió.

—¿Qué? —susurré.

—Tu casa es preciosa —dijo, dándose la vuelta y entrando en el salón—. Parece sacada de una revista.

—Gracias —respondí—. También tengo una casa en el campo. Solo que no voy allí muy a menudo.

—¿Es así?

—No, es más acogedora y campestre por dentro —respondí. Mis ojos bajaron hacia su firme trasero—. Solía ir de vacaciones allí o trabajar a distancia desde allí cuando necesitaba despejarme, pero el último año o así ha sido una locura, y me han necesitado en la oficina, así que me he quedado en el sitio.

—Es curioso —dijo, volviéndose hacia mí—. Todo el mundo piensa que cuando tienes tu propio negocio eres libre de hacer lo que quieras, pero en realidad, estás más atado a ese lugar

que cualquier empleado que tengas. No puedes tomarte unas vacaciones y suponer que las cosas se cuidarán mientras no estés.

—Y cuando hay una emergencia, no importa lo que estés haciendo, tienes que atenderla —respondí—. El año pasado estuve en el funeral de mi tía y tuve que irme a mitad porque hubo un gran intento de hackeo del sistema. Fue terrible, pero sabía que yo era el único que tenía los conocimientos necesarios para combatirlo, y podría haber hundido la empresa sin mi ayuda.

—¿Por qué querría alguien hackear tu empresa?

—Es una larga historia, tal vez para otra noche —dije, acercándome—. ¿Por qué no te quito el chal?

Le quité el chal de los hombros, y ella se quedó allí, con sus ojos clavados en los míos. Lo doblé cuidadosamente y lo dejé en la encimera de la cocina, queriendo asegurarme de que sabía dónde estaban sus cosas. Volví a acercarme a ella y me incliné, besándola suavemente en los labios y pasando mis manos por sus brazos. Tenía sus manos a los lados y sentí que temblaban, así que seguí moviendo las mías, apretándolas con fuerza y atrayéndola hacia mí. No quería que estuviera nerviosa. Quería que se sintiera completamente cómoda conmigo. Quería que confiara en mis manos y en mis ojos. Quería que disfrutara de cada momento que pasáramos juntos y que fuera la experiencia más memorable que hubiera tenido hasta ese momento. Para un hombre, perder la virginidad es algo esperado. Para una mujer, era un regalo muy especial, y yo había tenido el honor de recibirlo.

Me miró a los ojos mientras la abrazaba con fuerza y mis labios rozaban su cuello y su mejilla. Respiraba con dificultad entre mis brazos mientras intentaba reconfortarla y acortar la distancia que nos separaba, tanto física como emocionalmente. Levanté las manos y cogí su cara, moviendo mis labios sobre sus ojos cerrados y besándolos suavemente uno a uno.

Mi boca bajó por su rostro y presionó contra su boca. Esta vez, más caliente y necesitado. Sus manos se aferraron a la parte posterior de mi camisa mientras se inclinaba hacia mí, y un pequeño gemido escapó de sus labios y resonó en mi garganta. Mi lengua recorrió su suave piel y ella abrió la boca, dejándome entrar a explorar. Nos besamos apasionadamente, nuestras manos fueron subiendo y bajando por el cuerpo del otro, sintiendo cada centímetro del otro cada vez más cerca.

Cuando terminamos de besarnos, me aparté y cogí su mano para llevarla a través de la cocina y por el pasillo hasta mi dormitorio. Entramos y cerré la puerta tras nosotros, tirando de ella hasta los pies de la cama. Le pasé el dorso de la mano por el cuello hasta la cremallera de la espalda del vestido. Lentamente, bajé la cremallera, pasando mis manos por su espalda expuesta, hasta sus hombros, donde lo bajé y dejé que cayera al suelo. Me miró con calor en los ojos mientras subía las manos y empezaba a desabrocharme la camisa.

Tiró de mi camisa hacia arriba, aflojándola, y la desabrochó. Mi camisa se abrió, y ella se inclinó hacia delante y pasó sus cálidos labios por mi clavícula. Se me puso la piel de gallina cuando me quitó la camisa de los hombros y la tiró al suelo. Sus dedos bajaron por mi pecho y se detuvieron en mi cinturón, desabrochando cuidadosamente la correa de cuero y desabrochando el botón. Me miró mientras me bajaba la cremallera y dejaba que los pantalones cayeran hasta los tobillos. La presión de mi dura polla recibió cierto alivio. Me quité los zapatos y tiré los

pantalones a un lado, volviéndome hacia ella mientras se desabrochaba el sujetador y dejaba salir sus grandes y firmes pechos. Levanté una mano y le masajé el pecho mientras bajaba la cabeza y me llevaba el pezón del otro a la boca.

Cuando mi lengua recorrió su pezón, ella gimió ligeramente, sus manos bajaron por mi estómago y se engancharon a la parte superior de mis ajustados calzoncillos negros. Mi corazón latía rápidamente mientras sus dedos se acercaban cada vez más a mi polla. Quería sentir sus manos sobre mí, quería saborear su piel y quería saber cómo se sentía su apretado y húmedo coño. Mi cabeza volvió a acercarse a la suya y la besé mientras daba un paso adelante, empujándola suavemente hacia la cama. Ella se quitó los tacones de los pies y se recostó mientras yo le bajaba lentamente las medias y las tiraba en la silla. Se echó hacia atrás en la cama y yo miré su hermoso y perfectamente esculpido cuerpo, dispuesto a mostrarle un placer que nunca antes había experimentado.

Levanté la mano y le quité las bragas negras de encaje del cuerpo, bajándolas por las piernas, y las tiré al suelo. Me pasé la mano por mi abultada polla mientras miraba su húmedo montículo, lamiéndome los labios y preparándome para zambullirme de cabeza. Lentamente, me arrastré por la cama hacia ella, deteniéndome para separar sus piernas y colocarme en posición. Iba a hacer que se corriera con mi boca, y entonces podría sentir lo increíble que se sentía esta hermosa mujer alrededor de mi polla.

Capítulo 12

Reese

Todo lo que pensaba en mi interior era acerca de lo sorprendida que estaba de estar haciendo esto. Finalmente estaba perdiendo mi virginidad, y con uno de los hombres más sexys que había conocido. Fue muy gentil conmigo, pero al mismo tiempo, me dejó tomar las riendas de lo sensual que quería hacerme sentir. Me quedé tumbada, mirando al techo, sintiendo cómo las manos de Blaine bajaban por mis muslos hasta llegar a mi húmedo montículo, donde empujó mis pliegues y pasó sus dedos por mis jugos. Jadeé al sentir sus manos en mi cuerpo, pero eso no era nada comparado con la sensación de cuando bajó su cabeza y recorrió sus dedos con su cálida y húmeda lengua. Gemí suavemente, recordando que se trataba de mí tanto como de él, y estaba dispuesta a dejarlo todo, a que me diera la experiencia completa.

Dejé que mis piernas cayeran ligeramente hacia los lados y contuve la respiración mientras su lengua exploraba mi coño. Podía sentir sus dedos apretando mis muslos, y grité cuando encontró mi clítoris con su lengua. Repetidamente, una y otra vez, pasó su lengua en círculos alrededor de mi duro y sensible nódulo. Podía sentir que el calor en mi estómago empezaba a intensificarse, y estaba excitada por sentir mi primer orgasmo no autoinducido, algo que, según había oído, me volvería loca. Mientras su lengua seguía haciendo magia en mi clítoris, esperé a que su mano subiera y pasara sus dedos por mis jugos. Cuando volví a gemir con fuerza, sentí la presión que ejercía al deslizar suavemente un dedo dentro de mí, dándole la vuelta y agitando la punta. La sensación me estaba volviendo absolutamente loca, y me pasé las manos por el cuerpo y me apreté las tetas. Mi mandíbula se apretó con fuerza cuando empezó a meter y sacar su dedo de mí una y otra vez.

Cuando la acumulación en mi cuerpo llegó a su punto álgido, arqueé la espalda, agarrando su cabeza con la mano y echándola hacia atrás. Grité mientras oleadas de placer estallaban desde el fuego de mi vientre, vibrando por mi pecho y bajando por mi coño. Los cálidos jugos fluyeron de mi húmedo montículo, cubriendo su mano mientras él gemía. Los lamió y curvó los labios en una sonrisa. Mis muslos se estremecieron cuando mi cuerpo empezó a relajarse de nuevo y solté mis dedos de su pelo. Aquello era lo más increíble que había sentido nunca, y eso que aún no había sentido su polla. Miré hacia abajo, con el castañeteo de mis dientes, mientras él se levantaba de mi coño y se limpiaba los labios con el dorso del brazo. Se agachó y se quitó los calzoncillos. Mis ojos se abrieron de par en par al ver el tamaño de su polla. Sonríe y se rio de mi reacción y se acercó a la mesa junto a la cama, sacando un condón envuelto en oro y arrancando la parte superior del envoltorio.

Me quedé tumbada, aturdida por mi orgasmo, viendo cómo deslizaba la goma sobre la punta de su polla y la empujaba hacia abajo. Lentamente, se arrastró hacia mí por la cama, colocando

su cuerpo sobre el mío e inclinándose, besando mis labios suavemente. Abrió los ojos y miró profundamente los míos mientras bajaba y frotaba su polla por mi humedad. Suavemente, empezó a empujar dentro de mí, de forma lenta pero constante, hasta que llegó hasta el fondo. Me miró y subió las manos, recorriendo mis brazos y entrelazando sus dedos con los míos. Subí mis piernas a sus lados, respirando profundamente mientras él empezaba a mover sus caderas hacia arriba y hacia abajo, con su erección fluyendo como el fuego a través de mí.

Respiré con fuerza, cerrando los ojos y gimiendo al sentirlo moverse dentro de mí. Me besó la mejilla y arrastró sus labios hasta mi cuello, besando y mordisqueando mi piel. Incliné la cabeza hacia atrás y dejé escapar un profundo suspiro, concentrándome en la sensación que notaba entre mis piernas. Era mejor de lo que pensaba y, al instante, mis miedos y mis nervios se desvanecieron.

Desenganché mis manos de las suyas y recorrí con ellas su espalda, apenas arañando la piel con mis uñas. Su cuerpo se estremeció al sentirlo y una sonrisa tímida se dibujó en sus labios. Bajó la mano y la puso bajo mi culo, levantando mis caderas en el aire. Se sentó y empezó a moverse más rápido dentro de mí, agarrándose a mis muslos para hacer palanca. Me agarré a la almohada por encima de mi cabeza y me retorcí de placer bajo él.

Sus caderas se movieron rápidamente y se mordió el labio inferior, con su cuerpo esforzándose por prolongar su liberación. Arqueé la espalda y gemí con fuerza, mientras su cuerpo se frotaba contra el mío y su polla se endurecía y se hinchaba cada vez más. Le miré a los ojos y me mordí el labio, tratando de amortiguar mis gritos de éxtasis y viendo cómo su mandíbula se apretaba y dejaba escapar un gruñido bajo. Empujó dos o tres veces más antes de prepararse y empujar con fuerza y profundidad, bajando su cuerpo sobre el mío. Exhaló lentamente y sus brazos y hombros se endurecieron mientras se corría con fuerza. La sensación de su polla palpitando dentro de mí me excitó aún más.

Apreté mis manos contra su espalda y vi cómo su liberación se movía sobre él como la mía lo hizo sobre mí. Gimió por el placer hasta que, finalmente, su cuerpo empezó a relajarse, liberando cada músculo de uno en uno hasta que se apoyó en sus antebrazos y se cernió sobre mí. Abrió los ojos y me miró, besándome suavemente antes de esbozar su encantadora sonrisa. Lentamente, se retiró y se echó a un lado, apoyando su cabeza en mi hombro y besando mi mejilla.

—Ahora vuelvo —susurró, besándome de nuevo antes de retirarse de la cama y desaparecer en el baño para limpiarse.

Apoyé la cabeza en la almohada y miré al techo, cubriendo mi cuerpo desnudo con las mantas. Mi primera vez fue aún más increíble de lo que había imaginado, y me di cuenta de que toda la ansiedad y toda la preocupación que había pasado había sido para nada. Blaine había sido suave, dulce y sensual, llevándome a extremos que nunca había conocido. En ese momento supe que, pasara lo que pasara entre Blaine y yo, no me arrepentiría de haberlo convertido en mi primera vez. Me quedé tumbada escuchando el agua del lavabo que corría en el baño, pensando en lo realmente cincelado que era su cuerpo. Sabía que se cuidaba, pero maldita sea, tenía un cuerpazo. Empezaba a entender qué era lo que hacía a Leena volverse loca por los chicos, aunque seguía pensando que yo no podía ser la chica que se acostara con un perfecto desconocido.

Miré el reloj y me di cuenta de lo tarde que era. No estaba segura de cuál era el protocolo para estas situaciones, pero supuse que debía vestirme e irme para no extenderme más de la cuenta. Esperaba poder quedarme más tiempo con Blaine, pero no quería ser una chica presuntuosa. Salí de las sábanas y encontré mis bragas y mi sujetador en el suelo. Me puse las bragas y empecé a pasar los brazos por los tirantes del sujetador cuando Blaine salió del baño, ahora con unos calzoncillos a rayas blancas y negras. Se acercó a mí y pasó sus dedos por mi brazo, besándome en el hombro.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

—Pensé que estorbaría —dije, sintiéndome estúpida después de decirlo—. Así que estaba cogiendo mis cosas para ir a casa.

—No te vayas —dijo, gimiendo y tirando de mí hacia la cama.

Me reí mientras los dos caíamos sobre las sábanas, sus brazos me rodeaban con fuerza y sus labios presionaban firmemente mi nuca. Me subió a la cama como si fuera una muñeca de trapo y nos tapó con las sábanas, atrayéndome hacia su cuerpo una vez más. Levantó la cabeza y apretó los labios junto a mi oreja.

—Quiero que pases la noche conmigo —susurró—. Mañana no tenemos que trabajar, así que podemos acurrucarnos y dormir hasta tarde.

Me sorprendió que me pidiera que me quedara esta noche, ya que no esperaba que fuera tan dulce y cariñoso conmigo. Sabía que se portaría bien conmigo y sería amable, pero estaba siendo extraordinariamente dulce y no podía decirle que no. La verdad es que estaba más que contenta de quedarme acurrucada en la cama con él, todavía conmovida por el increíble sexo que acabábamos de tener. Todo el mundo decía que la primera vez era la peor, pero yo no sabía cómo podía ser mejor. En cualquier caso, me sentía demasiado bien entre sus brazos como para soltarlos, así que me acurruqué en las sábanas y respiré profundamente.

—Por supuesto, me quedaré —susurré—. Blaine.

—¿Sí?

—Gracias —dije—. Por ser tan dulce y tan gentil conmigo. Supongo que no fue lo mejor que has tenido, pero tengo que decir que no puedo imaginar que el sexo sea mucho mejor que eso.

—Bueno, técnicamente, como soy el único hombre con el que has estado, eso me convierte en el mejor con el que has estado. —Se rio—. Y me pareció absolutamente increíble. Solo deseaba haber durado más tiempo para ti.

—¿Estás bromeando? —pregunté—. Estuviste increíble.

—Solo espera hasta que te sientas más cómoda, más abierta y más libre —susurró—. Te quedarás boquiabierta.

—No puedo esperar —bromeé con una risita.

Pude sentir cómo su cuerpo empezaba a relajarse detrás de mí, y tiré de la almohada hacia abajo, envolviéndola con mis brazos mientras el calor de su cuerpo me mantenía caliente. Me acosté completamente extasiada por haber regalado mi virginidad, y a un hombre que realmente parecía preocuparse por mí. Era inteligente, ambicioso, dulce y sabía exactamente qué decir para hacerme sentir bien. Puede que hablara sin saber, pero me di cuenta de que no iba a dejarme ahora que se había acostado conmigo. Me di cuenta de que estaba realmente interesado en mí,

que quería pasar tiempo conmigo y que quería satisfacerme de todas las maneras posibles.

Cuando mis ojos empezaron a ponerse pesados, respiré profundamente, calmando las mariposas de mi pecho. Todo era tan perfecto en ese momento, y no quería que nada lo arruinara. Ahora realmente tenía una relación con un hombre que me conocía mejor que cualquier otro hombre. No podía esperar a pasar más tiempo conociendo a Blaine aún más, esperando que las cosas siguieran mejorando con el paso del tiempo. Con sus brazos rodeando mi cintura y el sonido de su fuerte respiración detrás de mí, empecé a caer en un sueño sin sueños, sabiendo que estaba segura y protegida en sus brazos.

En ese momento, supe que me estaba enamorando de Blaine.

Capítulo 13

Blaine

Había sido una semana extremadamente dura de superar, teniendo en cuenta que toda la semana me senté en el trabajo solo esperando que el reloj avanzara para poder ver a Reese. Era jueves, y había conseguido verla todos los días desde nuestro caliente y apasionado sexo. Esta noche, sin embargo, iba a relajarme en mi casa, enviarle un mensaje de texto y levantarme temprano para ir a trabajar. Dijo que el viernes tenía un día muy ocupado, así que por mucho que quisiera verme, tenía que seguir con sus responsabilidades. A veces me olvidaba de la suerte que tenía de ser dueño de mi propio y exitoso negocio, y de poder salir cuando quisiera.

Miré mi teléfono y me di cuenta de que ya eran casi las dos de la tarde. Por suerte, no tenía ninguna reunión, pero sí que tenía un montón de papeleo que hacer antes de poder salir de la oficina. Justo cuando sacaba un expediente, la voz de mi secretaria se oyó por el altavoz, avisándome de que Caleb estaba fuera. Le indiqué que le dejara pasar y me levanté para estrecharle la mano cuando entró en el despacho.

—Vaya —dije, sentándome de nuevo—. Nunca vienes a verme. Pero me alegro de que lo hayas hecho. Hacía tiempo que no te veía. ¿Cómo van las cosas?

—Están bien, hombre, muy bien —dijo, sonriendo—. Caroline ha vuelto de su luna de miel y ya están hablando de formar una familia. Supongo que cuando te casas, hay mucha presión para seguir con el siguiente paso.

—Vaya, supongo que sí —dije, riendo—. Aunque ya nadie disfruta de la vida. Todos se apresuran a hacer lo siguiente que toque, olvidando mirar a su alrededor.

—Esa es una idea extraña, viniendo del tipo que trabaja todo el tiempo —dijo, riendo.

—Sí, bueno, creo que he empezado a frenar un poco —dije, sacudiendo la cabeza—. La vida estaba pasando de largo.

—No estás teniendo una crisis de la mediana edad o algo así, ¿verdad?

—Espero que no, solo tengo veintinueve años —dije, riendo—. No, solo tenía que darme cuenta de eso para dejar de perderme cosas.

—Bueno, hablando de no perderse nada, ¿por qué no vamos a alguna discoteca este fin de semana? —preguntó—. Veremos a tías buenas, tomaremos unas copas y nos relajaremos.

—En realidad ya tengo planes —dije, mirando mi teléfono.

—¿Ah, sí? ¿Es con esa chica, Reese?

—Sí —dije, riendo—. Es con esa chica, Reese. La verdad es que hemos estado pasando mucho tiempo juntos, y realmente me está empezando a gustar cómo me hace sentir.

—Vale, vale, ahora lo entiendo —dijo—. Estás frenando en la vida porque Reese te está haciendo parar y apreciar lo bueno.

—Es algo así —respondí.

—Bueno, solo ten cuidado, amigo —dijo, agitando el dedo hacia mí—. No olvides que las rosas tienen espinas.

—No estoy seguro de lo que se supone que significa esa comparación, pero estoy siendo cuidadoso —dije, riendo—. Ella realmente ha cambiado mi forma de ver el mundo, lo cual estoy bastante seguro de que necesitaba después de estar atrapado en el trabajo todos los días durante la última década.

— Es cierto, pero si no hubieras estado atrapado en el trabajo durante la última década, no habrías construido tu imperio a los veintinueve años — señaló — . Ahora estás en un lugar en el que puedes dedicar algo de tiempo a lo personal y saber que tu negocio no se va a desmoronar. Has hecho algo que la mayoría de la gente de nuestra edad no puede hacer.

— ¿A qué te refieres?

— Mirar cuál es el objetivo a largo plazo y recordarlo cuando llega el momento de decidir si poner la nariz en el trabajo o salir de fiesta —dijo—. Sabías que las fiestas llegarían, pero tenías un tiempo limitado para convertir tu pequeña empresa en una enorme. Hiciste un trabajo increíble.

—Gracias, tío —dije—. Y creo que tienes razón, y creo que Reese llegó en el momento perfecto. Ella hace que no me tome la vida tan malditamente en serio.

—No voy a mentir —dijo, inclinándose hacia adelante—. Estoy un poco sorprendido de que hayas dedicado tanto tiempo a una sola chica. Quiero decir, no estoy diciendo que sea algo malo. Solo que no estoy acostumbrado a ver que te ocupes de una chica y lo hagas a largo plazo. Sin embargo, me alegro por ti. Veo que te está causando una muy buena impresión, y me gustaría que bajaras un poco el ritmo y vieras cómo vivimos las personas normales.

—Tú no eres realmente normal —dije, sonriendo.

—Bueno, tampoco soy multimillonario —replicó—. Vives en un mundo que ni siquiera yo puedo entender a veces, y eso tiene que ser duro para ti.

—Siempre han dicho que la cima puede ser un lugar muy solitario —respondí—. Pero en cuanto a pasar mucho tiempo con Reese, yo también estoy sorprendido. No había imaginado que esto iba a ser así con ella, así que me lo estoy tomando todo con calma. De hecho, después de que me dejara plantado, pensé que merecía la pena intentarlo, pero no podía hacerme ilusiones. Me alegro mucho de haberme arriesgado con ella.

—Todo lo que puedo decir es que no te enganches demasiado, no demasiado rápido —dijo—. Recuerda que Reese puede ser diferente, pero todas las mujeres son relativamente iguales. Simplemente no quiero ver que ninguno de los dos salga herido en todo esto. Recuerda que cuando te comprometes con alguien, tu trabajo es protegerla y asegurarte de que la tratas con respeto.

—Lo sé —suspiré—. Solo sé que es lo correcto.

—Bueno, entonces te deseo toda la suerte del mundo, amigo —dijo Caleb con una sonrisa—. Pero tengo que irme. Estaba en tu lado de la ciudad y pensé en pasarme de camino a la oficina.

—Gracias por venir —dije, poniéndome de pie y estrechando su mano—. Nos veremos pronto. Lo prometo.

—No te preocupes, amigo —dijo, dándose la vuelta y saliendo de la oficina.

Me senté a pensar en lo que me había dicho Caleb, dándome cuenta de que, en cierto modo, tenía razón. Había puesto más empeño en Reese que en cualquier otra chica. Sin embargo, Reese era única, y yo nunca había estado con una chica con la que siquiera pensara en planes a largo plazo. Las chicas que solía conocer no eran demasiado brillantes y no sabían mantener muy bien una conversación, pero Reese era diferente. Saqué mi teléfono y decidí que si iba a pensar en ella y a hablar de ella, también podría llamarla y ver cómo le iba el día. Sabía que estaba ocupada durante los días de trabajo, así que sería breve y dulce. Solo quería escuchar su voz. Fui a su contacto y pulsé el botón de llamada, acercando el teléfono a mi oído y escuchando el timbre.

—¿Hola? —respondió ella.

—Hola, guapa —dije, sonriendo al oír su voz.

—Anda, hola —dijo ella con una risita—. ¿Cómo estás?

—Estoy fantástico —respondí con una sonrisa—. ¿Y tú?

—Bien —dijo ella—. Deseando estar contigo, pero aun así bien.

—No, este lugar te parecería muy aburrido. —Me reí—. Bueno, solo quería asegurarme de que todavía seguía en pie la cena del sábado por la noche y una película en mi casa.

—Por supuesto que sí —dijo—. Y estoy tan emocionada de ver una película contigo. Es como mi cosa favorita.

—No lo sé —bromeé—. Estoy bastante seguro de que ahora otra cosa podría haber superado eso.

Sonreí ante la risita nerviosa que escuché al otro lado de la línea. Era tímida en cuanto a su sexualidad, y era de esperar ya que acababa de empezar a tener relaciones sexuales. Hubo una larga y silenciosa pausa, y mis mejillas se calentaron al pensar en su sabor.

—Bueno —dije, aclarando mi garganta—. Vamos a ver un montón de películas de superhéroes el sábado. Me alegro de que seas una fan. Es como mi nueva cosa favorita de ti.

—¿Nueva cosa favorita?

—Claro, hay cosas nuevas con frecuencia, lo cual es increíble —dije—. Estás llena de sorpresas en cada momento.

—Entonces me alegro de poder estar ahí para mantenerte alerta —dijo con una risita—. Pero tengo que irme. Tengo mucho que hacer. Te enviaré un mensaje más tarde, ¿de acuerdo?

—Me parece bien —dije con una sonrisa.

Cuando colgamos, me senté en mi escritorio, repitiendo la conversación en mi mente. Estaba más emocionado por tener una noche de cine en mi casa que por cualquiera de los restaurantes caros o las aventuras que habíamos planeado juntos. Y el hecho de que estuviéramos viendo películas de superhéroes la excitaba aún más. Su risa era contagiosa, y yo no podía evitar sonreír y reír cuando se emocionaba tanto. Era la primera chica a la que había podido impresionar con un gesto tan pequeño, y eso me encantaba de ella. No era nada exigente, y era obvio que tampoco le interesaba mi dinero.

Dejé el teléfono sobre la mesa y me recosté en la silla, con una sonrisa en la cara al pensar en lo complicada que realmente podía ser Reese. Me hizo reír, de hecho, me hizo reír a carcajadas allí mismo en mi silla. Su extraña personalidad y sus tendencias tímidas eran extremadamente

adorables, y eran lo que conformaba el encanto que la acompañaba. Era una chica normal, y nuestra incapacidad para funcionar como los demás en situaciones sociales era muy similar. Solo que ella no lo ocultaba tan bien como yo. La verdad es que no creí que fuera a encontrar nunca una chica tan parecida a mí, que pudiera entender lo que era sentirse fuera de lugar en las situaciones más sencillas y, sin embargo, emocionarse en las que nadie más de nuestro entorno se emocionaría. Ni siquiera podía imaginarme pidiendo a una de las chicas con las que había salido que viniera después de cenar a ver películas de superhéroes. Se habrían reído en mi cara y me habrían dicho que era guapo, pero que tenía que madurar. Pero no con Reese. Con ella podía ser yo mismo, y no se desanimaba por mis rarezas.

Sacudí la cabeza y miré mi trabajo, dándome cuenta de que acababa de gastar veinte minutos de mi día riéndome de lo adorable que era la torpeza de alguien y luego suspirando por ella. ¿Qué demonios me estaba pasando? No podía concentrarme en salvar mi vida. Pensaba más en esta chica que en mis propios asuntos, y todo lo que antes era importante de repente ya no lo era tanto. Me había convertido en el tipo que odiaba, obsesionado con las pequeñas cosas, y que pensaba que una mujer era la parte más importante de su día. Sin embargo, ahora que estaba en esa posición, ya no parecía tan difícil de entender.

Respiré hondo y adelanté la silla, sacando los archivos en los que tenía que trabajar y obligándome a concentrarme. Estaba bien que, de repente, me hubiera encaprichado con Reese, pero tenía que asegurarme de que funcionaba. No más arrebatos por mi parte, no señor. Puse el bolígrafo sobre el papel y empecé a escribir, con una sonrisa de oreja a oreja en la cara y una risita en la garganta. Era inútil intentar reprimirla. Esta chica había cambiado mi mundo.

Capítulo 14

Reese

Era viernes otra vez, y me desperté sintiéndome fresca, emocionada y lista para ir a trabajar para poder tener mi fin de semana sin preocupaciones. Había pasado la tarde mensajeándome con Blaine, riéndonos de nuestro mutuo amor por los héroes de los cómics pero discutiendo desesperadamente sobre cuál de las nuevas películas era la mejor. Habíamos ideado categorías para ponerlas a todas, y le había dicho que quizá tendríamos que romper cuando dijo que Deadpool no era nada divertido. Era raro tener a alguien como él para reír y discutir a nivel lúdico. La mayoría de los hombres, especialmente los extremadamente ricos e importantes como Blaine, no tenían tiempo para lo que mi padre llamaba «payasadas infantiles». A mí personalmente no me importaba que fueran infantiles. Eran cosas que me gustaban, y por fin había encontrado un hombre que compartía mis pasiones.

Me duché y me cepillé los dientes, me recogí el pelo en un moño desordenado en la parte superior de la cabeza y lo aseguré con horquillas. Me maquillé un poco para sentirme viva y me dirigí a la cocina, donde se estaba preparando el café. Aquella mañana no tenía tiempo para entretenerme, ya que había caído en una fantasía en la ducha pensando en Blaine, y había perdido el tiempo del desayuno matutino. No era para tanto. Simplemente cogí una barrita de cereales, me serví un café para llevar y salí por la puerta con la bolsa sobre el pecho.

Me alegré mucho de no haber puesto nuestra oficina en pleno centro de Filadelfia, aunque probablemente el negocio hubiera sido mejor. Odiaba conducir entre el tráfico de la ciudad, pero donde estábamos ubicadas, podía bordear la ciudad y llegar al trabajo en diez minutos. Cuando llegué, para mi sorpresa, el coche de Leena ya estaba aparcado delante. Ella nunca había llegado antes que yo. Cogí mi bolso y entré por la puerta lateral, sonriendo cuando un cachorro de orejas caídas vino corriendo por el pasillo a saludarme.

—Anda, hola —dije, agachándome y cogiéndolo—. Veo que has vuelto a salir de la jaula haciendo de Macgyver, amiguito tonto.

—Ahí está —dijo Leena, riendo y acercándose a coger el cachorro—. Lo he estado persiguiendo desde que llegué.

—Has llegado pronto —dije, mirándola.

—Sí, no he dormido mucho, así que he decidido levantarme y venir al trabajo —explicó.

—¿Todo bien?

—Sí —dijo—. Estuve con este chico, Sonny, que ha sacudido el infierno de mi mundo durante una semana seguida.

—¿Una semana? —pregunté, impresionada—. Eso tiene que ser una especie de récord para ti.

—Lo sé, ¿verdad? —dijo con las mejillas sonrojadas—. Es que nos divertimos mucho juntos.

Siento que puedo ser yo misma y él no me juzga. Realmente espero poder mantener a este cerca.

—Yo también, porque la última vez que te vi sonrojarte así, estabas tropezando por la escalera principal del instituto en nuestro primer año —dije, riendo.

—Oh, Dios —dijo ella, poniendo los ojos en blanco—. Eso fue terrible. Pero sí, me gusta mucho este chico. ¿Y tú? ¿Cómo estáis tú y Blaine?

—Más que bien —dije—. Me llama o me manda mensajes todos los días, nos vemos todo el tiempo, y puedo ser yo misma cuando estoy con él. Quiero decir, anoche hablamos durante tres horas sobre cómics. Es tan torpe y raro como yo. Solo que hace un buen trabajo ocultándolo porque ha vivido en el mundo de los negocios durante mucho tiempo.

—¿Crees que esa torpeza sería igual de encantadora si nunca te hubieras acostado con él?

—¿Qué? —pregunté, riendo—. Quiero decir, por supuesto que lo sería. Es una pregunta rara.

—No, no lo es, no realmente —dijo ella—. Es tu primero, y todas las chicas se encariñan con su primero. Es como una cosa biológica rara que sucede. El hombre con el que pierdes la virginidad se convierte en una obsesión. Todavía pienso en mi primero hasta el día de hoy.

—Quiero decir, puedo entender por qué —dije—. Renuncias a algo muy privado para ti. Pero sé que esa no es la razón por la que estoy tan enamorada de Blaine. Él es como yo, solo que mucho más rico y mucho más guapo. Su cerebro funciona de una manera diferente a la de la mayoría de la gente, y aunque no puedo decir que yo misma lo entienda del todo, nunca antes había podido relacionarme con alguien así.

—De acuerdo — dijo Leena — . Solo quería asegurarme de que no era la única razón. No quiero que te sientas decepcionada porque tendemos a idealizar a estos hombres en nuestra mente, y cuando no cumplen nuestras expectativas, casi nos destruye.

—Lo entiendo — dije con un suspiro — . Solo sé que no tengo ninguna expectativa real puesta en él. Al menos, todavía no. Ahora mismo, solo estamos contentos de estar juntos y de encontrar tiempo en nuestras apretadas agendas para hacer cosas que nos gustan.

—Como los maratones de películas de superhéroes —dijo Leena, riendo—. Bueno, me alegro de que sea él quien lo haga y no yo quien se vea arrastrada a todo eso. Aunque me gustaron las películas de Iron Man. Eran muy buenas.

—Me decepcionas con tus conocimientos de superhéroes convencionales —dije, riendo y negando con la cabeza—. A todo el mundo le gustaba Iron Man.

—Muy bien, empollona. —Leena se rio—. Voy a dejar que todos los perros salgan al patio para que pueda limpiar sus corrales.

—Me parece bien —dije, mirando los montones de papeles que seguían sobre el escritorio.

No sabía cómo explicar del todo la dinámica que Blaine y yo estábamos empezando a desarrollar. Claro que mis sentimientos por él se hacían más fuertes cuando teníamos sexo, pero ¿no debería ser así? ¿No era natural que dos personas se sintieran más cercanas y conectadas cuando añadían intimidad física a su relación? Sabía que mis sentimientos no se basaban en que él fuera el primero. Se basaban en el hecho de que era extremadamente bueno conmigo. Se había desvivido por encontrarme, me había tratado como a una princesa en todas nuestras citas, me había esperado pacientemente hasta que estuve lista para el sexo y se había asegurado de ser amable y cariñoso cuando perdí mi virginidad.

Claro, al principio mis sentimientos crecientes se basaban en la química entre nosotros, pero así era como empezaban casi todas las relaciones. La mayoría de la gente no empezaba a salir con alguien con quien no pudiera mantener una conversación o por quien no se sintiera atraído de una u otra forma. Era la química inicial, esa chispa que nos atraía el uno al otro, lo que iniciaba cualquier tipo de conexión. Lo que hacías con esa química desde el principio era lo que determinaba si ibas a alimentar esa química durante una noche y luego dejar que se consumiera, o si ibas añadiendo poco a poco las llamas de la pasión hasta que la chispa entre vosotros era un fuego ardiente que se cuidaba solo. Con Blaine, era un fuego, y uno muy familiar.

Aparté los pensamientos, sabiendo que tenía que centrarme en este papeleo si quería tener el fin de semana libre para salir con Blaine. Me senté y respiré profundamente, mientras mi mente iba y venía entre él y la tarea que tenía entre manos. Mi teléfono sonó y miré hacia abajo, encontrando un mensaje de Blaine. Había enviado una foto de Superman a mi teléfono, y me reí, sacudiendo la cabeza. Tuvimos toda una conversación sobre quién era mejor, Superman o Batman. Él se puso del lado de Superman y yo del de Batman. Encontré una foto de Batman y se la envié, recordándole el destino de Superman más adelante en la serie. Me envió una cara triste y me hizo reír a carcajadas.

Después de eso, me puse a trabajar, teniendo incluso más motivación en ese momento para superar todo el trabajo del día. Estaba muy cerca de la temporada de trabajo, y sabía que si no me mantenía al día, iba a acabar trabajando siete días a la semana como el año pasado. El año pasado, eso no me molestó tanto, pero este año tenía otras cosas, o debería decir otras personas, a las que dedicar mi tiempo. No quería estar retenida en la oficina durante toda la temporada de vacaciones, perdiéndome algunas cosas realmente geniales que Blaine y yo podíamos hacer juntos. Cosas que no había tenido con quien hacerlas, prácticamente nunca en mi vida.

Hacia el mediodía, Leena atravesó la oficina y se dirigió a la puerta principal, cogiendo la comida del repartidor de comida para llevar que había llamado. Me silbó y agitó la bolsa en el aire, sonriendo. Me moría de hambre, así que dejé el papeleo, en realidad bastante impresionada por lo mucho que había hecho, y me uní a ella en el vestíbulo del local para comer. Al parecer, era viernes chino, uno de los muchos días que etiquetamos ya que estábamos obsesionadas con la comida. Me senté de nuevo en la silla con mi plato de arroz y *Moo Goo Gai Pan* y llené mi barriga, y mis pensamientos volvieron a Blaine.

—Quiero decir algo —dije—. Quiero decirte que sí tengo sentimientos muy fuertes por este chico, y que aumentaron cuando nos acostamos. Pero cuando pienso en por qué tengo estos sentimientos, pasan por mi mente un millón de cosas.

—Bien —dijo Leena, inclinándose hacia delante—. No intentaba restarle importancia a tus sentimientos por él. Solo quería asegurarme de que no estaban fuera de lugar. Una vez tuve sentimientos fuera de lugar, y fue horrible, pero después de retroceder y analizarlo todo, me di cuenta de que, en primer lugar, el chico nunca me importó. Solo me dejé llevar por el brillo y el glamour de todo ello.

—Lo entiendo —dije, sacudiendo la cabeza—. Pero te puedo asegurar que aquí no hay una chica soñadora y enferma de amor. Solo alguien que está emocionada por haber encontrado a una persona que puede ser amigo, amante y compañero. No solo alguien con quien me divierto pero

que sé que me va a romper el corazón.

—Bien —dijo ella, sonriendo—. Entonces está decidido, y me alegro por ti.

—Gracias —dije, riendo.

Mientras estaba sentada comiendo mi almuerzo, dirigí mi atención a los árboles que soplaban salvajemente por la ventana. Blaine era un hombre increíble que se había abierto a mí de una manera que nadie más había hecho. Me mostró su vulnerabilidad y yo le mostré la mía. Claro, era muy pronto en la relación, y estábamos centrados en la diversión y la emoción juntos, pero al mismo tiempo, él era muy cuidadoso conmigo. ¿Cómo no iba a interesarme un tipo como él? Con tantas cosas en común y la forma en que estábamos juntos, me resultaba casi imposible pensar que no pudiera interesarme por él.

Sin embargo, ya había visto a esas chicas, las que se aferraban a un hombre porque las hacía sentir especiales, o porque hacía cosas por ellas que no podían hacer por sí mismas. Yo no era esa chica, ni quería convertirme en ella. Blaine me importaba de verdad, y estaba emocionada por empezar esta relación con él. Era una vida que había deseado durante mucho tiempo, pero me había negado a conformarme hasta encontrar al chico adecuado. Definitivamente estaba empezando a pensar que Blaine era el hombre adecuado.

En cualquier caso, estaba comprometida con lo que fuera, y no iba a dejar que mi cabeza se interpusiera esta vez. Blaine y yo éramos una buena pareja, y no podía esperar a verlo el sábado por la noche.

Capítulo 15

Blaine

Después de estar una semana charlando sobre cómics, superhéroes y todo lo relacionado con empollones, cosas que pensé que nunca encontraría una chica que se interesara como yo, decidí hacer que la cena de ese sábado fuera muy especial. Reese y yo habíamos estado planeando y hablando de esta cita durante toda la semana, y estaba bastante seguro de que yo estaba tan emocionado como ella. Cambié nuestras reservas a un pequeño y genial lugar en el lado este de Filadelfia que estaba decorado con recuerdos de cómics. Claro, era un lugar algo turístico, pero era impresionante y encajaba con el tema de nuestra cita de esa noche.

Me preparé, asegurándome de hacer saber a Reese que no necesitaba arreglarse para la cena, y me dirigí en coche a recogerla. Cuando mi chófer llegó a su casa, ella estaba saliendo por la puerta de su apartamento, con la emoción en la cara. El conductor abrió la puerta y ella se deslizó dentro, y nuestros labios se juntaron inmediatamente. Estaba absolutamente adorable con sus vaqueros, sus Vans y su jersey, con el pelo recogido en una coleta. No la había visto así antes, y estaba bastante seguro de que me gustaba más así que cuando estaba arreglada.

—Entonces, ¿estás tan emocionado como yo por esta cita? —preguntó.

—Prácticamente me quedé despierto toda la noche leyendo mis cómics y repasando mi información —dije, asintiendo con la cabeza—. Estoy muy emocionado.

Cuando llegamos a la puerta del restaurante, la cara de Reese se iluminó, con la emoción recorriendo sus ojos. Se agarró a mi brazo y chilló, haciéndome estremecer y reír al mismo tiempo. Inmediatamente supe que había tomado la decisión correcta.

—Siempre he querido venir aquí —dijo asombrada cuando entramos por la puerta.

La primera hora de la cena la pasamos señalando todos los impresionantes objetos de recuerdo esparcidos por las paredes. Era como un Hard Rock Café, pero para los frikis, con fotos autografiadas de Stan Lee, piezas de decorados de películas de La Guerra de las Galaxias, y ediciones de coleccionista de varias grandes series de cómics, todo ello encajado en la sala. En la gran pantalla de proyección del fondo estaban proyectando las películas de la Liga de la Justicia, y nuestros saleros y pimenteros estaban creados apropiadamente para que parecieran Superman y Batman.

—Ves, incluso en el mundo de las especias, Batman es picante y oscuro —dije riendo.

—Sí, pero Superman te dará presión arterial alta y problemas de corazón —dijo ella, sacudiéndolo de arriba abajo sobre sus patatas fritas—. Bueno, tenemos mucho tiempo para debatir sobre cómics esta noche. Cuéntame algo sobre ti que no sepa.

—Oh, oh —dije—. ¿Es la hora de los secretos?

—Eso es —dijo ella, comiendo una patata frita.

—Muy bien —dije, respirando profundamente—. Cuando era un niño, de unos siete años, estaba en la calle jugando con unos amigos. Decidimos ir caminando a la casa de mi amigo para almorzar. Cuando íbamos caminando, había un perro callejero que corría por la calle. Yo nunca había estado cerca de un perro, ya que mi madre era alérgica. Empecé a silbarle, pensando que podía acariciarlo o algo así. No sé realmente en qué estaba pensando. Bueno, empezó a correr hacia mí, y cuando me di cuenta de que no estaba emocionado por verme, se había abalanzado sobre mí y me había tirado al suelo. Luché con él durante varios minutos, y entonces salió la madre de mi amigo y consiguió quitármelo de encima y lo echó a correr calle abajo.

—Dios mío —dijo ella, tapándose la boca—. ¿Estabas bien?

—Me llevaron rápidamente al hospital —respondí—. Me dieron un montón de puntos de sutura en el antebrazo y en la pantorrilla derecha, pero por suerte, el perro había mantenido su boca lejos de mi cara. Sin embargo, si ella no hubiera salido, probablemente habría muerto. Tuve que recibir esa loca vacuna contra la rabia en el estómago, estuve con antibióticos durante mucho tiempo, y realmente me dejó muy mal de la cabeza.

—Lo siento mucho —respondió—. Es terrible.

—Desde entonces, ni siquiera puedo imaginarme pasar tiempo con un perro, y mucho menos tener uno alguna vez —dije, bajando la mirada a la cuenta y sacando dinero en efectivo para pagar—. Y esa es mi pequeña y trágica historia. ¿Estás lista para irnos?

—Blaine, eso es terrible —dijo con una mirada extraña en su rostro—. Lo siento mucho.

—Sí, bueno, uno vive y aprende, supongo —dije, encogiéndome de hombros y poniéndome de pie—. Ahora, vamos y pongamos nuestra película. Tengo un montón de picoteo y una tonelada de vino esperándonos.

Se quedó mirando su plato durante un minuto, dudando, pero sacudió la cabeza y sonrió, levantando su mano y cogiendo la mía. Sentí que se estaba guardando algo, pero lo dejé pasar, pensando que me lo diría cuando estuviera preparada. La gente siempre reaccionaba de forma extraña a esa historia, por lo que solo la contaba si era necesario. Ahora que me sentía muy atraído por esta mujer, creí que debía saberlo, por si acaso surgía el tema de las mascotas.

Cuando volvimos a casa, saqué inmediatamente toda la comida que había comprado y abrí una botella de vino. Reese cogió la mochila que había traído y abrió la cremallera, sacando de ella un gran peluche de Hulk y sonriéndome. Me reí y serví un tercer vaso de vino, solo para evitar que Hulk se enfadara.

Nos sentamos frente al televisor y empezamos a ver las películas. Normalmente, si veíamos una película, era un momento tranquilo en el que nos acurrucábamos juntos, tapados con una manta, y disfrutábamos de estar así de cerca. Sin embargo, esto fue una fiesta total. Nos reímos, gritamos a los diferentes personajes y discutimos jugando sobre sus papeles en las próximas películas. Al final de la primera película, nos habíamos tomado una botella y media de vino.

Traje unas cervezas para el comienzo de la segunda película y, a mitad de la misma, los dos estábamos de pie, borrachos como cubas, representando las escenas sobre la marcha. No me había divertido tanto con alguien en mucho tiempo. De hecho, probablemente no lo había hecho desde que era un niño jugando con mis amigos. Reese era definitivamente una de las mujeres más interesantes que había conocido, y me sentía libre y abierto a ser quien quisiera ser cuando

estaba cerca de ella. No tenía que montar un espectáculo como lo hacía en la empresa, y me di cuenta, mientras me reía a carcajadas al ver a Reese saltar por los aires, de que durante mucho tiempo había fingido ser ese tipo rico y estirado para todos los que me rodeaban, que había perdido la noción de quién era realmente por dentro. Fue la razón exacta por la que pensé en comenzar mi propia empresa de tecnología desde el principio.

Sin embargo, sabía que para seguir teniendo éxito, no podía ser quien quería ser ante los demás, pero allí, en el salón de mi ático, era libre de ser yo ante Reese. Llevaba mucho tiempo buscando a una chica como ella, y no podía creer que existiera realmente, y mucho menos que la hubiera encontrado. Todo en mi vida estaba empezando a cambiar, pero en lugar de temerlo, lo estaba abrazando de todo corazón. No podía imaginarme que hubiera algo en esta chica que no me pareciera adorable o entrañable y, por lo que sabía, era bastante parecida a mí, sin la compañía de mil millones de dólares que llevaba a la espalda.

Los dos nos tumbamos en el sofá, con el estómago dolorido por la risa. Ella apoyó la cabeza en el sofá y sonrió, girándola hacia mí y mirándome a los ojos. Incliné mi cabeza junto a la suya y la besé con delicadeza en la mejilla.

—Me lo estoy pasando muy bien —dije con una sonrisa—. Gracias por dejarme ser quien realmente soy.

—Gracias por no echarme cuando empecé a bailar al ritmo de la música durante la película de los Vengadores —bromeó.

—Lo consideraré —respondí.

—¿Lo hiciste? —Fingió sorpresa—. Pero entonces, ¿a quién llevarías a tu habitación para destrozarlo?

—Iba a quedarme con el muñeco de Hulk —respondí, haciendo una mueca de dolor cuando me dio una palmada en el brazo y se rio a carcajadas.

—Hablando de llevarme a tu habitación, creo que ya he terminado de ver películas —dijo, oscureciendo sus ojos.

—¿Ah sí?

—Mmm —dijo, tragando un sorbo de cerveza y poniéndose de pie—. Sin embargo, necesito que un superhéroe me lleve en avión hasta allí. Estoy un poco tambaleante.

—No sé —dije, viéndola subir los escalones en el hueco de la sala de estar—. Nunca se me ha dado bien ser el superhéroe de nadie.

—¿De verdad? —preguntó ella—. Siempre te imaginé como un joven Clark Kent. —Se volvió hacia mí y puso sus manos en las caderas—. Si no eres un superhéroe, ¿entonces qué eres?

Apagué el televisor y dejé el mando en la mesa. Riendo para mis adentros, me volví hacia ella y sonreí. Ella inclinó la cabeza hacia un lado y me miró, esperando una respuesta.

—¡Hulk golpea! —grité, subiendo las escaleras y cogiéndola en brazos.

Ella gritó y se rio mientras mis piernas seguían avanzando, corriendo por el pasillo hasta llegar al dormitorio, donde cerré la puerta de una patada y la arrojé sobre la cama. Se rio a carcajadas mientras rebotaba en el colchón, su risa disminuyó mientras se mordía el labio inferior y se ponía de rodillas. Me di cuenta de que el alcohol había disminuido sus inhibiciones, pero

también lo había hecho conmigo.

Me quité los zapatos y los calcetines y me volví hacia ella, sonriendo y observando atentamente cómo se agachaba y se subía la camiseta por encima de la cabeza. Movi6 sus dedos seductoramente sobre sus pechos y baj6 por su est6mago, desabroch6 sus vaqueros y se inclin6 hacia atr6s para sacarlos de su cuerpo. Mis ojos bajaron por sus pechos, por su suave piel, y bajaron hasta sus bragas, donde esboch6 una sonrisa y trat6 de no reírme. Puso las manos en las caderas y gir6 su cuerpo hacia delante y hacia atr6s, mostrando con orgullo las bragas de Batman que se había puesto para la ocasi6n.

Sacudí la cabeza y me quité la camisa, me desabroché el cintur6n y lancé los pantalones al otro lado de la habitaci6n. Ella soltó una sonora carcajada mientras yo corría hacia la cama, rodeándola con mis brazos y haciéndola caer en las suaves sábanas que había debajo. Al instante, el jugueteo empez6 a disiparse cuando pasé mis labios por su cuello y mi mano se desliz6 por su muslo, cogiendo su cálido montículo y apretándolo. Ella gimi6 con fuerza, lo que hizo que mi polla se moviera dentro de mis calzoncillos, y el calor de mi est6mago empez6 a acumularse. Levant6 la cabeza y apret6 sus labios contra los míos, rodeándome con los brazos y tirando de mí sobre ella.

Mis manos recorrieron sus costados mientras nuestras lenguas se unían, saboreando el alcohol de los labios del otro. Su piel era tan cálida y tan suave que lo único que quería era saborearla y sentir su cuerpo retorciéndose entre mis manos. Separ6 las piernas y yo me moví hacia un lado, mirándola profundamente a los ojos mientras le empujaba las bragas y arrastraba mis dedos por su humedad. Arche6 la espalda y jade6, como si el calor de mis manos encendiera ese fuego en su vientre.

Esta mujer iba a acabar conmigo. Podía sentirlo. Pero antes de eso, me iba a asegurar de que tuviera el mejor sexo de su vida.

Capítulo 16

Reese

Todas las risas y bromas de la noche habían cesado, y en su lugar había pasión pura y dura. Incliné la cabeza hacia atrás y cerré los ojos, concentrándome en la sensación de sus grandes y suaves dedos empujando mis jugos y masajeando suavemente mi clítoris. Las sensaciones de placer se extendieron desde mi coño hasta mi estómago, donde mi orgasmo se cocinaba a fuego lento, esperando su oportunidad para empezar a hervir. Lentamente, Blaine inclinó la cabeza hacia abajo y me besó los labios apasionadamente mientras deslizaba dos dedos dentro de mí y empezaba a moverlos al ritmo. Entrando y saliendo, tiró y empujó, moviendo las puntas de sus dedos mientras presionaba profundamente dentro de mí. Se levantó más y se puso de rodillas a mi lado, colocando su otra mano en mi clítoris y masajeándolo.

Grité, sintiendo cómo el placer me recorría los huesos. Sacó sus dedos de mí y me bajó las bragas y las tiró a un lado. Inmediatamente, volvió a trabajar, follándome suave y profundamente con los dedos mientras endurecía mi clítoris con sus manos. Levanté el brazo y le agarré el muslo antes de pasar suavemente mis dedos por su dura polla, atrapada dentro de sus calzoncillos. Atravesé mi mano por sus brazos y me agaché, deslizándola dentro de sus bóxers y agarrando firmemente su eje. Gruñó y empezó a meterme los dedos con más fuerza, la pasión de mi agarre le empujaba.

Se levantó ligeramente cuando tiré de sus calzoncillos y se los bajé hasta los tobillos. Su polla salió, golpeando contra su vientre, y yo me lamí los labios, alcanzándola con mi mano libre. Apenas podía concentrarme con la sensación de sus dedos dentro de mí, pero lo miré mientras tiraba de sus caderas. Él sonrió tímidamente mientras seguía mis indicaciones, moviendo su cuerpo para que su cabeza quedara a centímetros de mi coño y su polla se cerniera frente a mis labios.

Enterró su cabeza entre mis piernas. Me acerqué y agarré su polla, dirigiéndola hacia abajo y rodeando la cabeza con mis labios. Podía sentir las vibraciones de sus gemidos en mi clítoris mientras movía la cabeza hacia arriba, deslizando su gran polla hasta el fondo de mi garganta. Sentí que su pene se endurecía al instante, y tiré de él mientras empezaba a meterme los dedos de nuevo, esta vez con fuerza.

Mientras le chupaba la polla, el calor de mi interior llegó a un punto de ebullición y arqueé la espalda, empujando mi cabeza contra su cuerpo y metiendo casi toda su erección en mi garganta. Grité, apretando mi garganta alrededor de su pene y cayendo de nuevo en la cama, sintiendo que mi orgasmo explotaba dentro de mí. Levanté la mano y agarré su polla con fuerza, moviéndola hacia arriba y hacia abajo mientras mi cuerpo se ponía rígido y mi espalda se arqueaba, dejando que las olas de placer me invadieran. Él gimió con fuerza cuando mis jugos estallaron y mi

agarre de la polla se hizo más fuerte.

Mientras me relajaba en mi posición, mis piernas temblaban. Él se sentó y giró su cuerpo, tirando de mí hacia delante y desabrochándose el sujetador. Lo tiré al suelo y me agarré a mis propios pechos mientras él se acercaba y sacaba un condón de la mesita de noche y lo deslizaba sobre su polla. Me levantó las caderas y se inclinó hacia delante, guiando su polla a través de mis jugos y luego empujando con fuerza dentro de mí. Gemí y levanté más las caderas, queriendo sentirlo todo dentro de mí.

—Más fuerte —gemí. El alcohol me permitía dar rienda suelta a las fantasías de mi mente.

Se agarró con fuerza a mis caderas y empezó a penetrarme una y otra vez. Su mandíbula se apretó con fuerza mientras embestía dentro de mí, proporcionándome un placer que nunca antes había conocido. Respiró profundamente y dejó caer mis caderas, inclinándose hacia delante y empujando profundamente, haciendo rodar sus caderas contra mí y escuchando mis gemidos y quejidos debajo de él. Mis manos subieron a sus hombros y se agarraron a ellos mientras subía las piernas y los envolvía, sintiendo la suavidad de su piel rozándome de arriba abajo.

Grité cuando sus caderas volvieron a bajar, frotando mi clítoris una y otra vez hasta que ya no pude contenerme. Mi cuerpo se puso rígido una vez más, y clavé mis manos en sus hombros mientras estallaba en un orgasmo, sintiendo cómo mis jugos explotaban alrededor de su abultada polla. Las vibraciones de mi coño contra su pene lo pusieron a cien por hora, y vi cómo penetraba, empujando tan profundamente dentro de mí como podía y gruñendo por lo bajo mientras se corría con fuerza dentro de mí.

Nuestros cuerpos se agitaron y palpitaron al unísono, nuestros orgasmos coincidieron y nos hicieron tambalear. Mis muslos se agitaron a sus lados, pero no pude moverme durante varios momentos, hasta que el peso de mi placer empezó a ceder.

Blaine y yo exhalamos con fuerza cuando nuestros músculos empezaron a relajarse y a temblar en nuestros cuerpos. Él se dejó caer a un lado y se quedó tumbado, con su boca a escasos centímetros de mi cuello. Gemí mientras intentaba recuperar el aliento, mientras mi cuerpo estaba completamente relajado en su edredón de plumas. Respiré con fuerza y sonreí, riendo para mis adentros mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—Vaya —susurré—. Eso fue intenso.

—Mmm —gruñó, acercándose a él y poniéndome de lado.

Me aferré a sus brazos con fuerza y me quedé allí, mirando la pared junto a la cama y reagrupándome por la intensidad que acababa de apoderarse de nuestros cuerpos. Cuando mi corazón empezó a ralentizarse, se levantó y se dirigió al baño, guiñándome un ojo al pasar. Una descarga de electricidad me atravesó el pecho y me sonrojé, tirando de la manta a mi alrededor.

Todo lo relacionado con nuestro sexo era completamente increíble, y no quería que terminara. Si por mí fuera, lo haríamos una y otra vez, durante toda la noche. Sin embargo, sabía que entre el alcohol y la follada, Blaine se quedaría dormido en cuanto volviera a la cama. Dudaba que yo durara mucho más. Ya podía sentir que el agotamiento se apoderaba de mí.

Mis sentimientos por Blaine crecían más y más rápido cada vez que lo veía o incluso hablaba con él por teléfono. La locura de esta relación era un poco abrumadora, pero en el buen sentido. De una manera que me mantenía despierta por las noches, deseando que estuviera a mi lado. De

una forma que me hacía desear hacerle sonreír, complacerle y enredarme en su cuerpo siempre que tenía la oportunidad. Me encantaba cómo se sentían sus labios contra los míos y cómo sus manos sabían dónde tocarme. Leía mi cuerpo como un libro, y eso, en sí mismo, era excitante. El mero hecho de verle recorrer con sus ojos mi cuerpo cada vez que le veía me encendía entre las piernas y en el pecho. Sus dulces caricias y sus amables palabras, susurradas suavemente en mi oído, hacían que mi corazón se agitara.

Sabía que me estaba enamorando de él con fuerza.

Tal vez era exactamente lo que necesitaba, un hombre fuerte con un corazón bondadoso que me arrasara. Lo único que me preocupaba era la historia que había contado durante la cena. Había pasado por algo increíblemente aterrador, y no le culpaba en absoluto por no querer estar cerca de ningún perro. Sabía que esto definitivamente iba a causar un problema entre nosotros. Nunca le había dicho qué tipo de negocio tenía, y él nunca había preguntado. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza hasta que me contó la historia de su infancia. Ahora, estaba atrapada en una posición en la que guardaba un secreto que podía romper el vínculo que ya habíamos construido. Me sentía realmente incómoda con este secreto, como si le estuviera mintiendo de alguna manera. Sin embargo, los animales eran mi vida y no estaba segura de cómo podría funcionar una relación con alguien que los odiara.

Escuché mientras él se seguía limpiando en el baño, con el ánimo por los suelos. De repente, me sentí completamente incómoda, y todo en mí quería irse. Sin embargo, no podía irme sin más. Por no hablar del hecho de que todavía estaba bastante borracha y no podía conducir un coche. Eso no hacía que me importara menos. Solo me incomodaba sentir que le estaba mintiendo, y temía que cuando le dijera la verdad, especialmente ahora, se iba a arruinar todo. Esta situación había pasado de perfecta a realmente complicada, muy rápido. Maldita sea, debería haber sabido que nada estaba destinado a ser tan bueno durante tanto tiempo.

Levanté la vista cuando salió del baño y me sonrió, inclinándose y besándome en la frente. Me di la vuelta y me senté en la cama, apoyando la espalda en el cabecero. No era el momento de decírselo, sobre todo porque mi cerebro estaba muy confuso por el vino y el sexo. Se acercó a la cama y me miró con desconfianza antes de tirarse a la cama y ponerse a mi lado.

—¿Estás bien?

—Sí —dije, forzando una sonrisa—. Solo un poco borracha, eso es todo.

—Puedo traerte un poco de agua si quieres —dijo, frotando la parte superior de mi cabeza.

—No, estoy bien —respondí—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —dijo contento.

—¿Has salido alguna vez con una chica con un perro?

—Oh, no —dijo riéndose—. ¿Por qué? ¿Tienes un perro en tu casa?

—¿En mi casa? —Sacudí la cabeza—. No, no tengo un perro en mi casa. Solo tenía curiosidad.

En realidad, no estaba mintiendo. No tenía mi propio perro en mi apartamento. Sin embargo, lo que sí tenía era un negocio centrado en el cuidado de perros, gatos y otros muchos amigos peludos. Tenía un refugio al que acudía y, hasta que lo conocí, eran mi grupo de referencia y las criaturas que me hacían sentir bien cada vez que lo pasaba mal.

—Así que mañana es domingo —dijo—. ¿Quieres tener un domingo perezoso?

—Oh —dije, sintiéndome nerviosa—. Ojalá pudiera, pero tengo un montón de cosas que he estado descuidando en mi vida personal. Creo que me voy a tomar un día para mí.

—¿Un día «para mí» significa que no te puedo llamar?

—No —dije con una risa nerviosa—. Puedes llamar.

—Bien —dijo, satisfecho con mi respuesta—. De momento, ¿qué tal si encendemos la televisión y vemos qué hay?

—Perfecto —dije, sintiéndome un poco mejor al poder tener un tiempo para despejar mi cabeza y pensar en este problema desde un punto de vista sobrio.

Sin embargo, de momento, me acurruqué con Blaine y apoyé mi cabeza sobre su hombro mientras él paraba la televisión en *Demolition Man* y se sentaba a verla con entusiasmo. Era todo lo que quería en un compañero, pero el hecho de que odiara a los animales era un gran problema para mí. Al mismo tiempo, podía ver cómo el hecho de que yo amara a los animales, y que fueran mi vida, sería un problema muy grande para él. Si solo fuera el hecho de que me gustaran los perros, no sería un problema tan grande, pero tenía un negocio en el que hacía de los perros, y otras criaturas de peluche, el trabajo de mi vida. No quería decírselo. No quería pensar que era posible que algo así pudiera tener un impacto tan grande en nuestra relación.

Respiré hondo y me acurruqué en la cama, decidiendo apartar el tema de mi mente por esa noche y disfrutar de estar junto a él en la cama. Sabía que existía la posibilidad de que fuera la última vez que lo hiciera, y quería recordar exactamente lo increíble que era.

Capítulo 17

Blaine

El sol brillaba, era un día excepcionalmente hermoso en el exterior, y me sorprendió que me despertara sin ningún tipo de resaca. Después de haber colaborado en terminar dos botellas de vino y casi media caja de cerveza, supuse que esa mañana me sentiría como si me hubieran atropellado. Caminé por la casa, silbando y limpiando lo de la noche anterior. Reese ya se había marchado, había salido temprano esa mañana, y con bastante prisa. No me dio ninguna explicación por el hecho de que saliera corriendo sin siquiera despedirse realmente, pero no me lo tomé como algo personal. Supuse que o bien tenía planes o bien tenía que ver con su trabajo.

Dejé de hacer lo que estaba haciendo y levanté la vista, intentando recordar a qué se dedicaba realmente. Sabía que me había dicho que tenía su propio negocio, algo que había empezado justo después del instituto con su mejor amiga, pero no recordaba que me hubiera dicho nunca qué tipo de negocio era. En cualquier caso, fuera cual fuera el negocio de una persona, siempre surgían imprevistos que obligaban al propietario a salir corriendo a atenderlos. Me encogí de hombros y seguí limpiando.

Iba a ser un día largo si no me mantenía ocupado, y como ya rara vez tenía tiempo para hacer un buen entrenamiento, supuse que ese sería el primer punto de mi agenda del día. Cargué el lavavajillas, me puse unas zapatillas de deporte y me dirigí al gimnasio de mi casa, donde me subí a la cinta de correr e hice sonar la música por toda la casa. Después, me dirigí al banco de pesas, dándome cuenta de que iba a tener que empezar a hacer un poco más de ejercicio. Mis brazos estaban bastante débiles estos días. Nunca me había obsesionado. Nunca fui una rata de gimnasio, pero me gustaba mantenerme en forma. Me hacía la vida más fácil.

Después del gimnasio, me metí en la ducha y me lavé los restos de la noche anterior, y todo el sudor de mi entrenamiento. El olor del jabón llenó el cuarto de baño, despertándome aún más y mejorando mi estado de ánimo. Cuando terminé, completamente vestido y sintiéndome limpio, me dirigí a la cocina para preparar un batido y avena para el desayuno. Me senté en la barra de desayuno de la cocina y me puse a mirar el teléfono para ver los diferentes titulares sensacionalistas de las noticias. Cerré la aplicación de noticias y le envié un mensaje a Reese, haciéndole saber que estaba pensando en ella y viendo si estaba teniendo un buen día.

Continué con el día, decidiendo ponerme al día con los deportes durante un rato y relajarme. Sabía que tenía un montón de cosas para ponerme al día con el trabajo, pero aún no estaba preparado para hacerlo. Mirar la televisión durante unas horas definitivamente me relajó y, antes de darme cuenta, se había hecho la hora de comer. Apagué el televisor y me levanté, estirándome en el aire y mirando el horizonte de Filadelfia. Reese se me pasó por la cabeza, busqué en mi bolsillo y saqué el teléfono, dándome cuenta de que no me había contestado antes. Me encogí de

hombros y le envié otro mensaje antes de entrar en mi despacho y sentarme detrás del ordenador.

Revisé mis correos electrónicos, respondí a varios que no había contestado la semana anterior y empecé a ponerme al día con algunos pedidos que tenía que completar. Pronto empezaríamos un nuevo proyecto y algunas de las piezas que íbamos a utilizar estaban pendientes de pedido. Esto me hizo replantearme la idea de construir mis propias plantas de fabricación en lugar de trabajar con una empresa externa. Fui a escribirme una nota para investigarlo, pero me distraje cuando la batería baja del teléfono iluminó la pantalla. Todavía no había respuesta de Reese. Intenté sacudirme el pensamiento y continuar, pero ahora estaba completamente distraído por ese hecho. Cogí el teléfono y miré los mensajes que le había enviado, asegurándome de que no había dicho nada ofensivo. Ambos eran dulces y cariñosos, y ambos estaban marcados como enviados. Respiré profundamente y dejé el teléfono sobre la mesa, sacudiendo la cabeza.

Necesitaba concentrarme en el trabajo, y necesitaba pasar el día sin enloquecer porque Reese no me hubiera contestado todavía. Por lo que yo sabía, se había ido a casa y había caído rendida, con la resaca de todo el alcohol que había bebido. Sin embargo, había algo que no me gustaba. Sentía un nudo en el pecho y mi intuición me decía que era algo más que una resaca o una siesta inesperada. Intenté apartarlo de mi mente varias veces, pero finalmente, dejé de trabajar, suspirando profundamente y dándome cuenta de que no me iba a sentir mejor hasta que tuviera noticias de ella. Cogí el teléfono y me desplazé hasta su información de contacto, pulsando el botón de llamada y acercándolo a mi oído. Sonó y sonó en mi oído, pero poco después saltó el buzón de voz.

—Hola, Reese —dije, dándome cuenta de que no tenía ningún plan real si no respondía—. Soy Blaine, y solo llamaba para saber cómo estabas porque no había tenido noticias tuyas. Espero que estés teniendo un día fabuloso. Llámame cuando recibas esto, o envíame un mensaje para que sepa que estás bien.

Pulsé el botón de finalización y asentí con la cabeza, dejándolo sobre el escritorio que había a mi lado. En cuanto mis dedos se posaron sobre el teclado, mi teléfono empezó a sonar. Di un salto de emoción y lo cogí, cogiéndolo con torpeza y casi dejándolo caer al suelo. Cuando lo tuve en mis manos, lo giré y miré el nombre en la pantalla. Mi cara de felicidad se desvaneció rápidamente. No era Reese en absoluto. Era Caleb. Intenté no molestarme por ello, pero maldita sea, ¿por qué no me llamaba?

—Hola —dije con desazón.

—Bueno, suenas como la alegría de la huerta —dijo Caleb—. ¿Qué te pasa, gilipollas?

—Nada —suspiré.

—Mentira —respondió Caleb—. Suéltalo.

—Pensé que ibas a ser Reese —dije—. No me ha devuelto el mensaje ni la llamada hoy.

—Oh, oh —dijo Caleb—. ¿Pasó algo anoche?

—No, lo pasamos muy bien juntos anoche —dije—. Luego, después de tener un sexo increíble y alucinante, se puso un poco distante, pero supuse que era porque estaba borracha. Esta mañana se marchó a toda prisa y no he vuelto a hablar con ella.

—Estoy seguro de que no es nada —dijo Caleb—. Probablemente tenía una resaca loca y salió corriendo para ir a casa a dormir. Probablemente aún esté desmayada y no haya visto que

has llamado. En cualquier caso, amigo, tienes que relajarte.

—Me cuesta mucho hacer algo —respondí—. No puedo concentrarme en el trabajo. Me preocupa haber hecho algo y no darme cuenta, y me siento como un tonto por abrirme a ella.

—Eso es lo que se hace en las relaciones —dijo Caleb—. Te arriesgas y te abres. A veces funciona, y a veces no. Así son las cosas.

—Lo sé, es que estoy flipando —dije, soltando un profundo suspiro.

—Bueno, haz esto —dijo—. Termina tu trabajo, vístete y reúnete conmigo en *Dressler's* a las siete para cenar y tomar algo. Podemos hablar de ello allí. Además, lo último que necesitas es empezar a ser patético y sentarte en tu casa llorando en tu cerveza y hablando con tu IA.

—Yo no hablo con mi IA —dije a la defensiva.

—No actúes como si no se te hubiera pasado por la cabeza en el pasado —dijo riéndose—. No importa. ¿Qué te parece? ¿Cena y copas? ¿O voy a tener que ir a arrastrarte?

—Se suponía que iba a hablar con Reese esta noche, pero como no puedo contactar con ella, entonces claro —dije miserablemente—. Nos encontraremos allí a las siete, pero no voy allí para recoger chicas o emborracharme.

—Está bien —dijo—. Solo quiero cenar y tomar un poco de whisky con mi mejor amigo, que obviamente necesita que lo salve de sí mismo. Contrólate, hermano. Esto no es el fin del mundo. Dios, sueñas como una chica estresada por un chico.

—Como quieras —dije—. Te veo a las siete.

Respiré hondo y continué con mis pedidos, de hecho conseguí hacer el trabajo que necesitaba terminar. Probablemente miré mi teléfono cien veces, pero lo hice. Me levanté del escritorio y miré la hora, dándome cuenta de que ya eran cerca de las seis. Me vestí con un bonito traje, me peiné y me dirigí a *Dressler's* para encontrarme con Caleb. Cuando llegué, él ya estaba sentado, bebiendo un vaso de whisky y esperándome. Llevaba unos diez minutos de retraso, pero, de hecho, siempre llegaba tarde, así que no era nada nuevo.

—Hola, amigo —dijo Caleb cuando tomé asiento—. No llegas tan tarde como de costumbre. Estás mejorando en esto.

—Gracias —dije en voz baja.

—¿Todavía no tienes noticias de Reese?

—No —resoplé—. Es que no lo entiendo. No es propio de ella en absoluto. Suele responderme a los mensajes en una hora como máximo, y eso suele ser cuando está en el trabajo. El resto de las veces, solo tarda unos minutos. Ni siquiera ha intentado ponerse en contacto conmigo de ninguna manera.

—Bueno, hálbame de vosotros —dijo Caleb—. Quiero decir que ya lleváis un tiempo saliendo, y nunca me hablas de ella.

—Ella es genial —dije, sonriendo—. Tenemos los mismos intereses, le gustan los cómics, es fácil hablar con ella, es divertida y nos reímos constantemente.

—¿Y el sexo?

—Alucinante, tío —dije—. En serio, uno de los mejores que he tenido. Tal vez es solo porque es ella, pero parece que no puedo mantener mis manos fuera de ella. Ella me responde tan bien, y realmente podemos tener conversaciones intelectuales. Es una locura.

—Suenan genial —dijo Caleb, sonriendo a la camarera mientras nos traía dos bebidas—. La cosa es que esto te tiene atrapado. Es obvio que, a estas alturas, no se está comunicando contigo a propósito. Las chicas saben lo que ese tipo de mierda hace a una persona. Simplemente no entiendo cómo te involucraste tan rápido con esta chica. Quiero decir, tío, nunca te he visto enloquecer por algo como esto, incluso cuando las piezas de los proyectos llegan tarde. Es como si te tuviera comiendo de su mano, y ahora te está jodiendo.

—No, en serio —dije, inclinándome hacia delante—. Puedo prometerte que no es ese tipo de chica. Pasó algo que obviamente se me escapó, y ahora, está asustada.

Me recosté y escuché mientras Caleb seguía hablando, tratando de hacerme sentir mejor sobre la situación. Pero la realidad era que nada de lo que dijera me haría sentir mejor. Necesitaba hablar con ella, arreglar lo que fuera que estuviera pasando. Me di cuenta rápidamente de que mis sentimientos por ella iban mucho más allá de la lujuria, y ahora me preocupaba haberla perdido para siempre.

Capítulo 18

Una semana después (sábado)

Reese

Había pasado una semana desde la última vez que hablé con Blaine, pero sentía que estaba en una situación que no tendría buen final. Enfadarme se había convertido en mi nueva costumbre, y estaba desesperada por encontrar un poco de alivio, así que me levanté y me dirigí a la oficina para jugar un rato con los perros y tratar de despejar mi mente. Siempre tienen una forma de hacerme sentir mejor, incluso con un simple movimiento de la cola. Saludé a Lindsey al entrar, una de las empleadas del fin de semana, y me dirigí a los corrales. Cuando alcancé el pomo de la puerta, mi teléfono empezó a sonar en mi bolsillo. Aliviada por ver el nombre de Leena y no el de Blaine por una vez, contesté.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—He bajado a la tienda para despejarme —dije con un suspiro.

—¿Este asunto de Blaine todavía te tiene trastornada?

—Sí, es que no sé qué hacer —dije—. Sigue llamando y enviando mensajes de texto todos los días, y todavía no le he respondido ni una palabra.

—Bueno, quiero decir, te asustaste, y con razón —dijo Leena—. Sé que ha tenido una experiencia realmente traumática y que no sabes cómo decirle que eres la dueña de esta tienda, pero vas a tener que dejarlo ir o tomar la decisión de ser sincera con él. Piensa en cómo se está sintiendo ahora, sin poder contactar contigo.

—Lo sé —suspiré—. Es que no sé qué decir. Todo este asunto me tiene asustada. Tengo unos sentimientos muy profundos por este chico, y nunca pensé en el hecho de no especificar lo que hacía hasta que me contó su historia. Justo en ese momento, me perdí, completamente incapaz de procesar lo que debía hacer en esa situación. Quiero decírselo. De verdad, pero tengo miedo de que huya de mí, sobre todo ahora que va a parecer que retuve esa información a propósito y le engañé.

—Sé que tienes miedo —dijo ella—. Sé que te has abierto a un hombre por primera vez y que no quieres que te rompan el corazón, pero tienes que aguantarte y decirle la verdad.

—Lo sé —dije.

—O mejor aún, sorpréndelo con ello —dijo ella—. Quiero decir, que sea algo feliz. Llévale allí y deja que conozca a los cachorros. Enséñale de primera mano que no todos los animales son malos. Hazle ver que tu trabajo es tu vida, y que si confías en esas bolas de pelo, quizá él deba abrirse un poco y confiar en ellas también. Ni siquiera le digas a dónde lo vas a llevar. Solo dile que es una sorpresa. Así no podrá echarse atrás en el último segundo.

—Dios, tal vez tengas razón —dije, pensando en ello—. Quiero decir, podría estar molesto al principio, pero una vez que sostenga al Señor Floppy o vea los grandes ojos tristes de Rupard, no hay manera de que no se derrita. Sería un encuentro sorpresa, una forma de que se dé cuenta de que no todos los perros son crueles y malos. Y entonces podría explicarle por qué los perros se vuelven malos, para que entienda que con quien realmente debería enfadarse es con la persona que hizo que ese perro empezara a ser malo.

—Precisamente —dijo Leena.

—Gracias, Leena —dije con un profundo suspiro—. Realmente estaba pensando que iba a tener que terminar las cosas con él. Quiero decir, no quiero terminar las cosas con él, pero la forma en que todo se desarrolló fue un desastre.

—Lo sé —dijo ella—. Pero recuerda que esto no es nada seguro. Algunas personas tienen miedo a los perros, y no hay nada que puedas hacer para cambiar eso. Tienes que entrar sabiendo que existe la posibilidad de que te dé la espalda.

—Lo haré —dije—. Gracias de nuevo. Voy a pasar un rato aquí hoy y le llamaré cuando llegue a casa.

—De acuerdo —dijo—. ¡Buena suerte!

Colgué el teléfono y abrí la puerta de la perrera, caminando hasta la mitad y sentándome en el suelo contra la pared. Los perros frente a mí se callaron una vez que me reconocieron, y miré sus grandes ojos perrunos y me pregunté qué habría pasado para que ese perro atacara a Blaine cuando era apenas un niño. Pasó por algo tan horrible, y no podía culparlo por no querer estar cerca de los animales. Una gran parte de mí estaba muy emocionada por traerlo a la tienda, por darle la oportunidad de superar esa horrible experiencia después de todos estos años. La otra parte de mí estaba nerviosa, sabiendo que los miedos pueden sacar lo peor de ti, y que su miedo era mucho más que eso. Era una fobia real, probablemente restos de un trastorno de estrés postraumático no tratado de cuando era solo un niño. Tenía miedo de que al traerlo a este lugar desenterrara algunos viejos recuerdos, obligándolo a darme la espalda, forzándolo a decirme que todo había terminado.

Podía estar extremadamente feliz de sentir por fin que ese miedo agobiante desaparecía, o podía estar absolutamente furioso conmigo por obligarle a intentarlo. En cualquier caso, tanto mi carrera profesional como Blaine eran importantes para mí, y no podía rendirme y no intentarlo. Los animales eran mi medio de vida y mi terapia, pero él se había convertido en un sólido elemento básico y un maravilloso compañero en mi vida. Tenía que arriesgarme y esperar no tener que renunciar a uno para tener al otro. Por mucho que me preocupara por él, no sabía si podría alejarme de esto.

Respiré profundamente y me puse en pie, decidiendo que no iba a pensar más en ello. Entré en la sala de exploración y sonreí a los cachorros que correteaban por su recinto. Eran tan adorables y crecían tan rápido. Volví a sentarme en el suelo y abrí la puerta, dejando que el Señor Floppy saliera corriendo, riendo mientras tropezaba con sus orejas. Me pasé el resto de la tarde allí mismo, jugando con los cachorros, dándoles besos y asegurándome de que estaban sanos y salvos. Eran mis animales favoritos de la tienda en este momento, y tenía que empezar a intentar encontrarles un hogar. Sabía que serían los perfectos para presentar a Blaine primero.

Me había encariñado mucho con Blaine, esperando sus mensajes, sus llamadas y todo lo demás a diario. Me hacía iluminarme, sentirme completa de nuevo, y realmente se había abierto a mí, sobre todo últimamente. Había descubierto que era tan torpe y tan empollón como yo. Solo que lo ocultaba mejor que yo. Me había robado el corazón. No había otra forma de describirlo. Fue como si cuando le di mi virginidad, él me diera algo a cambio, y no me refiero solo a su polla. Me dio una visión interna de quién era, y me sentí fatal por haberle dejado de lado la última semana.

Miré al cachorro que me devolvía la mirada con sus grandes ojos marrones. Estaba segura de que cuando respirara profundamente y mirara a los ojos a uno de estos cachorros, no habría forma de que no se derritiera. Eran extremadamente dulces y no harían daño a una mosca, lo que era la manera perfecta de introducir de nuevo a los perros en su vida. Sabía que una vez que abriera su mente a ellos como lo hizo conmigo, los amaría con todo lo que tenía. No intentaba cambiarle de ninguna manera, pero sí ayudarlo a superar esto.

Saqué mi teléfono y me puse a leer los mensajes que me había enviado. Después del primer par, dejé de leerlos, no quería sentirme peor de lo que ya me sentía. A medida que avanzaba lentamente por los mensajes, me di cuenta de que lo había estado evitando mucho. Probablemente me odiaba en ese momento, y empecé a sentirme muy, muy mal por ello. Nunca fue mi intención herirlo o alejarlo. Solo necesitaba pensar y averiguar cómo podía arreglar lo que no me había dado cuenta que había roto hasta que fue demasiado tarde. Solo sabía que no quería que esto terminara, y haría todo lo posible para que no fuera así.

Ayudé al equipo de fin de semana a cerrar por la noche, sabiendo que volverían por la mañana temprano para ocuparse de los animales. Sonreí mientras me despedía de ellos y me dirigí a mi coche, sintiendo que el frío en el aire era cada vez mayor. No podía esperar a llegar a casa y taparme con una manta, que fue exactamente lo que hice. Subí a mi apartamento y entré por la puerta, tirando mi bolsa a un lado y dejándome caer en el sofá. Cogí la manta de lana del rincón y me la puse por encima, haciéndome un ovillo. Saqué mi teléfono y marqué a Blaine, con mariposas revoloteando por mi pecho.

—¿Reese?

—Hola, Blaine —dije en voz baja—. Antes de que digas nada, quiero disculparme por haber estado desaparecida durante la última semana.

—¿Qué pasó?

—Es una historia muy larga —dije con un suspiro—. Bueno, no es una larga historia, pero es algo que quiero explicarte en persona.

—De acuerdo —dijo con recelo.

—¿Qué vas a hacer mañana?

—Yo... no tenía ningún plan —dijo.

—¿Me dejarías ir a prepararte el desayuno?

—Todo lo que hay en mí basado en la inteligencia dice «no» —dijo—. Pero todo lo demás grita «sí».

—Bien —dije con un suspiro—. Iré mañana temprano, te haré tu tortilla favorita y luego quiero llevarte a un sitio. Es una sorpresa, pero también explicará por qué desaparecí como lo

hice.

—De acuerdo —dijo.

—Mira, sé que te he hecho daño, pero no era mi intención —dije—. Nunca dejé de pensar en ti, pero tardé hasta hoy en encontrar una respuesta al problema que se me planteaba.

—Bueno, estoy deseando que me lo cuentes todo, sobre todo si lo has resuelto —dijo.

—Puede que lo haya resuelto —dije—. Todo dependerá de ti.

—Vale, esto empieza a parecer una locura —dijo riéndose—. ¿No puedes al menos darme una pista de a dónde me llevas?

—No —dije con una sonrisa.

—¿Ni siquiera qué debo llevar? —preguntó, riendo—. ¿Si debo llevar un arma, si debo llevar un chaleco antibalas?

—Mmm, si los clientes de donde te voy a llevar tienen armas, estamos todos en la mierda. —
Me reí.

—Esto suena aterrador —respondió.

—No te asustes —dije—. Todo va a salir bien, y solo tienes que esperar y ver.

Hablamos un par de minutos más y luego colgamos el teléfono. Me sentí mejor sabiendo que me iba a dar la oportunidad de explicarme, pero estaba aún más nerviosa por llevarlo a la tienda. Lo último que quería era alejarle o hacer que se sintiera incómodo, pero esta era la mejor manera que se me ocurría para ayudarlo y revelar el secreto por el que me había pasado una semana evitándole. Tendría que cruzar los dedos para que todo saliera bien.

Capítulo 19

Blaine

Me desperté con el sonido del timbre que me llamaba desde el piso de abajo. Reese estaba allí antes del amanecer, lista para ponerse a cocinar en mi cocina. Me acerqué a la puerta y la dejé pasar, frotándome los ojos mientras entraba. Sentí que me invadía una gran calma al saber que estaba de nuevo en mi apartamento y cerca de mí. Le sonreí al entrar, cerrando los ojos cuando se inclinó y me besó suavemente la mejilla. Me saltaron chispas en el pecho al sentir su piel cerca de la mía y la seguí hasta la cocina, tomando asiento en la barra de desayuno. Puso una bolsa de tela en la encimera y sacó cosas del supermercado, me conocía demasiado bien, ya que apenas guardaba comida de ese tipo en la casa.

Me miró por encima del hombro y sonrió, alineando todo y luego revisando los armarios en busca de las ollas y sartenes que necesitaba. Le indiqué dónde guardaba el café y me alegró ver que esa era su primera orden de trabajo. Solo estaba medio despierto, ya que había pasado la mitad de la noche pensando en lo que me llevaría a hacer. Mi ansiedad me había superado y ahora estaba más que cansado y un poco malhumorado.

—Mientras preparo el café, ¿por qué no te metes en la ducha y te preparas? —preguntó con una sonrisa nerviosa—. Nos vamos a ir justo después de comer.

—De acuerdo —dije, obligándome a bajar del taburete—. Vuelvo en un rato.

Entré en el dormitorio y abrí la ducha, temblando mientras me quitaba la ropa. Había empezado el frío en Filadelfia, y estaba empezando a darme cuenta. Me metí en la ducha caliente y llena de vapor y me apresuré a limpiarme bien con el jabón y a lavarme el pelo antes de salir y secarme. Elegí unos vaqueros y un jersey para ponerme, sin saber cuál sería el destino. Cuando volví a salir, Reese estaba terminando de servirnos a los dos una taza de café. Volví a sentarme en la barra y cogí el café, sonriendo mientras me pasaba un plato con una tortilla, beicon y tostadas.

—Así que —dije, tomando un bocado de la tortilla— ¿me vas a decir ahora a dónde me vas a llevar?

Ella sonrió.

—No, no hasta que lleguemos allí, o al menos, casi allí.

—Quiero que sepas que realmente odio las sorpresas —dije, arrugando la nariz.

—No, no las odias. Nadie odia las sorpresas. —Se rio—. Solo estás siendo impaciente.

—¿Cómo has estado estos días? —le pregunté.

—Bien —dijo ella, bajando la mirada—. Quiero decir, lo mejor que se podía estar con todo esto mareando mi mente.

—No entiendo por qué no puedes decírmelo —contesté—. Quiero decir, ¿no sería más fácil?

—No lo sé —dijo ella, suspirando—. Pero sí sé que al llevarte a donde yo quiero, estoy matando dos pájaros de un tiro.

—De acuerdo —dije, suspirando—. ¿Necesitamos el coche?

—No, yo conduzco —dijo ella—. No está muy lejos de aquí, y quiero que seamos solo tú y yo.

—Suenan bien —respondí, comiendo otro bocado.

Terminamos el desayuno y Reese lavó los platos antes de salir. Estaba nervioso, al no estar acostumbrado a que alguien planeara una sorpresa para mí, aunque tenía el presentimiento de que la sorpresa no era necesariamente algo bueno. Me subí en el asiento del copiloto y me abroché el cinturón de seguridad, sonriendo a Reese mientras arrancaba su todoterreno y lo ponía en marcha. Abandonamos el aparcamiento y salimos a la calle, alejándonos del centro de la ciudad. Dio varias vueltas mientras nos dirigíamos al lugar misterioso, y todo estaba en silencio mientras conducía. Miré las manos de Reese, y parecía nerviosa, agarrando el volante con tanta fuerza que sus nudillos se estaban poniendo blancos. Quería consolarla, pero no tenía ni idea de por qué iba a consolarla. Después de unos quince minutos, entró en un pequeño aparcamiento en las afueras de la ciudad. El edificio que teníamos delante era pequeño y gris, y ella había aparcado en la parte de atrás.

—Así que aquí estamos —dijo respirando profundamente—. Quiero que prometas escucharme completamente antes de reaccionar.

—De acuerdo —dije con desconfianza.

—Esta es mi empresa —dijo—. Tengo un negocio de cuidado de mascotas. Lo tengo desde que me gradué, como te dije. Comenzó como un pequeño negocio en la casa de mis padres, y creció rápidamente. Entonces, el año pasado, compramos este edificio, y el resto es historia. Alojamos a los perros, los cuidamos, hacemos tratamientos menores contra las pulgas, vacunas, cosas así. Y acojo a los cachorros a los que la gente no puede encontrar un hogar. Los cuido y luego les encuentro un hogar a través de mi red de gente.

—Vaya —dije, completamente sorprendido de que me hubiera ocultado esto.

—Cuando me contaste tu historia la última vez que te vi, me asusté —admitió—. Es decir, no fue a propósito el no decirte que tenía esto. De hecho, pensé que lo había hecho. Pero cuando me contaste la historia, me di cuenta de que iba a parecer que te lo había ocultado. Leena, mi mejor amiga, y yo hemos hecho de esto nuestra carrera profesional, construyéndolo desde cero. Los animales se han convertido en mi vida. Tu historia me rompió el corazón. Quiero decir, realmente me rompió el corazón. Sé que los perros pueden ser malos, los que son maltratados, reciben abusos e incluso son cruzados, pero lo que sé de ellos es que son seres inteligentes, amables y compasivos. Pensé que tal vez si te traía aquí y te presentaba a algunos de mis cachorros, podría ayudarte a superar tu miedo. Pensé que tal vez podría ayudarte, y al mismo tiempo, explicar por qué desaparecí.

—Esa es una historia muy dulce —dije, sintiendo que la ira subía en mi pecho—. No, de verdad. Has pensado mucho en cómo «ayudarme». Pero no necesito tu ayuda, Reese. Necesito que respetes mis sentimientos sobre las cosas. ¿Crees que si voy a un centro de cuidado de animales y juego con un cachorro me curaré de forma mágica? No voy a ir allí, fin de la historia.

—Blaine, yo...

—No —dije, interrumpiéndola—. De verdad que tienes valor, entrando en mi vida, haciendo que confíe en ti, y luego haciendo este tipo de mierdas. ¿Realmente crees que los animales tienen todas las respuestas? Porque si es así, hay algo muy malo en ti. Los animales son solo eso, animales, y son impredecibles, a veces malos, y definitivamente no es lo que quiero ver en mi tarde de domingo. ¿Sabes qué? No quiero seguir haciendo esto. Llévame a casa.

—¿No quieres hacer qué?

—Esto —dije, señalando entre los dos—. Nada de esto, en realidad. No tenías derecho a traerme aquí y ponerme en un aprieto así. Fue inmaduro y desconsiderado, y si no lo viste desde el principio, entonces tú y yo no deberíamos vernos más. Dios, Reese, ¿cómo puedes ser tan estúpida?

—Basta —gritó ella, apretando los dientes—. Lo entiendo. Entiendo que quieras irte. No necesito escuchar más. Lo siento por esto. Realmente pensé que al menos le darías una oportunidad.

—¿Por qué? ¿Porque sientes pena por mí?

—No me das pena —dijo en voz baja—. Solo quería que formaras parte de mi vida, pero eso ya no importa.

Salió del aparcamiento y pisó el acelerador, dirigiéndose a mi apartamento. Una parte de mí quería sentirse mal, pero en ese momento estaba absolutamente furioso. Había intentado arrinconarme, y nunca me ha ido bien cuando alguien lo ha intentado. Me gustaba tener el control de mi propia vida y no ser obligado a hacer cosas que no tenían sentido para mí o que me hacían sentir muy incómodo. No tenía ni idea de cómo me sentía y de lo que significaba tener verdadero miedo a algo así.

Cuando llegamos de nuevo al complejo, ella se detuvo en la parte delantera y mantuvo su cuerpo mirando al frente. La miré por un momento y sacudí la cabeza, esperando que dijera algo, pero se quedó callada. Pude ver que las lágrimas le caían de los ojos, pero me limité a bajar la mirada, agarrar el pomo de la puerta del coche y salir. En cuanto se cerró la puerta, se marchó y yo me di la vuelta, caminando furiosamente hacia el edificio. Subí hasta el último piso, tratando de decirme a mí mismo que tenía todo el derecho a estar enfadado. Al principio, me paseé por el piso, pero después de unos veinte minutos, me calmé lo suficiente como para sentarme en el sofá y empezar a pensar realmente en lo que había pasado.

Conocía a Reese, aunque no lleváramos tanto tiempo saliendo. La conocía y sabía que no haría algo intencionadamente para que me molestara o enfadara. Sin embargo, no podía creer que me hubiera puesto en esa situación. Empecé a cuestionar mi reacción y me pregunté si tal vez había sido demasiado duro con ella. Era una persona dulce y, por su reacción a mi historia, era evidente que le aterraba perderme. Creí que realmente pensaba que esa era la mejor respuesta al problema. Creía realmente que me ayudaría a superar el horror de mi infancia, y era obvio que realmente se preocupaba por estos animales. Quería compartir eso conmigo, pero después de que le contara lo que había pasado, no sabía cómo manejarlo. Esto era muy confuso, sobre todo porque me resultaba muy difícil creer que acababa de romper completamente con ella. Nunca tomaba decisiones emocionales, porque cuando lo hacía, pasaban cosas como esta.

Sin embargo, de pie en mi apartamento, mirando el horizonte de Filadelfia, no pude evitar pensar en todas las veces que dejé a los amigos, a las chicas e incluso a familiares porque querían empujarme a un perro. Si los conocía lo suficiente como para acudir a una reunión íntima en su casa, entonces sabían que no podía manejar a los perros, pero aun así la gente intentaba obligarme a que me gustaran, esperando a que llegara para soltar al perro a mi alrededor. No comprendía lo que esta gente no entendía sobre el hecho de que yo no quería estar cerca de este tipo de animales.

Me gustaba mucho Reese. De hecho, estaba bastante seguro de que me estaba enamorando de ella a lo grande. Sabía que no estaría ni de lejos tan alterado si no tuviera fuertes sentimientos por ella. Sin embargo, lo que sucedía ahora era que me enfrentaba a mi orgullo y trataba de decidir si esta intromisión en mi comodidad era lo suficientemente mala como para dejarla marchar para siempre. No era muy bueno en este tipo de cosas, ni tenía a nadie con quien pudiera hablar de ello, así que me quedé solo, estrujando mi cerebro y tratando de decidir qué debía hacer. Consideré la posibilidad de preguntarle a mi IA, pero me di cuenta de que no haría nada más que dirigirme a cualquier búsqueda en Internet que se activara cuando hiciera la pregunta. Además, Caleb ya me había advertido que el día que empezara a hablar con mi IA sería el día en que me metería en una residencia.

No sabía qué hacer, pero sí sabía que una vida sin Reese me parecía completamente insoportable.

Capítulo 20

Reese

Me dirigí al trabajo, sabiendo que no solo era lunes, el comienzo de mi semana, sino que tenía que lidiar con lo que había sucedido el día anterior. Sabía que Leena me había advertido que estuviera preparada para lo peor, pero ese consejo me entró por un oído y me salió por el otro. No estaba preparada en absoluto para la reacción de Blaine, y me hizo sentir absolutamente mal. Le hice venir al refugio, pensando que si no tenía salida se enfrentaría al problema, pero obviamente, por muy buenas que fueran mis intenciones, esa fue la peor manera de manejar la situación. Nunca quise que reaccionara como lo hizo, pero definitivamente fue un pánico de libro de alguien que tenía una fobia. Lo que más me costó fue el hecho de que no solo fracasé en mi intento de ayudarlo, sino que también fui y conseguí que me dejara el único chico del que me había enamorado.

Lo que debería haber hecho es sentarme y hablar con él, decirle la verdad antes de soltarle algo así. Debería haberle dado la oportunidad de elegir, sabiendo que aunque se negara entonces, tal vez con el tiempo podría abrirse camino. En lugar de eso, me dediqué a meterme en su vida, a tomar decisiones por él y a jugar al psiquiatra. Si fuera tan fácil curar su fobia, ya lo habría hecho.

Dios, me sentí como una idiota, y me dolió mucho el corazón. Qué manera de terminar una de mis primeras relaciones realmente serias, con el corazón roto por mis propias acciones, lidiando con un hombre enojado por mi culpa, y ahora, con una cantidad extrema de culpa, también por mi propia culpa.

Me quedé en el mostrador, con los ojos hinchados de llorar toda la noche, y miré por la ventana los coches que pasaban por la calle. Me sentía mal, y aunque sabía que ir a ver a mis cachorros me haría sentir mejor, no sentía que mereciera sentirme mejor. Me había comportado como una imbécil. Sacudí la cabeza cuando oí que se acercaban unos pasos, respiré hondo y puse cara de valiente. Me di la vuelta y encontré a Leena mirándome fijamente, con una expresión de preocupación en su rostro. Inclino la cabeza hacia un lado y avanzó, rodeándome con sus brazos y abrazándome con fuerza. Supongo que mi falsa cara de valiente no era tan convincente como pensaba. Leena nunca abrazaba a nadie.

—¿Estás bien? —preguntó, apartándome el pelo de la cara—. Parece que alguien ha atropellado a tu hámster.

—No —dije, tratando de luchar contra las lágrimas—. No estoy bien en absoluto.

—Así de mal, ¿eh?

—Peor —dije con un suspiro—. Mi vida está acabada.

—Vale, bajemos el drama como dos niveles —dijo dulcemente mientras se reía.

—Lo siento —dije, haciendo una mueca—. Lo arruiné todo, y aunque me advertiste, no lo vi venir en absoluto. La destrucción total de mi vida personal me cegó, y me quedé tartamudeando entre lágrimas y vodka.

—Oh. —Hizo una mueca—. ¿Era malo el vodka?

—Bastaba con beber cualquier cosa que pudiera tener en mis manos. —Me soné—. Habría bebido licor de malta si hubiera sido mi única opción.

—Señor, Reese —dijo, guiándome hacia una silla—. Cuéntame qué pasó.

—Bueno, lo llamé después de que colgáramos el teléfono esa noche —dije—. Y me disculpé por estar distante y le pedí que me dejara prepararle el desayuno y llevarle a un sitio que explicara por qué había desaparecido. Le pareció bien, así que a la mañana siguiente me presenté bien temprano, le preparé su desayuno favorito y lo traje hasta aquí.

—Bien, ¿qué pasó entonces?

—Le conté todo —dije, encogiéndome de hombros—. Le conté que tú y yo éramos las dueñas de este lugar, que no me había dado cuenta de que no le había dicho qué tipo de negocio era hasta después de escuchar su historia, y que pensé que traerlo aquí lo ayudaría a superar sus miedos.

—Y asumo que aquí es donde se puso mal —dijo ella, haciendo una mueca de nuevo.

—Se puso histérico conmigo, me llamó egoísta, me dijo que los animales eran solo eso, animales, y luego —dije, empezando a llorar—. Y luego rompió conmigo y salió del coche de un salto cuando llegamos a su apartamento.

—Vaya —dijo, inclinándose hacia atrás—. Eso es malo.

—Se supone que tú eres la que tiene la sabiduría que me hace sentir mejor —dije, llorando—. ¿Dónde está tu sabiduría, maldita sea?

—Reese —dijo ella, suspirando—. Ni siquiera sé qué decir de todo eso. Quiero decir, tenía razón en la forma en que reaccionó, y sabíamos que podría suceder. Solo esperábamos que no lo hiciera. Escucha, si realmente siente eso por los animales, y ni siquiera pudo soportar venir a ver a un cachorro y tratar de compartir su vida contigo, entonces no era el tipo adecuado para ti. Sé que estás destrozada. Créeme, sé lo que se siente, pero piensa en quién ha estado siempre ahí. Esas cabecitas peludas de la parte de atrás que están endemoniadamente tristes porque no les has mostrado tu cara sonriente hoy.

—¿De verdad piensas eso? ¿Que no era el hombre adecuado para mí?

—Creo que si él no pudo superar su miedo y ver que estás viviendo tu sueño y que honestamente estabas tratando de ayudarlo, entonces no, no creo que fuera el tipo adecuado para ti —dijo ella—. Quiero decir, ¿ha intentado ponerse en contacto contigo hoy? Tal vez se haya calmado lo suficiente como para volver a plantearse lo de la ruptura.

—No. —Resoplé—. No ha contactado conmigo en absoluto. Tiene mucho miedo a los perros, y debería haberlo visto desde el principio. Me resulta muy difícil de entender porque los quiero tanto. Los perros, y los gatos en realidad, han sido una fuente de terapia para mí toda mi vida. Los quiero como a las personas, probablemente más que eso. Son leales, dulces, amables, y se desviven por estar cerca de ti, sobre todo cuando perciben que estás enfermo o triste, o cualquiera de esas cosas.

—Así es —dijo Leena—. Los animales son lo que más alegrías nos han dado. Nos aportaron la capacidad de cuidarnos, y en las horas más oscuras, podemos acudir a ellos y nunca nos abandonan.

—Supongo que quería que viera a los animales como yo —dije, poniéndome de pie y caminando hacia la puerta—. Quería que sintiera el mismo amor que ellos me daban a mí todos los días sin faltar ni uno.

—Y lo entiendo —resonó la voz de Blaine al doblar la esquina y situarse junto al escritorio.

Me quedé con la boca abierta y miré a Leena, que miraba de un lado a otro hacia los dos. Me miró a mí y me hizo una señal para que me limpiara los ojos, ya que probablemente mi maquillaje estaba cayendo por mi cara en ese momento. Respiré hondo y me arreglé, caminando lentamente hacia él. Leena parecía incómoda y empezó a retroceder.

—Estaré en la perrera si me necesitas —susurró.

Asentí con la cabeza y me acerqué al escritorio, bajando la cabeza y retorciéndome las manos. No sabía qué decir más allá de lo que él ya había oído. Quería abrazarlo, besarlo y agradecerle que hubiera venido, pero ni siquiera estaba segura de por qué había vuelto. Lo observé mientras miraba los diferentes cuadros de animales en las paredes del vestíbulo. Me di cuenta de que estaba nervioso estando allí, pero había puesto su cara de valiente y había entrado para hablar conmigo. No quería ser presuntuosa y empezar a hablar, pero el silencio me estaba matando.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—No estoy del todo seguro —dijo, sonriendo—. Quiero decir, estaba muy enfadado contigo, muy enfadado, pero una vez que me calmé, empecé a entender mejor por qué hiciste lo que hiciste.

—Blaine, nunca quise arrinconarte —dije, sacudiendo la cabeza—. Me importas mucho, y me aterrorizaba que el hecho de que yo tuviera este negocio fuera a hacer que quisieras romper conmigo. Al final, acabaste rompiendo conmigo de todos modos. Debería haber ido a verte, sentarme contigo y explicarte lo que pasó. Supongo que todavía no soy muy buena en estas cosas, y traté de ayudarte en lugar de darte cuenta de que eras fuerte e independiente y no necesitabas mi ayuda.

—Eso no es necesariamente cierto —dijo, sonriendo—. Creo que tuviste una muy buena idea al respecto. Creo que puedes haber dado con algo. Así que no he venido aquí para disculparme por haberte atacado y rogarte que vuelvas a ser mi novia, sino que he pensado que tal vez podrías enseñarme los alrededores. ¿Quién sabe? Quizá vea un cachorro que quiera acariciar.

Rodeé el escritorio y corrí a sus brazos, lo abracé con fuerza y lo besé en la mejilla. Después de todo eso, realmente se preocupaba por mí como yo creía, y estaba dispuesto a perdonarme por lo que había hecho. Estaba más que extasiada.

—No me debes una disculpa —susurré—. Y por supuesto, quiero ser tu novia. Vamos. Deja que te enseñe el lugar.

Lo tomé de la mano y lo guie por el edificio, mostrándole las diferentes habitaciones, incluidas las perreras. Me di cuenta de que no estaba preparado para enfrentarse a uno de los perros adultos, así que le mostré la sala donde el Señor Floppy estaba atormentando a sus hermanos y hermanas. Lo cogí y me acerqué a Blaine, observando cómo extendía tímidamente la

mano y luego se relajaba mientras el cachorro le lamía los dedos. Fue un momento realmente sorprendente entre los dos. No significaba que pudiera esperar que fuera a fundar una granja de perros o que se acercara a las perreras a corto plazo, pero era un comienzo. Al final del día, se paseaba con el Señor Floppy bajo el brazo y observaba cómo hacíamos nuestro trabajo.

—Muy bien —dijo, devolviéndome el cachorro e inclinándose para besar mis labios—. Tengo que irme. Tengo trabajo que me dejé por terminar hoy, pero gracias por todo esto. Ha sido un placer.

—Cuando quieras —dije, sonriendo—. Aquí estoy cinco días a la semana, a veces más.

—Entonces, ¿quieres venir mañana por la noche a cenar?

—Me encantaría —dije, con una gran sonrisa.

—Genial, debería estar allí a las seis, y pediré comida para llevar, así no tendrás que cocinar —dijo tímidamente—. Yo cocinaría, pero nadie quiere ver eso.

—De acuerdo. —Me reí, saludando con la mano mientras se daba la vuelta y salía del edificio.

Me acerqué el cachorro a la cara y le besé la nariz, felicitándole por un trabajo bien hecho. Ese hombre estaba lleno de sorpresas, y no podía creer el giro que había dado mi día. Realmente me importaba Blaine, incluso más de lo que creía antes, y por el aspecto de su cambio de opinión, él también sentía lo mismo. No podía esperar a ver qué nos depararía el futuro.

Capítulo 21

Dos meses después

Blaine

—Hola, cariño —dije con preocupación en mi voz—. ¿Cómo te sientes?

—Como una mierda —dijo ella—. No sé. Siento como si mi estómago fuera arrasado, cada vez que me muevo.

—¿Has comido algo?

—Lo he intentado, pero ni siquiera llega a hacer la digestión antes de volver a subir —dijo débilmente—. Es como la gripe estomacal del infierno.

—Ay, pues quédate en casa, mantente caliente y tumbate ahí en el sofá —dije—. Ahora es un asco, pero estoy seguro de que se pasará. Estas cosas no suelen durar mucho tiempo.

—Echo de menos a mis cachorros —gimió.

—Bueno, seguro que ellos también te echan de menos a ti —contesté—. Descansa un poco. Iré a ver cómo estás a la hora de la comida.

Colgué el teléfono y sonreí, no porque estuviera enferma, sino porque pude escuchar su voz. Habían pasado dos meses desde que fui a su tienda y conocí al Señor Floppy. En realidad, una semana más tarde descubrimos que el Señor Floppy era en realidad una señorita, pero en cualquier caso, me encantaba esa pequeña bola de pelo. Reese y yo pasamos casi todos los días juntos después de eso, sin querer perder ni un momento. Estar separados durante menos de un día acabó siendo las peores doce horas de mi vida, así que no estaba dispuesto a separarme más de ella. En realidad, el hecho de que estuviera enferma fue la razón por la que, por primera vez en esos dos meses, estuvimos separados, pero ella insistió, no quería contagiarme lo que tenía.

El día que volví a la tienda para recuperar a Reese, me di cuenta de que mis sentimientos por ella eran intensos. No tardé en darme cuenta de que estaba completamente enamorado de ella. Sin embargo, aún no se lo había dicho. Quería que fuera especial, y quería ver hacia dónde iban a ir las cosas. En ese momento, sin embargo, sentado allí sin poder ayudarla a superar la enfermedad, sabía que no podía imaginar mi vida sin ella, y sabía que mi amor por ella había crecido exponencialmente en muy poco tiempo.

Ahora podía ver mi futuro con Reese con mucha claridad, y no había ninguna duda sobre el tipo de pareja que seríamos. Ella quería ver el mundo, al igual que yo, y nos imaginaba de la mano, explorando los confines de la tierra, encontrando cosas nuevas, experimentando la belleza de la vida. Yo tenía la posibilidad de irme cuando quisiera, y podía hacer fácilmente que su empresa fuera lo suficientemente viable como para que el negocio continuara sin problemas mientras nos íbamos. Ahora mismo estaba enferma, así que no iba a sacar el tema todavía, pero

no me cabía duda de que necesitaba saber cuánto la quería y hacia dónde quería llevar nuestra relación.

Sacudí la cabeza, dándome cuenta de que tenía que concentrarme en mi trabajo o nunca conseguiría poner en marcha este nuevo proyecto. Abrí los documentos en línea y empecé a revisar el protocolo que la dirección del proyecto había establecido. Todo parecía perfecto, tal y como supuse que sería, ya que habíamos estado trabajando en esto día tras día durante varios meses.

—Señor Butler —dijo mi secretaria a través del interfono—. El señor Haynes está aquí para verlo.

—Que pase —dije con una agradable sorpresa en mi tono.

—Caleb —dije con alegría cuando entró en mi despacho.

—Blaine —respondió él, avanzando y dándome un abrazo—. Me alegro de verte.

—Yo también —dije, sentándome mientras él también tomaba asiento.

—Solo pensé en pasar por aquí y ver cómo estabas —dijo, sonriendo.

—Estoy muy bien —respondí.

—¿Y Reese?

—Está bien, aunque tiene un poco de malestar estomacal —respondí.

—Pensé que esa temporada había terminado. —Se rio—. Bueno, espero que se sienta mejor. Supongo que las cosas van bien entre vosotros, entonces.

—Tío, es fantástico —dije, sonriendo.

—Me alegra escuchar eso —respondió—. Realmente te mereces ser feliz. Os he tenido a los dos en mi mente.

—Gracias, eso significa mucho —dije, sacudiendo la cabeza.

—Ya lo veo. —Se rio—. La enorme boda que nunca quisiste, solo que en lugar de gente, asistirán unos trescientos cachorros.

—Eso parece una pesadilla —dije, haciendo una mueca.

—¿Cómo te va con todo el tema de los perros?

—La verdad es que va bastante bien —dije, respirando profundamente—. Me hice amigo de una hace un par de meses. Es bastante adorable.

—Eso es bueno —dijo, riendo—. Es bueno saber que estás haciendo amigos. ¿Y qué hay del trabajo? No lo has mencionado para nada.

—Nos va fenomenal —respondí—. Tenemos el nuevo programa que saldrá a la venta en un par de meses. Es la réplica del sistema de IA que hice para mi casa. Reese me hizo ver que era estúpido guardarlo para mí. A la gente le encantaría. La respuesta ha sido abrumadora, y ya tenemos un cuarto de millón de pedidos anticipados.

—Vaya —dijo, sacudiendo la cabeza—. Es increíble, aunque me da un poco de miedo. Me alegro de que hayas encontrado a Reese a tiempo.

—¿A tiempo para qué?

—A tiempo para salvarte de empezar una relación con tu IA —dijo, riendo—. Estaba empezando a preocuparme por ti.

—No me gustan las morenas —dije, sonriendo—. De todos modos, ella no era realmente mi

tipo. Me gusta poder ver a las mujeres antes de acostarme con ellas.

—No pensabas así cuando te emborrachabas en su día —dijo, riendo.

—Es cierto, pero todos maduramos alguna vez —respondí—. Tú, en cambio, seguirás siendo un niño para siempre.

—Probablemente —dijo—. Bueno, escucha, solo tengo unos minutos. Estoy almorzando, pero quería pasarme y obtener la versión rápida.

—Gracias por venir, tío, echo de menos verte —dije, poniéndome de pie y estrechando su mano—. Tenemos que reunirnos pronto.

—Lo haremos —dijo—. Quedaremos a tomar unas cervezas y hablar de todo en un ambiente menos formal.

—Como la parte de atrás de un bar sucio —dije, riendo.

—Precisamente —dijo, caminando hacia la puerta—. Cuídate y saluda a Reese de mi parte.

Asentí con la cabeza y lo vi salir por la puerta, siempre disfrutaba cuando se detenía a hablar. Echaba de menos estar cerca de él, tomar copas con él y hablar de cosas. Tenía la intención de cumplir mi promesa de ir a tomar algo con él pronto. Miré el reloj y me di cuenta de que eran más de las doce. Cogí mi chaqueta y avisé a mi secretaria de que me iba a comer.

Cuando salí del edificio, caminé dos manzanas hasta una pequeña cafetería increíble y compré un litro de sopa de pollo con fideos y un poco de ginger ale y cogí un taxi, no quería perder tiempo en volver al edificio a por el coche. Me dirigí directamente al apartamento de Reese, emocionado por verla, pero sintiéndome fatal por no tener nada mejor que ofrecer que una sopa y un refresco. Miré la ventana de su apartamento antes de entrar por la puerta principal y subir las escaleras. Con suerte, no iba a despertarla.

Me paré en la puerta y llamé con fuerza, escuchando sus pequeños pasos arrastrando los pies por el suelo de madera. Abrió la puerta y se quedó mirándome, inclinando la cabeza hacia un lado y suspirando profundamente. Tenía un aspecto terrible, la cara del color del papel, los ojos inyectados en sangre y las manos temblorosas. La miré con tristeza y me incliné hacia ella, besándole la frente. Al menos no parecía tener fiebre, aunque era extraño para lo enferma que estaba.

—Sabes que no deberías estar aquí —dijo en voz baja—. No quiero contagiarte esta plaga viral. Es absolutamente terrible. Deberías ponerme en cuarentena a mí y probablemente también a mis vecinos, por la ventilación.

—Tonterías —dije, pasando junto a ella hacia el interior del apartamento—. Te he traído sopa y un poco de ginger ale.

—Por mucho que lo agradezca, me abstengo de probar nada más, excepto agua —gimió—. Solo quiero como una hora de no vomitar mis tripas.

—Lo pondré en la nevera, y podrás comerlo más tarde —dije, sonriendo y entrando en la cocina.

—Gracias por el detalle —dijo, apoyándose en el marco de la puerta.

—Vamos —dije, cerrando la nevera y cogiendo sus manos—. Deja que te meta en la cama.

Fui a su habitación y la ayudé a meterse en la cama, colocando el cubo de la basura a su lado y subiendo las mantas hasta la barbilla. Forzó una dulce sonrisa mientras se recostaba en la

almohada. Me incliné hacia ella y le besé la frente.

—Que tengas dulces sueños, ¿vale? —susurré—. Voy a volver al trabajo, pero si necesitas algo, llámame o mándame un mensaje. Te enviaré un mensaje cuando termine el día.

Ella asintió con la cabeza y sonrió mientras yo me daba la vuelta y salía por el pasillo y la puerta principal. Odié dejarla así, pero no tenía otra opción. Volví al trabajo y traté de concentrarme, sabiendo que ese gran proyecto estaba cada vez más cerca. De camino a casa, saqué mi teléfono móvil y llamé a Reese, esperando que se sintiera mejor.

—Hola —dijo con sueño.

—Hola. ¿Cómo te sientes?

—Como una mierda —dijo—. Pero tengo a Hulk aquí al lado, haciéndome compañía. También parece bastante enfermo. Su piel está verde.

—Todavía tienes tu humor intacto. —Me reí—. Medio viva y estás contando chistes. Me encanta.

—Ya me conoces. —Se rio—. Pero en realidad me siento cansada, así que voy a seguir acostada y trataré de dormir.

—Está bien, mándame un mensaje si me necesitas —dije—. Echo de menos tu cara.

—Yo también extraño la tuya —dijo ella.

Para cuando colgué el teléfono, mi coche había llegado a mi complejo, y subí enseguida a prepararme unas sobras de la comida para llevar de la noche anterior. Me senté solo en la mesa y me di cuenta de lo silencioso que era el apartamento sin Reese. Ella realmente iluminaba todo lo que hacía y todos los lugares a los que iba. Realmente echaba de menos tenerla a mi lado. Me había acostumbrado a su presencia y había olvidado lo que era vivir solo.

Después de la cena, sintiendo que mi cuerpo se arrastraba por la cantidad de trabajo que había hecho en los últimos dos meses, me metí en la cama y me acosté mirando el techo. Podía oler el champú de Reese en la funda de la almohada, y suspiré, pensando en nuestro futuro y en lo mucho que deseaba empezar con él. Quería que Reese supiera lo mucho que la adoraba y lo mucho que todo lo que hacía marcaba la diferencia en mi mundo. No podía esperar a que un día se despertara en la cama junto a mí y no tuviera que ir a ningún sitio porque ella ya estaba en casa.

Ahora no, pero algún día en el futuro, definitivamente nos veía construyendo una familia juntos, viviendo en alguna casa grande fuera de la ciudad, y teniendo pequeños clones de nosotros corriendo por la casa. El sonido de la risa de nuestros hijos lo completaría todo, pero primero, ella necesitaba saber cómo me sentía. Teníamos tanto tiempo por delante y tantas cosas que quería hacer, y me moría de ganas de empezar a hacerlas con ella a mi lado. A veces, me sentía como si estuviéramos congelados, pero entonces recordaba dónde estábamos apenas dos meses antes, y el corazón me daba un vuelco.

Capítulo 22

Reese

La fría porcelana del retrete se pegaba a la piel de mi frente mientras apoyaba la cabeza a escasos centímetros del agua. Me levanté y agarré la taza con las manos y me impulsé hacia arriba, tirando de la cadena y luego apoyándome en la pared. Gemí y me limpié la frente con el dorso de la mano, dándome cuenta de que, a pesar de todo, aún no tenía fiebre. Sin embargo, esta vez fue mejor. Conseguí aguantar cuatro horas y una taza de sopa sin vomitar, así que, con suerte, algo de eso entró en mi organismo. Si no, iba a empezar a parecer un niño hambriento de un país del tercer mundo.

Llevaba tres días así de enferma, si no más, y ni una sola vez mi cuerpo mostró escalofríos, fiebre o cualquier otro signo de virus. Había probado a tomar pastillas contra la náusea, pero no conseguía que se mantuvieran lo suficiente como para que sirvieran de algo. Me sentía absolutamente miserable y le había prometido a Blaine, y a mí misma, que iría pronto al médico si esto no empezaba a aliviarse al menos un poco. Me di cuenta de que el refresco de jengibre que Blaine había traído solía aguantar dentro, así que me pasé el tiempo sorbiendo con cuidado, deseando que el sueño me encontrara más pronto que tarde. Estaba agotada, pero entre los vómitos y el dolor de cabeza por los vómitos, no podía conciliar el sueño.

Me levanté del suelo y me apoyé en la pared, tratando de estabilizarme hasta que el mareo disminuyera. Lentamente, me puse de pie y estiré la mano hacia el marco de la puerta para salir al pasillo. Miré hacia mi dormitorio, pero decidí que quería probar a ver una película. Me dirigí lentamente hacia el salón, arrastrando los pies por el frío suelo de madera hasta sentir la suave alfombra bajo mis pies. Me dejé caer en el sofá y me eché a un lado, apoyando la cabeza en la almohada y tirando de la manta encima de mí. No podía entender qué demonios me pasaba, pero sabía que no podía seguir así durante mucho tiempo.

Me acerqué y cogí el mando a distancia, encendiendo la televisión y deteniéndome en la primera película que se puso. Era una vieja película en blanco y negro, lo cual estaba bien, ya que no pensaba seguirla con demasiada pasión. Sin embargo, para mi sorpresa, el sofá me resultó muy cómodo y, por unos instantes, pude sentir cómo se calmaba el ruido de mi estómago. Respiré hondo y me acurruqué en el sofá, esperando que lo peor pasara. Me quedé mirando la televisión, sintiendo que el agotamiento me golpeaba y luchando por mantener los ojos abiertos. Después de unos minutos, me rendí, dejando que mi cuerpo descansara lo que necesitaba.

No sabía cuánto tiempo había estado dormida, pero el fuerte sonido de mi teléfono en la mesita de café frente a mí me despertó. Parpadeé varias veces, escudriñando la habitación y viendo que afuera estaba oscuro. Había estado durmiendo toda la tarde y hasta la noche. La

película había terminado y se oía una especie de anuncio a todo volumen. Me levanté, apagué la televisión y cogí el teléfono. Miré la pantalla y vi el número de Leena, así que contesté.

—¿Hola?

—Bien, sigues viva —dijo con una profunda exhalación—. Estaba preocupada por ti. Llamé como cinco veces.

—Me quedé dormida —dije, bostezando y poniéndome en posición sentada—. En realidad creo que lo peor ha pasado. Me siento un poco mejor.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. Me refiero a que enumeres tus síntomas.

—Bueno, tuve unas náuseas de muerte durante casi cuatro días —dije—. No podía retener nada, ni siquiera agua, y después de vomitar sobre el inodoro cada treinta minutos, me dolía el pecho al tacto. Luego, por estar tumbada, supongo, me dolía mucho la parte baja de la espalda.

—Así que estabas mal del estómago, te dolían las tetas y te dolía la espalda —repitió—. ¿Tienes fiebre?

—No —respondí—. Esa es la parte rara. No tuve fiebre en todo el tiempo, ni escalofríos. No me sentí mal, aparte del estómago.

—Dios, eso suena horrible —dijo ella—. O tienes el virus de la muerte, o llevas un mini-Blaine.

—No bromees. —Me reí—. El embarazo no es divertido.

—Oye, solo digo que ahora tienes relaciones sexuales y no usas ningún método anticonceptivo —contestó ella, riéndose.

—Usamos protección —dije.

—¿Cada vez?

—Bueno, ha habido un par de veces... no. Deja de asustarme. —Me reí.

Seguimos con otra conversación, y aunque me reía de sus bromas, internamente estaba repitiendo la conversación conmigo misma. Intenté averiguar cuándo había sido mi última regla, pero siempre se me daba fatal recordar esas cosas. Por eso lo marcaba en mi calendario para poder planificar el mes siguiente y saber cuándo el síndrome premenstrual iba a asomar su fea cabeza. Era una perra malhumorada en esos momentos.

Cuando colgué el teléfono con Leena, gemí, me levanté del sofá y me dirigí a la cocina. Era imposible que estuviera embarazada, pero, para tranquilizar mi mente acelerada, me lo demostraría encontrando esa pequeña «P» roja que escribía el primer día de mi periodo cada mes. Miré fijamente la página de noviembre, calculando qué día era actualmente. Era día veinte, así que pasé el dedo hacia arriba pero no encontré ninguna «P». Quizá se me había olvidado marcarlo en el calendario. Volví a pasar a octubre y escaneé esa también, pero la página estaba completamente en blanco.

Retrocedí y dejé caer las páginas, preguntándome cómo podía haber sido tan descuidada como para no anotar mi periodo. Bueno, si el calendario no me daba la tranquilidad que necesitaba, una prueba de embarazo debería servir. Me puse la sudadera con capucha, las botas y los guantes y cogí la cartera, saliendo del apartamento y cruzando la calle hasta la farmacia. Cogí una de las conocidas marcas de pruebas de embarazo y la compré, ignorando la sonrisa de la dependienta. Mientras volvía a cruzar la calle, notaba cómo mis pechos palpitaban dentro del

sujetador. Me dolían mucho, el triple que cuando me venía la regla.

Entré en el baño de mi apartamento y abrí el paquete, leyendo las instrucciones muy rápido. Por alguna razón, el mero hecho de sostener el palito en la mano me puso nerviosa, y empecé a preguntarme cuáles iban a ser los resultados. Oriné en el palito, volví a ponerle la tapa y lo puse sobre la encimera, poniendo en marcha mi temporizador para tres minutos a partir de entonces. Podía sentir cómo las mariposas empezaban a brotar dentro de mí y me llenaban el pecho de ansiedad. Oh, tío, ¿y si estaba embarazada? ¿Y si no había anotado la regla porque nunca había tenido una? Empecé a sentir que el corazón me latía más rápido mientras me paseaba por el suelo del baño, mirando el temporizador cada tres segundos más o menos. Esta era la mayor angustia que había tenido en mucho tiempo, y no me gustaba nada esta sensación de no saber. Por lo que sabía del embarazo, mis síntomas empezaban a alinearse.

Si estaba embarazada, cambiaría toda mi vida. Tendría un pequeño ser humano creciendo dentro de mí, y ya no sería responsable solo de mí misma. Tendría que cambiar mi forma de comer, de dormir, de gastar dinero, todo. Claro que quería tener hijos. No había duda, pero en ese momento no era el momento que yo esperaba. ¿Y qué pensaría Blaine? ¿Se asustaría y saldría corriendo? ¿Estaría contento? Dios, había tantas preguntas que no sabía cómo ordenarlas todas. Respiré hondo y despejé mi mente, diciéndome a mí misma que me estaba asustando sin razón.

En ese momento, me sobresalté al escuchar el temporizador de mi teléfono. Me acerqué y apagué la alarma antes de dejarlo y respirar profundamente. Di un paso hacia la prueba y la levanté, cerrando los ojos mientras giraba la ventana hacia mí. Lentamente, abrí un ojo y miré hacia abajo, con los hombros hundidos y la boca abierta. Pasé el dedo por la ventanilla y sacudí la cabeza conmocionada, sintiendo de repente como si las piernas fueran de gelatina.

Salí del baño con la prueba en la mano y miré a mi alrededor, dándome cuenta de que estaba completamente sola. Inmediatamente, me dirigí al dormitorio y me puse el abrigo, el gorro, los guantes y las botas. Atravesé la sala de estar cojeando y recogí las llaves y la cartera, mirando a mi alrededor durante un minuto antes de salir corriendo por la puerta. Bajé las escaleras de dos en dos y doblé la esquina, entrando en el aparcamiento. Me subí rápidamente al asiento del conductor y arranqué el coche, dando marcha atrás con cuidado y dirigiéndome a la calle.

Me aferré al volante, observando la carretera y mirando fijamente la prueba de embarazo que aún tenía en la palma de la mano. Apenas podía creer lo que estaba viendo y, al instante, las emociones me inundaron. ¿Qué iba a decir Blaine? ¿Se iba a enfadar? ¿Qué iba a hacer yo con esta información? Mi vida era exactamente como yo quería. ¿Estaba preparada para cambiarlo todo? La revelación que tuve antes de salir corriendo de la casa se quedó en mi mente, y podía sentir mi corazón latiendo a un millón de millas por segundo.

Mis neumáticos chirriaron cuando me detuve frente al edificio de apartamentos de Blaine. Miré por la ventanilla al aparcacoches y sonreí, me metí la prueba en el bolsillo y cogí la cartera. Me dio el ticket y traté de cruzar el patio tan despacio como pude y entrar en el vestíbulo. El guardia de la recepción estaba acostumbrado a verme en ese punto, y pulsó un botón en el mostrador, abriendo las puertas de los ascensores del ático. Sonreí y pasé corriendo por delante del mostrador, subiendo al ascensor y viendo cómo las puertas se cerraban delante de mí.

Miré los números que había sobre la puerta, que se iluminaron y volvieron a apagarse. Mi pie golpeaba salvajemente contra el suelo y miré por encima, captando el reflejo de mí misma en las paredes de espejo. Me alisé el pelo y me limpié las legañas que tenía alrededor de los ojos, tratando de estar lo más presentable posible. Suspiré mientras metía la mano en el bolsillo y me agarraba al pequeño palito de prueba que flotaba con un par de monedas y un trozo de pelusa.

Cuando el ascensor llegó arriba, me quedé de pie mientras las puertas se abrían lentamente. Salí a la pequeña sala de espera y me quedé mirando la puerta de Blaine. Me sentí paralizada en el lugar, y no estaba segura de poder siquiera forzarme a llamar a la puerta. Me quité los guantes y me los metí en el bolsillo vacío, me alisé el pelo alborotado y me estiré la sudadera. Me acerqué a la puerta y golpeé mi puño contra ella, respirando profundamente. Tardó un minuto en llegar, pero finalmente, Blaine abrió la puerta y me miró.

En ese momento, perdí por completo toda mi valentía.

Capítulo 23

Blaine

Aunque hubiera preferido mucho más estar con Reese, sentarme frente al televisor, ponerme al día con los deportes y beber una cerveza fría no era una forma terrible de pasar una tarde de jueves. Levanté las piernas y las apoyé en la mesa, concentrándome en los resultados del fútbol que se desplazaban por la parte inferior de la pantalla. En el programa hablaban de hockey, lo que me aburría sobremanera, y lo que más me interesaba era escuchar sus pronósticos para los playoffs. Incliné mi cerveza fría hacia atrás y bebí un gran trago, viendo cómo el programa se iba a los anuncios. Suspiré, dándome cuenta de que estaba en trance, tratando de saber información sobre un deporte que nunca veía.

Mientras los anuncios pasaban, algunos hablando de nuevos productos para el cuidado del cabello y otros anunciando los próximos partidos, mi mente revoloteó hacia Reese y me pregunté qué estaría haciendo en ese momento. Con suerte, estaría durmiendo, encontrando por fin una posición cómoda y descansando su cuerpo. Era la primera vez que podía experimentar a Reese enferma, y rápidamente descubrí que era una de esas personas que prefería que la dejaran sola y no la mimaran cuando no se sentía bien. Para mí, eso fue duro, ya que lo único que quería era protegerla y hacer que se sintiera mejor, pero respeté sus deseos y me mantuve al margen, aún seguro de que si no me había contagiado todavía, no lo iba a hacer. Cualquier cosa que le diera tranquilidad me hacía feliz.

Me levanté del sofá y me dirigí a la cocina, tirando mi botella vacía a la papelera de reciclaje y sacando otra cerveza. La abrí y vi cómo la tapa rebotaba por la encimera y desaparecía en una pila de platos sucios junto al fregadero. No solo echaba de menos a Reese porque nos habíamos vuelto inseparables, sino que también echaba de menos cómo me cuidaba en todo momento. La mitad de la razón por la que nunca aprendí a cocinar fue porque odiaba lavar los platos. Era muy obvio, al echar un vistazo al apartamento, que nunca había hecho un buen trabajo cuidando de mí mismo, razón por la cual, antes de Reese, había contratado a una chica tres veces a la semana para que viniera a limpiar mi desorden. Claro, sonaba un poco lujoso, pero no me importaba. Hacía mi vida menos estresante.

Mientras estaba sentado pensando en Reese, decidí que le enviaría un mensaje de texto para que al menos supiera que la tenía en mente. No era muy frecuente estos días que no la tuviera en mente, pero desde que enfermó, pensaba mucho más en ella. Tomé un trago de mi cerveza y volví a la sala de estar para coger el teléfono. Dudé un segundo, preguntándome si debía esperar por si estaba dormida. Por otra parte, cuando se dormía en mi casa, hacía falta una manada de elefantes tocando el trombón para despertarla después de que se acostara.

Abrí la pantalla de mensajes y me desplacé hasta nuestra conversación, sonriendo al ver la foto que me había enviado, sentada en el alimentador. Ponía una cara divertida, sosteniendo un nuevo cachorro, y su mejor amiga estaba al fondo, intentando acorralar al resto. Era tan alegre cuando se sentía bien. Empecé a escribir el mensaje, borrando palabras un par de veces y luchando conmigo mismo sobre lo que realmente quería decir. Releí lo que había escrito y respiré profundamente, moviendo la cabeza en señal de aprobación. Quería que supiera que pensaba en ella, que la echaba de menos y que necesitaba que se pusiera bien pronto porque estaba perdido sin ella. Sonaba un poco exagerado, pero sabía que la haría sonreír saber que estaba sentado en mi casa, pensando en ella. Caleb había intentado que me tomara ese tiempo para ir de bares, pero lo último que quería era que Reese estuviera enferma y preocupada al mismo tiempo.

Justo cuando estaba a punto de pulsar enviar, se oyó un fuerte golpe procedente de la puerta principal, y me sobresalté. Cerré la pantalla de mensajes y miré la hora, dándome cuenta de que eran más de las once de la noche. Tenía mucha curiosidad por saber quién estaba en mi puerta, llamando con fuerza a esas horas de la noche. Probablemente era Caleb, demasiado borracho tras haber ido de bares para conducir hasta su casa, así que se iba a quedar aquí como hacía de vez en cuando. Dicho esto, puede que las once sea tarde para mí, pero esa era la hora de empezar en todos los bares y clubes.

Gemí mientras me levantaba del sofá y arrojaba el teléfono sobre la mesa de café. Los golpes volvieron a sonar, esta vez más fuertes, y caminé un poco más rápido, preguntándome dónde demonios estaría el fuego. Alcancé el pomo de la puerta. Abrí la puerta de golpe, esperando ver a Caleb, pero en su lugar, Reese estaba allí de pie. Su piel era pálida, pero sus mejillas tenían un toque de color, una mejora desde la última vez que la había visto. Tenía el pelo revuelto y los ojos inyectados en sangre por haber estado enferma tanto tiempo. Me pregunté qué estaba haciendo aquí a esas horas de la noche.

—Reese —dije—. ¿Estás bien? Quiero decir, entra. Pasa y entra en calor.

Me hice a un lado y vi cómo pasaba junto a mí, con las manos metidas en los bolsillos. Cerré la puerta y eché el cerrojo, dándome la vuelta y observándola mientras bajaba al salón. Parecía muy nerviosa y empezó a pasearse por el suelo de un lado a otro. Me puse nervioso al instante, sin saber qué podía haber hecho para que se pusiera tan nerviosa. Estaba prácticamente desquiciada. Me dirigí lentamente hacia el salón, tratando de darle tiempo para que se calmara lo suficiente como para mirarme. Jugaba con algo en el bolsillo, pero no podía saber qué era. Finalmente, aminoró el paso y se volvió, mirándome a los ojos y dejando escapar un profundo suspiro.

—Cariño, ¿qué haces fuera de la cama? —le pregunté—. Estás enferma.

—Tenía que hablar contigo —dijo en voz baja, mientras sus ojos recorrían la habitación.

—¿Qué pasa?

—Dios, no sé cómo ha pasado esto —dijo, entrando en un completo ataque de pánico—. Revisé el calendario y pensé que simplemente me había olvidado. Había estado tan ocupada con todo. Así que quise sentirme mejor porque Leena me había asustado. Tiene una forma increíble de hacerlo. Fui al otro lado de la calle y lo compré, sin pensar que diría lo que dice.

Observé cómo se revolvía de un lado a otro, tratando de dar sentido a lo que decía, pero hablaba en breves fragmentos con muy poca información de utilidad. Atravesé el piso rápidamente y bajé las escaleras hasta la sala de estar. Me acerqué a Reese y le tendí la mano, agarrándola por los hombros y manteniéndola quieta. Sus ojos se movían de un lado a otro, y siguió así hasta que llevé mis dedos a sus labios.

—Shh —dije—. Respira profundamente, Reese. Lo que dices no tiene ningún sentido. Tienes que ir más despacio y pensar en lo que estás tratando de decirme. No sé qué ha pasado, pero estás completamente desorientada. Recuerda que estoy aquí para ti, para cualquier cosa que necesites. Solo tienes que respirar profundamente. Toma, siéntate.

—No, no quiero —susurró ella.

—¿Qué pasa?

La agarré con fuerza por los hombros, sintiendo que si la soltaba, se caería al suelo. Le pasaba algo, y obviamente era bastante grave. Nunca la había visto así. Por lo general, estaba completamente calmada y serena. Cuando su respiración se ralentizó, bajé la mirada y la miré fijamente a los ojos. Sus manos salieron de los bolsillos y me senté frente a ella. Me miró e inclinó la cabeza, sus ojos pasaron de mi cara a sus manos. Con confusión, seguí su mirada hacia sus manos y vi cómo se desplegaron sus palmas, revelando un largo bastón blanco. Entrecerré los ojos y miré hacia abajo, sin darme cuenta de lo que sostenía. Sus ojos se dirigieron a mi cara, estudiando mi reacción.

Entonces, como si se me encendiera una bombilla, mis ojos se abrieron de par en par y me di cuenta de lo que sostenía exactamente. En sus pequeñas y suaves palmas había una prueba de embarazo. Respiró profundamente y se le llenaron los ojos de lágrimas. Me quedé helado, tratando de entender lo que estaba pasando.

—Estoy embarazada —susurró—. Ni siquiera había pensado en ello hasta que Leena lo mencionó. Me preguntó cuáles eran mis síntomas y luego hizo una broma al respecto. Cuando lo hizo, se me metió en la cabeza, así que miré mi calendario para asegurarme. No había anotado nada allí desde septiembre. Así que crucé la calle y compré una prueba, segura de que iba a dar negativo, pero, bueno, me equivoqué.

Me agaché, escuchando sus palabras, y cogí el test de embarazo de su mano. Me giré y lo levanté en el aire, mirando las dos líneas, brillantes como el día, que me devolvían la mirada. Podía sentir toda la sangre drenando de mi cara, y estaba seguro de que en ese momento, me veía tan pálido como Reese. Me acerqué al sofá y me senté, mirando el bastón y preguntándome qué debía decir porque todas las palabras habían desaparecido de mi mente. Quería ser reconfortante, quería estar ahí para ella, pero primero, necesitaba un minuto para procesar lo que acababa de descubrir. Reese estaba embarazada, lo que significaba que yo iba a ser padre.

Levanté la vista cuando Reese se acercó a mí, con sus ademanes pausados y firmes. Se había calmado por completo y ahora parecía muy contemplativa. Se movía con cuidado, como si no estuviera segura de si acercarse a mí o no. Se sentó en el sofá junto a mí y puso las manos en el regazo, con el pie golpeando el suelo bajo las botas. Se quedó sentada en silencio durante unos instantes antes de hablar.

—Entiendo que esto es un shock —dijo en voz baja—. Sé que esto puede no ser lo que

quieres en absoluto. Entiendo que necesites pensar en las cosas. Comprendo que no sea una situación de la que quieras formar parte. No estás obligado a formar parte de nada que no quieras.

Con el sonido de las palabras que estaba diciendo, supe que tenía que salir de esto. Sacudí la cabeza, apartando el shock de mi mente y me volví hacia ella. Arqué las cejas y me acerqué a ella, pasando el dorso de la mano por su mejilla. Cerró los ojos y se inclinó hacia mí, abriéndolos de nuevo cuando levanté su barbilla hacia la mía. Me miró a los ojos y el miedo y la ansiedad que había antes se desvanecieron rápidamente. Todo esto era inesperado, pero nada era indeseado. Ya era hora de que Reese supiera exactamente lo que sentía por ella y exactamente cómo veía nuestro futuro, tanto si seguía mi línea de tiempo como si no. Me incliné hacia delante y presioné mi nariz contra la suya, cerrando los ojos.

—Shh —dije, inclinando mi barbilla hacia delante y besando sus labios—. Te quiero.

Capítulo 24

Un año después

Reese

Me subí el vestido por el cuerpo y metí las manos por los agujeros de los tirantes. Me eché hacia atrás y subí la cremallera, contemplando el cuerpo que tenía ahora. Blaine me decía todos los días que le encantaban las curvas que me había traído el bebé, y ahora, de pie en el baño, mirando mi reflejo, me sentía inclinada a estar de acuerdo. Podía oír el arrullo del bebé al otro lado de la puerta mientras Blaine lo mecía en sus brazos, esperando a que terminara de vestirme. Había algo increíblemente sexy en Blaine como padre, y se había lanzado a ello sin pestañear. Hacía un año que le había dicho que estaba embarazada, y utilizábamos la fecha como una especie de aniversario, que significaba el momento en que nuestras vidas cambiaron para siempre.

Abrí discretamente la puerta del baño después de revisar mi maquillaje y me apoyé en el marco de la puerta, escuchando cómo Blaine le hablaba suavemente al bebé. Miró hacia la cocina cuando Floppy Junior, nuestro nuevo cachorro, e hijo de la señorita Floppy original, salió dando tumbos, tropezando con las orejas. Ahogué una carcajada cuando Blaine se detuvo y se arrodilló en el escalón, extendiendo la mano para ayudar al cachorro a ponerse en pie. Sonrió al bebé y luego volvió a mirar al cachorro.

—Tienes que cuidar esas orejas, amigo —dijo—. Ahora eres parte de la familia y necesitamos que te mantengas feliz y sano.

Respiré hondo y salí del baño, mis tacones repiquetearon en los lisos suelos de madera mientras Blaine me miraba. Sonrió con encanto y caminó hacia mí, inclinándose y besándome en la mejilla. Cerré los ojos y sentí la electricidad de su contacto recorrer mi pecho. Seguía haciéndome sentir lo mismo que la primera vez que nos besamos. Solo que ahora, él era una fuerza y un consuelo en mi vida que nunca pensé que sentiría.

—Veo que te gusta el cachorro —dije, sonriendo y cogiendo al peludo.

—Está bien —dijo Blaine, aclarándose la garganta y mirando al bebé mientras arrullaba en los brazos de Blaine—. Oh, ¿ahora también me delatas a mí? Traidores por doquier.

Me reí y me incliné hacia delante, besando al cachorro y llevándolo a su jaula. Lo metí dentro y vi cómo intentaba abrir la puerta que yo había sellado estratégicamente para evitar su fuga. Sonreí y negué con la cabeza, recordando cuando solía encontrar a su madre corriendo por la tienda a primera hora de la mañana.

—De tal palo, tal astilla —dije con una sonrisa.

Blaine caminó a mi lado y sonrió, ofreciéndome su brazo mientras salíamos por la puerta. Nos

dirigimos al coche aparcado en la calle y abrochamos el cinturón del asiento de Tucker antes de subirnos nosotros al coche. Estaba impresionada cuando llegamos al restaurante, sin darme cuenta de que Blaine había hecho todo lo posible para que la noche fuera lo más especial posible. Había alquilado todo el local para mí, para él y para el bebé, dándonos total privacidad.

Mientras caminábamos por el comedor, Blaine me miró y sonrió, frotando la cabeza del bebé. Levanté la vista y me quedé boquiabierta al ver el contraste entre la elegancia y las mesas vacías. En el centro de la sala había una mesa redonda, adornada con velas y rosas. Había dos sillas y una trona colocadas alrededor del mantel blanco, y las luces eran tenues y románticas. Blaine me cogió el bebé y lo sentó en la trona antes de volverse hacia mí y sacarme la silla. Le hice un gesto con la cabeza y me senté, sintiendo cómo acercaba la silla por debajo de mí. Esperaba que ocupara el asiento de enfrente, pero se quedó de pie, observando cómo venía el camarero y me servía una copa de champán.

—Todavía recuerdo el día en que te conocí, con tus ojos desorbitados, tu sexy vestido azul y tu interesante forma de ser —dijo Blaine, caminando hacia mí—. Me dijiste que no eras la chica que estaba buscando, y en ese momento, supe que podías estar equivocada. Me fui a casa solo, un soltero solitario que soñaba con una chica que solo había conocido durante dos segundos. Por suerte, tenía algunos buenos amigos que me permitieron contactar contigo. Después de nuestra primera cita, supe que nunca podría mirar a otra mujer de la misma manera. Me has dado tantas cosas en esta relación que he perdido la cuenta. Lo más importante es que me diste a nuestro hijo, este precioso bebé del que no puedo apartar la vista, a menos que te esté mirando a ti, por supuesto. Me has convertido en el hombre que soy hoy, y sigues empujándome a ser aún mejor y más fuerte. Me has dado tantas cosas que desear, y ninguna de ellas tiene que ver con el trabajo. Pasar de estar obsesionado con la carrera profesional a estar obsesionado con la familia fue toda una hazaña, pero me ocurrió mucho antes de que me enseñaras ese pequeño test blanco.

Me senté y sonreí, apoyando los codos en la mesa y apoyando la cabeza en las manos. No era frecuente que Blaine hablara de nuestra relación, y esto era lo máximo que había dicho de una sola vez. No necesitaba decir lo que sentía a diario. Me lo demostraba cada segundo del día. Nos protegía, nos cuidaba y se aseguraba de que Tucker y yo estuviéramos seguros todo el tiempo. Aun así, estar sentada allí y escuchar esas palabras fue extremadamente conmovedor, y no pude evitar sentirme cautivada por cada palabra que salía de su boca. Se acercó, cogió su copa de champán y dio un largo trago. Le sonreí, esperando que hubiera terminado y estuviera listo para sentarse. Fui a responderle, pero antes de que pudiera hacerlo, se aclaró la garganta y se acercó a mí.

—Reese, he pasado innumerables días en mi vida sentado en mi sala de estar, en la silla de mi oficina, tumbado en mi cama y viajando en mi coche, pensando en ti —dijo, inclinándose sobre una rodilla y tomando mi mano—. Nos imaginaba viajando por el mundo, formando una familia y pasando el resto de nuestras vidas de la mano, envejeciendo juntos. Me has dado el bebé más hermoso que jamás haya nacido, y ahora, te pido una cosa más. Por favor, hazme el hombre más feliz y contento de la tierra prometiéndome que te convertirás en mi esposa.

Mi mano voló hacia mi boca y jadeé, sin esperar la propuesta en absoluto. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pequeña caja negra, abriéndola y revelando un gran

diamante redondo, rodeado de muchos diamantes pequeños. Sacó el anillo de la caja y me miró, esperando una respuesta.

—Sí —dije, riendo—. Por supuesto, me casaré contigo.

Me levanté como él hizo y le rodeé el cuello con los brazos. Me incliné para besarlo profundamente. Él había hecho realidad todos mis sueños hasta el momento, y ahora estaba haciendo que nuestro amor fuera permanente y eterno. Me puso el anillo en el dedo y sonrió, me besó en la mejilla y se inclinó para besar a su hijo en la parte superior de la cabeza. Se sentó al otro lado de la mesa y se inclinó hacia delante, guiñándome un ojo como cuando nos conocimos. Estaba completamente enamorada de este hombre.

Pasamos la cena hablando de nuestras nupcias pendientes, del bebé y de nuestro futuro. Quería comprar una casa en las afueras de la ciudad con un gran patio en el que pudiéramos dejar correr al cachorro. Me burlé de él, sabiendo que realmente se había enamorado del cachorro, pero solo se sonrojó y lo negó más. En el camino a casa desde el restaurante, nos tomamos de las manos con fuerza, ya que nuestra excitación por el compromiso y el amor entre nosotros se estaba volviendo extremadamente excitante. Podía sentir cómo crecía la lujuria entre nosotros y supe que, cuando llegáramos a casa, quería hacerle el amor como nunca antes lo había hecho. Quería demostrarle lo mucho que lo amaba, y quería poner en marcha nuestro futuro con nuestros cuerpos enredados el uno con el otro.

Cuando llegamos al ático, acompañé al bebé en silencio a su habitación, observando y sonriendo mientras Blaine sacaba al cachorro de su jaula y bajaba a pasearlo. Formábamos un equipo increíble, y la mayor parte del tiempo ni siquiera necesitábamos hablar para saber lo que hacía el otro. Entré en la habitación del bebé y me balanceé de un lado a otro durante varios momentos, asegurándome de que Tucker estaba bien y dormido. Lentamente, me incliné sobre la cuna y lo acosté suavemente, besando mi mano y presionándola contra su frente. Salí de la habitación y cerré la puerta tras de mí, viendo a Blaine de pie en medio del suelo de la sala de estar, con un aspecto tan elegante como siempre.

Me acerqué lentamente a él, bajando las manos y cogiendo las suyas mientras me inclinaba hacia delante y le besaba los labios. Me rodeó los hombros con las manos y me atrajo hacia su cuerpo, forzando un pequeño gemido en mi garganta. Cuando nos separamos, le miré a los ojos y sonreí con picardía, cogiendo su mano y tirando de él hacia el dormitorio. Puse el vigila bebés en la cómoda y tiré de él para acercarlo, levantando las manos y tirando de su chaqueta para dejarla en la silla. Me di la vuelta y empecé a desabrocharle la camisa, un botón cada vez, mirándole profundamente a los ojos. Llevé mis manos a los bordes interiores de su camisa y la separé, revelando su pecho fuerte y bronceado.

Me incliné hacia delante, presioné mis labios contra su hombro y me moví hacia dentro mientras le bajaba la camisa por los brazos y la dejaba caer al suelo. Inmediatamente, mis manos se deslizaron por su vientre y por sus ondulantes músculos. Sus brazos subieron y pasaron por encima de mis hombros, agarrando mi cremallera y deslizándola hacia abajo, empujando los tirantes de mis hombros y dejando que mi vestido cayera a mis pies. Me quité el vestido con cuidado y vi cómo él se desabrochaba los pantalones, se los quitaba y me miraba mientras me desabrochaba el sujetador, dejando que se deslizara por mis brazos, mientras mis pechos se

desparramaban y rebotaban hacia arriba y hacia abajo.

Blaine se adelantó y se inclinó hacia abajo, rodeando mi pezón con su boca y pasando su lengua sensualmente por él. Incliné la cabeza hacia atrás y gemí suavemente, sintiendo chispas de electricidad que rebotaban de mi teta a través de mi pecho. Pasó sus manos lentamente por mis costados, levantó la cabeza y se adelantó, cogiendo mi mejilla con la mano y presionando sus labios eróticamente contra los míos. Abrí la boca, permitiendo que su lengua entrara, y gemí cuando la hizo rodar por mi boca, saboreándome de nuevo. Nunca había sentido una pasión así, y dejé caer mi cabeza en sus brazos mientras él movía sus labios por todo mi cuerpo. Me temblaban las rodillas y apenas podía mantenerme en pie, así que di un paso atrás y me senté en la cama, mirando hacia delante su fuerte polla, que luchaba por liberarse de sus bóxers.

Mis manos se adelantaron y lo agarraron por las caderas, tirando de él hacia mí. Levanté la vista y me mordí el labio inferior, haciéndole saber que estaba empezando con esto.

Epílogo

Blaine

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral cuando la vi lamerse los labios y morderse el labio inferior. Me puse delante de ella y pasé la mano por mi polla, sintiendo lo dura y maciza que se había puesto. Empujó mi mano hacia un lado y enganchó sus dedos en mis bóxers, tirando de ellos lentamente hasta mis tobillos y tirándolos a un lado. Se inclinó hacia atrás y me agarró la polla con la mano, sujetándola mientras pasaba sus labios por la punta. Respiré profundamente cuando sus labios se separaron y ella deslizó lentamente su boca hacia abajo y alrededor de todo mi pene. Gemí con fuerza, sintiendo que chupaba con fuerza en la parte posterior de su garganta mientras retiraba la cabeza y subía a tomar aire.

Empujé mis caderas hacia delante, queriendo más, necesitando sentir sus labios rojos y carnosos alrededor de mi polla. Ella sonrió y empezó a mover la cabeza hacia arriba y hacia abajo, abriendo la garganta y absorbiéndome por completo. Le pasé la mano por el pelo, sintiendo la necesidad de control, pero amando cómo se hacía cargo. Observé cómo me chupaba la polla rápida y profundamente, con los ojos llorosos mientras me miraba justo antes de volver a sumergirse y mantener la boca inmóvil, dejando que su garganta se contrajera alrededor de mi pene. Lentamente, volvió a subir la boca, frunciendo los labios mientras sorbía la punta de mi polla. Echó la cabeza hacia atrás y sonrió mientras soltaba mi polla de sus manos y se deslizaba hacia atrás en la cama hasta que su espalda quedó presionada contra el cabecero.

Me adelanté, pero ella levantó la mano, pidiéndome que esperara. Levantó las caderas de la cama y se quitó las bragas, tirándolas a un lado y abriendo bien las piernas. Mi corazón comenzó a latir más rápido cuando ella tomó sus dedos y separó sus pliegues húmedos, pasando sus dedos por la humedad. Me miró la polla y yo la rodeé con la mano y empecé a subir y bajarla por mi erección. Una sonrisa tímida se dibujó en sus labios y llevó la otra mano hacia delante, ocupándose de frotar su clítoris mientras esos dedos bajaban y se introducían en su interior.

Observarla era lo más excitante que había hecho nunca, y aunque no decía nada, los gemidos que salían de su garganta me indicaban todo el placer que estaba sintiendo. Observé cómo inclinaba la cabeza hacia atrás y mantenía sus ojos fijos en mi polla. Sus dedos empezaron a moverse más rápido y más profundo con cada empujón, y sus gritos coincidían perfectamente con el ritmo de sus dedos. Me di cuenta de que estaba llegando al borde del orgasmo, y apreté los dientes, deseando tanto follarla.

De repente, su espalda se arqueó y su cuerpo se agitó. Sus fuertes gemidos se escaparon de su garganta sin aliento. Empujó y tiró, follándose con los dedos hasta que se corrió con fuerza, con el cuerpo rígido por el éxtasis que corría por sus venas. En cuanto su cuerpo se relajó y sus dedos se retiraron, me abalancé sobre ella y me lancé a sus jugos. Quería hacer que se corriera de nuevo

y rápido, una y otra vez. Levanté la mano y comencé a frotar febrilmente su clítoris, metiendo y sacando la lengua. Intentó zafarse, pero la agarré y tiré de ella hacia mi cara.

La expresión de su rostro se transformó en incredulidad cuando pasé mis labios y mi boca apasionadamente por su coño. Se agarró a las sábanas de la cama. La sensación de que yo reiniciara su motor antes de que se hubiera recuperado la estaba volviendo absolutamente loca. Se había quedado con la boca abierta y jadeaba una y otra vez, con el cuerpo tenso por la anticipación. Correrse una vez no era suficiente, y yo quería ver su cara cuando ese orgasmo se intensificara al siguiente.

La miré mientras pasaba mi mano furiosamente por su núcleo, sintiendo cómo su cuerpo se estremecía a medida que el éxtasis comenzaba a liberarse. Alargó la mano y me agarró del pelo, levantando sus caderas de la cama mientras yo la empujaba a un orgasmo consecutivo. Echó la cabeza hacia atrás y gritó con fuerza, el rápido calor de su vientre se incendió y luego explotó sin previo aviso. Apretó los dientes mientras su cuerpo se convulsionaba y se agitaba, con el coño empapado y listo para mí.

Cuando sus hombros se hundieron contra el cabecero, se frotó la cara con las manos y se rio, sacudiendo la cabeza hacia mí con incredulidad. Se inclinó hacia delante y me agarró la cara con las manos, besándome en los labios y tirando de mí hacia abajo, encima de ella. Subió su pierna y rodeó mi cintura, manteniendo la otra plana y estable. Agarré la base de mi polla y la guie hacia delante, sintiendo el calor de su coño tragándome entero. Empujé mis caderas hacia delante, tumbándome encima de ella y agarrándome a su muslo. Ella gimió, sintiendo mi polla palpitante dentro de ella, la cabeza gruesa y palpitante por la mamada. Quería sentirla, saborearla y darle más placer del que jamás había conocido.

Quería estar dentro de ella más profundamente de lo que había estado antes, viendo cómo bailaba sobre mi cuerpo. La miré profundamente a los ojos y me incliné hacia delante, presionando mis labios contra los suyos. Mis caderas se movían a un ritmo rápido, empujando cada vez más fuerte con cada gemido y cada quejido. Me incliné hacia atrás, enderezando su pierna y girando sobre mi espalda, tirando de ella conmigo. Ella se sentó recta, a horcajadas sobre mí, con mi polla aún dentro de ella. La agarré por las caderas y vi cómo empezaba a apretarme con fuerza.

Observé cómo sus tetas se movían febrilmente hacia arriba y hacia abajo, y gruñí con fuerza cuando separó más las rodillas y me introdujo todo lo que pudo. A medida que entraba y salía de ella, notaba que el calor de mi estómago empezaba a aumentar. El mero hecho de verla cabalgar me iba a llevar al límite, pero quería asegurarme de que estaba completamente satisfecha. Mis manos volvieron a subir a sus caderas, y empujé hacia abajo mientras mi cuerpo empujaba hacia arriba, su cara mostraba cada marca de placer que estaba sintiendo. Rápidamente comenzó a rebotar hacia arriba y hacia abajo, deslizando mi polla casi fuera de ella antes de que empujara sus caderas hacia abajo rápida y fuertemente, su cuerpo golpeando contra el mío. Cada vez más rápido, ella rebotó hasta que la estaba moviendo con mis manos tan rápido que alcanzó y agarró sus tetas, sujetándolas firmemente mientras mis caderas empujaban hacia arriba, encontrándose con ella en el centro.

Cuando empecé a rodar mi cuerpo hacia el suyo, ella jadeó, sus hombros y piernas se pusieron

rígidos encima de mí. La sensación de su coño estremeciéndose y contrayéndose alrededor de mi polla fue demasiado para mí, y abrí de golpe su cuerpo sobre mi polla, empujando tan profundamente como pude y gimiendo fuerte mientras liberaba mi carga. Unas cintas de placer fluyeron implacablemente a través de mí, y nos corrimos simultáneamente, con mi polla palpitando contra su coño. Durante unos instantes, nuestros cuerpos permanecieron inmóviles, congelados e incapaces de separarse.

Cuando el orgasmo disminuyó, sentí que Reese se relajaba dentro de mí, con los ojos aún cerrados. Se agachó y me sacó de ella, desplomándose a mi lado mientras intentaba recuperar el aliento. Me quedé mirando al techo, escuchando los latidos de mi corazón tan fuertes que podía oírlos en mis oídos. Aquella había sido la experiencia más sensual y sexual de mi vida, y había tenido el placer de vivirla con mi nueva prometida y madre de mi hijo. Todo lo relacionado con la experiencia era nuevo, excitante y alucinante en muchos sentidos diferentes. Giré la cabeza y miré a Reese, que sonreía y me miraba a los ojos. Se rio ligeramente y levantó la cabeza de la almohada, apoyándose en mi pecho.

—Ha sido literalmente el sexo más increíble que hemos tenido nunca —dijo sin aliento.

—Estoy bastante seguro de que ha sido el mejor sexo que nadie ha tenido nunca —respondí.

Volvió a apoyarse en la almohada y se puso de espaldas, mirando al mismo techo que yo. Nos quedamos en silencio durante un rato, sintiéndonos más unidos en ese momento que nunca antes. El silencio de la casa ya no era incómodo, y en estos días, lo anhelábamos. Volvió a girar la cabeza y me miró.

—Te quiero tanto, Blaine —susurró.

—Te quiero mucho, prometida —dije con una sonrisa.

Se inclinó hacia delante y me besó los labios, haciendo una pausa al oír el sonido del bebé que empezaba a llorar en el monitor. Sonrió y se inclinó hacia arriba, besándome en la nariz. Vi cómo se levantaba de la cama y se dirigía a la puerta, cogiendo su bata roja de satén y envolviéndola alrededor de su cuerpo.

—Yo me encargo de esta ronda —dijo antes de desaparecer de la habitación.

Me quedé tumbado escuchando el monitor, oyendo la dulce voz de Reese hablando con Tucker y calmando fácilmente su llanto. Ella tenía una manera increíble de tratar con él, y era como si los dos estuvieran en un nivel totalmente distinto al mío. Sin embargo, no me importaba. Sabía que nuestros hijos ansiarían la atención de su madre tanto como yo. Mientras ella le tarareaba una canción de cuna, de pie sobre la cuna, me levanté de la cama y volví a ponerme los bóxers.

Apagué el monitor y salí lentamente de la habitación de puntillas hacia la puerta de la habitación del bebé. Observé la silueta de una mujer y un bebé, las dos personas más importantes de mi vida, que se balanceaban de un lado a otro mientras Tucker empezaba a dormirse. Lentamente, me acerqué mientras ella lo colocaba en su cuna, rodeando sus hombros con mis brazos y apoyando mi cabeza en la suya. Nos quedamos mirando la cuna, observando cómo el bebé dormía plácidamente debajo. Era la persona más querida de nuestras vidas, y no me gustaría que fuera de otra manera. Eran las dos personas que podían hacerme o romperme, pero no les temía en absoluto. De hecho, los apoyé con los brazos abiertos, deseando que encontraran

consuelo conmigo a su lado.

Me acerqué y besé a Reese en la mejilla, sonriendo por lo feliz que parecía. No había estado tan contenta desde que empecé a planear las cosas del bebé cuando estaba embarazada, e incluso entonces, el amor que llenaba sus ojos ahora todavía no estaba allí en ese momento. Acerqué mis labios a su oído y carraspeé en silencio.

—¿Qué te parecería tener otro?

—¿De verdad, lo dices en serio? —Se giró emocionada hacia mí.

—Absolutamente —dije, asintiendo—. No hay nada en este mundo que desee más que crecer y fortalecer una familia contigo.

—Después de la boda —dijo—. Quiero estar absolutamente impresionante para ti en la boda. Cuando esté hecho, entonces podremos empezar a intentar tener otro bebé. ¿Te parece bien?

—Eso realmente suena perfecto —dije, sonriendo y atrayéndola hacia mi cuerpo.

Volvimos a mirar a Tucker durante un minuto más antes de salir de su habitación de puntillas y cerrar la puerta tras nosotros. Caminé detrás de Reese mientras nos dirigíamos al dormitorio. Encendí el monitor y me metí en la cama, acercándola todo lo que pude y besando su nuca.

—Te amaré por el resto de mi vida —susurré.

—Más tiempo —respondió ella, girando la cabeza y sonriendo.

Por fin habíamos conseguido todo lo que queríamos, todo lo que conformaría nuestro «felices para siempre».